

MINA VERA



Pon tus manos
sobre mí

MINA VERA

Pon tus manos
sobre mí

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2015 Marisa Villalón Magaña
© 2015 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Pon tus manos sobre mí, n.º 94 - noviembre 2015

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-687-7234-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Prólogo

La galerna se presentó tan rápida como inesperadamente. Ningún parte meteorológico la había anunciado. La dirección del viento había cambiado contra todo pronóstico en alta mar y había decidido arrastrar hacia la costa gallega una borrasca que se había formado varias millas mar adentro. Para cuando la alerta se había hecho eco en el puerto de Vigo, eran muchos los barcos que habían salido a faenar. Otros muchos permanecieron amarrados a la espera de que el mismo número de marineros que había abandonado la costa esa madrugada volviera al amanecer, aunque fuera con las redes vacías.

Las plegarias fueron escuchadas esta vez. A media mañana todos los pesqueros estaban de vuelta con toda su tripulación ilesa, solo con una jornada perdida. Y tal vez porque las plegarias se habían limitado a desear buena fortuna a los hombres de la mar, los de tierra firme habían quedado relegados a un segundo plano.

En lo más cruento de la tormenta, un ciclista se arrepentía de haber salido ese día a hacer su compra semanal, con su mochila cargada de provisiones a la espalda. Aunque ya era absurdo parar. Solo quedaba un kilómetro y, a pesar de estar calado hasta los huesos, podría decirse que llevaba el viento de cola. Aunque le desestabilizara ligeramente, le ayudaría a afrontar la cuesta arriba que le esperaba hasta su casa.

No lo vio venir. Era un cruce bien señalizado, al menos para aquel que lo conociera. Ric pasaba por allí, como mínimo, una vez por semana. Pero el conductor del camión que se saltó el *stop* no estaba tan habituado como el ciclista. Con una lluvia torrencial cayendo sobre su parabrisas, el cielo tan encapotado que parecía haberse hecho de noche a las once de la mañana y las ganas desesperadas de llegar a su destino tras ocho horas de viaje, no vio la señal vertical, ni la horizontal, ni a Ric aparecer por su izquierda.

Primero oyó un golpe seco y pensó que había pinchado. Después vio un casco pasar volando como una paloma blanca por delante de sus ojos; eso le hizo frenar de inmediato. «Que no sea un niño» fue lo primero que pasó por su cabeza, tal vez porque era padre de tres hijos. «Que no esté muerto... o algo peor» fue lo que murmuró según saltaba de la cabina del camión.

Al principio solo vio naranjas exprimidas, hojas de lechuga desperdigadas y unos trozos de carne cruda que se le antojaron demasiado bien fileteados para ser consecuencia del atropello. Después lo vio a él entre el corro de transeúntes que se había agolpado alrededor del cuerpo, a varios metros de distancia, lo que le hizo darse cuenta de que el ciclista había salido literalmente volando. Era un hombre joven, con la cara ensangrentada, los ojos cerrados y una mochila debajo de la cabeza que había quedado desprotegida de su casco. La bicicleta estaba hecha un ovillo debajo de la rueda delantera del vehículo, pero al menos no había nada con ella que pudiera considerarse miembros humanos.

Cuando el conductor cayó de rodillas, un par de personas abandonaron el círculo y fueron a atenderlo a él.

—Mejor que sean dos ambulancias —sugirió un hombre que hablaba por el móvil—. Al parecer el conductor ha entrado en shock.

A las ocho de la tarde, y con la tormenta convertida en una ligera llovizna, dos mujeres montaban en sus respectivas bicicletas sin mojarse más que por su propio sudor. Sofía y Paula

afrontaban una cuesta arriba que, en teoría, era aún más empinada que la que —si el destino hubiera estado de su lado ese día— habría llevado a Ric hasta su casa horas antes. Eso sí, sus bicicletas no se movían del sitio. Y como estaban en un gimnasio, no solo no las llevaban a ninguna parte, sino que quedaban liberadas de peligros tales como ser atropelladas por un camión.

Era el último jueves de septiembre y, con él, el último día que Sofía podría disfrutar de lo que ella llamaba «una vida acorde a su edad».

El primero de octubre volvían los Suárez y los Rubio, ambas familias adineradas con sendas vacaciones de tres meses. Los tres meses durante los cuales ella no tenía que ir a limpiar sus chalets tres veces por semana y que aprovechaba para trabajar con Paula, cubriendo las vacaciones de todo el personal de la frutería, donde, gracias a la propia Paula, la contrataban cada verano y cada vez que había una baja por enfermedad.

Limpiar casas era duro, pero cuando el monitor de *spinning* indicaba que tocaba pedalear a fondo, sin resistencia, agachando la espalda y apoyando los brazos contra el manillar durante todo lo que quedaba de canción y tan rápido como las piernas les permitieran, a Sofía le parecía que limpiar la mierda de otros no era para tanto.

Tras los estiramientos de rigor, ambas mujeres se dirigieron encantadas hacia el vestuario. Una vez pasados los cuarenta y cinco minutos de ejercicio cardiovascular, una se sentía satisfecha consigo misma, casi como si el sudor que hacía pesar la camiseta un kilo más fuera directamente proporcional a los kilos que ellas habían perdido. Podría ser una ilusión, pero era muy efectiva para el ego.

—Te voy a echar de menos. —Paula, completamente desnuda, caminó hacia las duchas comunes —. Sudar como una cerda aquí no va ser lo mismo sin ti. Y aún menos en la frutería.

Sofía rio, aunque en el fondo tenía ganas de llorar y se sentía estúpida por ello. Disimuló el nudo de la garganta enjabonándose la cabeza.

—Tú lo vas a echar de menos, yo lo voy a echar de menos y Lucas va a echar de menos pasar las tardes con su tío Jorge, ahora que empieza las clases por las tardes, y que él vuelve a embarcar.

Paula carraspeó. Esta vez fue ella la que lo disimuló, enrollándose la toalla a modo de turbante alrededor del pelo y saliendo hacia la zona de las taquillas. El tío Jorge podía ser muy divertido para un niño de seis años como Lucas, y podía ser de ayuda para que Sofía tuviera unas horas libres las tardes del único mes del año que volvía a su ciudad natal. Pero, aparte de eso, Jorge siempre había pensado solo en sí mismo, y Paula tenía la certeza de que también había sido así durante el único mes que habían salido juntos, en agosto del año anterior. Una relación corta e intensa, y una ruptura igual de abrupta y profundamente dolorosa. Lo de «un clavo saca a otro clavo» no surtía efecto con ella. En ella, la herida simplemente se hacía más profunda. Así había funcionado siempre su corazón, más de una vez.

Sofía y ella eran amigas desde el instituto. Y siete años después de dejarlo, al igual que dejaron en su día los planes de ir a la universidad, seguían siendo amigas. Juntas habían superado situaciones con las que no habían soñado de adolescentes. Poco había en sus vidas que se pareciera a lo que habían planeado tumbadas en la cama contigua al instituto, cuando se escapaban de las últimas horas y se dedicaban a fumar sus primeros cigarrillos y a mirar a los surfistas que se congregaban en la playa. Hasta que un día decidieron bajar a esa playa, y sus vidas cambiaron para siempre.

—¿Adónde se marcha el tío Jorge esta vez?

Sofía fingió no darse cuenta de la amargura oculta tras las palabras de Paula. Aún no entendía cómo ella había accedido a ir a cenar con él una noche, hacía más de un año. Su hermano mayor le había estado tirando los trastos a su mejor amiga desde que ella tenía memoria, y nunca, jamás, Paula le había hecho el menor caso. Bien era cierto que Jorge hacía lo mismo con toda aquella mujer que se cruzara en su camino, pero con Paula había sido especialmente insistente. Nada más desembarcar aquel día, ella había ido a recogerlo al puerto y lo había llevado a su piso, donde Paula se había quedado cuidando de Lucas porque esa tarde tenía fiebre. En cuanto Jorge la había visto, se la había comido con los ojos y le había reclamado una cena que ambos habían postergado

demasiado tiempo. Sofía pensó que Lucas le había pegado la fiebre a Paula cuando la oyó aceptar encantada e indicarle a qué hora debía recogerla en su casa. Aunque, realmente, el más sorprendido había sido Jorge, pues se limitó a asentir con la cabeza sin decir nada. El resto del mes fueron como un par de animales en celo —según lo que, muy a su pesar, ambos le habían contado— e incluso Paula le había dejado caer que tenía la esperanza de que esta vez Jorge se quedara unos meses en tierra, tal vez definitivamente. Ella no había querido desilusionarla, porque ¿quién era ella para contradecirla, por mucho que conociera a su hermano como lo hacía? Realmente no estaba en la cabeza de Jorge para saber lo que pensaba. Pero ahora se arrepentía de no haberlo hecho.

—A Sudamérica. Cambia de barco pero no de compañía. Y esta vez... me temo que no vuelve a este puerto en un par de años.

—La mar tira de los marineros —sentenció Paula.

—De los que son como Jorge, sí. —Sofía suspiró y se untó una abundante cantidad de crema anticelulítica en ambas piernas—. Siento lo que pasó.

La mano de Paula se detuvo en seco en el hombro izquierdo, solo un instante. Enseguida continuó extendiendo la crema reafirmante con más ímpetu que antes.

—Ya te dije que no fue culpa tuya. Yo solita me monté mi película. Y ahora no quiero hablar de eso. La verdad es que me gustaría mucho no volver a hablar de eso.

—Está bien, pero entonces —Sofía golpeó a su amiga en un brazo con un rápido movimiento de su toalla, haciendo que sonara y provocándole una rojez como si hubiera sido un látigo— tendrás que confesar cuál de los clientes de la frutería es tu amor imposible.

Paula bufó y se apresuró a vestirse cuanto antes.

—Venga, mañana es mi último día —insistió Sofía—. Casi no me queda tiempo para decidirme entre los diez de los que sospecho.

—¿Diez?

—Sí, demasiados, ya lo sé. Así que tendrás que darme alguna pista.

—Te dije que, si te decía su identidad, me sentiría muy incómoda sabiendo que tú lo sabes y que él está ahí. Bastante me cuesta ya disimular cada vez que entra. Hoy casi me da un infarto. Estaba tan guapo con el pelo mojado...

—¡Así que ha venido hoy!

Paula se preguntó por qué era tan bocazas.

—Sí, pero no pienso decirte quién es. —Se dio la vuelta y se dedicó a vestirse, con la vana esperanza de que Sofía se rindiera.

—A no ser que se me haya escapado alguno, hoy de mi lista solo han entrado cuatro. Y uno de ellos venía con su mujer, cuya existencia ignoraba, así que queda descartado.

—¿Y quién te ha dicho que no esté casado?

Sofía se quedó blanca.

—¿Por eso lo llamas «amor imposible»? ¡Cómo he estado tan ciega!

—No, no está casado —se apresuró a desmentir Paula antes de que a su amiga le diera por soltarle su largamente argumentada charla sobre lo que ella denominaba una O.B.R., una «odiosa-bruja-rompefamilias». Pero creo que está con alguien. Al menos lo estaba hace un año. Vino aquí con ella una vez, pero no he vuelto a verla con él. Ni con ninguna otra.

—Entonces tal vez ya no estén juntos. Y tampoco esté con nadie más.

—Quizás... Pero mi pequeño orgullo de mujer me dice que ese tiene que ser el único motivo posible por el cual me rechaza constantemente.

—¿Le has dicho algo abiertamente? —La voz de Sofía apenas se oyó mientras luchaba por sacar la cabeza del estrecho cuello de cisne de su camiseta.

—No. La verdad es que siempre he sido muy sutil. —Paula tiró hacia abajo de la prenda de su compañera y su cabeza emergió de golpe con la cabellera húmeda y despeinada—. Sin embargo, él es un hombre inteligente, creo que eso es lo que más me gusta de él. Y por cómo reacciona, me parece que lo pilla perfectamente.

—¿Cómo reacciona?

—Huye despavorido en cuanto dejo de limitarme a atenderlo como a cualquier otro cliente. Si profundizo un poco más, cambia de tema enseguida. Sorteas muy ágilmente cualquiera de mis indirectas, a pesar de que a veces juraría que me mira de cierto modo, y eso, como soy tan imbécil, me da esperanzas de nuevo. Merezco otro golpe de tu toalla. Adelante.

—No sé. —Dudó entre golpearla con camaradería o doblar la toalla. Finalmente la guardó pulcramente en su mochila—. A veces las miradas son más claras que las palabras en sí mismas.

—Ya, bueno, pero con él creo que no funciona así. Es imposible, de la misma manera que es imposible sacármelo de aquí dentro. —Se golpeó la cabeza con la palma de la mano, con frustración—. Lo intenté con tu hermano el año pasado. Sí, lo siento mucho, es tu hermano, pero pensé que podría ayudarme a olvidarlo. Y lo único que conseguí fue dejarlo en el banquillo un mes mientras me nublaba con un cuelgue que resultó demoledor.

—Ya, yo también sé bastante de eso.

Ambas se miraron en silencio. Cada una había tenido su buena ración de demolición sentimental.

—¿Qué tenemos de malo, Sofi?

Sus miradas se desviaron hacia el espejo. Vale que no se habían maquillado y que solo con la crema hidratante la cara les brillaba como un Gusiluz. Pero tenían veinticuatro años y, quitando algún que otro michelín, alguna espinilla tardía y alguna arruga de expresión temprana, ambas estaban de muy buen ver. Paula con el pelo rubio oscuro natural y lacio, profundos ojos verdes y algo más alta y corpulenta. Sofía, más menuda, ojos almendrados y del mismo tono castaño que su cabellera rizada. Pero sobre todo, como muy bien sabía la una de la otra, había poca gente en el mundo con un corazón tan fiel y sincero como el de ellas.

—Absolutamente nada, Pau. Simplemente, aún no hemos encontrado a nuestro príncipe azul.

—Cada una hemos tenido nada más y nada menos que dos encuentros con príncipes convertidos en rana. ¿Crees que a la tercera va la vencida?

Sofía desvió la mirada del espejo y abrió la puerta del vestuario para dejar allí, al calor del vapor del agua de las duchas, todos sus malos recuerdos.

—Eso dicen.

—Ya, una no debe fiarse de lo que oye por ahí.

—Pero es un refrán popular. Sabiduría de nuestros ancestros.

Paula la miró con una ceja arqueada.

—¿Eso debería darme confianza?

—Se supone. —Sofía se encogió de hombros y sujetó la puerta del gimnasio mientras miraba hacia fuera sin salir—. Sé que existen, Pau. Los hombres de nuestra vida están ahí fuera, esperándonos.

—Pues, si no le importa, esta vez que sea él quien venga a buscarme.

—Si quieres peces, debes mojarte el culo. —Con un pequeño empujoncito, Sofía hizo que Paula saliera a la calle y se uniera al flujo de transeúntes.

—¿Eso también es un refrán?

—Creo que sí, más o menos.

—Pues está lloviendo, así que nos vamos a mojar un poquito.

Capítulo 1

—Adela, por favor, márchate de una vez.

Cuando su hermana lo miró con gesto inquisitivo, Ric se dio cuenta de que se había pasado un poco con el tono de sus palabras. Estaba muy agradecido con ella. Sabía que había tenido que dejar muchas cosas para poder ir a atenderlo y, sobre todo, que había tenido que convencer a sus padres para poder quedarse toda una quincena con él.

Hasta que no llegara diciembre, su hermana pequeña aún tenía diecisiete años y sus padres podían decidir por ella. Que perdiera dos semanas de su primer año de universidad les parecía ya bastante tragedia. «Valiente tontería», había pensado ella. La auténtica tragedia era que Ric hubiera estado a punto de morir en un accidente y que ellos solo se hubieran limitado a ir una vez al hospital. En cuanto les informaron de que se recuperaría por completo, se marcharon. Las bodegas eran más importantes que su hijo, y ya habían pasado tres días demasiado lejos de La Rioja. Ni siquiera se habían dignado a quedarse en la casa de su primogénito, la cual contaba con habitaciones de sobra. Habían preferido un hotel, y no precisamente el más cercano al hospital. En cuanto recuperó la consciencia recogieron las maletas, las cuales Adela estaba convencida de que ni siquiera habían llegado a deshacer. «Es lo que él quiere», le había dicho su padre, «siempre ha sido así. Sabe valerse por sí mismo y nunca ha querido nada de nosotros. Si necesita ayuda, se la pagará él mismo. Dinero no le falta».

Pero Adela no había podido permitir que, tras darle el alta, una enfermera interina cuidara de su magullado hermano preferido. Tenía familia, y la familia debía estar en esos momentos. ¿Sino, en cuáles? Al parecer, era más importante reunirse para recibir otro premio de la Sociedad de Enología que para cuidar de un hijo o hermano. Ella tenía otra forma de pensar. Y si sus estudios de Químicas se lo permitían, trabajaría en un hospital y no en un laboratorio de las bodegas de su familia. Ric había huido del negocio familiar en pos de un sueño. Ella también lo haría.

—Te he dejado toda la ropa doblada en lugar de colgada en las perchas, para que no tengas que levantarte de la silla. También he vaciado los cajones de arriba y lo he reordenado todo en los de abajo.

—Ya puedo levantarme con la ayuda de las muletas, así que no hacía falta.

—Me alegro, pero así tendrás que hacer menos esfuerzos. También te he bajado el portátil y algunos libros de tu estudio del piso de arriba, pero recuerda que no debes escribir demasiado, menos con la mano que aún tienes escayolada. La de la muñequera tampoco deberías forzarla.

—Usaré la grabadora si en un momento de inspiración empiezo mi décima novela. Aunque ahora mismo me conformo con pasar más de media hora sin dolores. —En cuanto lo dijo, supo que tendría que haberse callado.

—De verdad, podría quedarme una semana más.

—Ni hablar. Vete.

Adela miró a su hermano a los ojos, a esos ojos de un azul intenso que eran tan parecidos y a la vez tan diferentes a los de su madre, y se preguntó cuándo habían dejado de ser una familia, o si de verdad lo habían llegado a ser alguna vez.

Ella recordaba vagamente a su abuela materna, la anterior dueña de aquella casa, y aunque ella era muy pequeña cuando había muerto, aún podía sentir allí su presencia. Incluso podía verla en los ojos de su hermano. A pesar de ser del mismo tono azul brillante que los de su madre, solo en Ric había encontrado esa calidez que desprendía su abuela Margarita, quien probablemente sentía lo

mismo cuando decidió dejar en herencia aquella casa a su nieto y no a su hija. Y sí, los vagos recuerdos que conservaba de algún verano en aquella casa eran lo único que le decía que una vez había pertenecido a una familia de verdad y no solo a un apellido con renombre en cierto sector por el cual no sentía ningún interés.

Tragándose la nostalgia, abrió el portátil y señaló la pantalla.

—En *Favoritos* te he guardado la dirección web de varios comercios que tienen servicio online y reparto a domicilio, además de restaurantes, por si no te apetece cocinar. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¿Por qué no vienes a Logroño conmigo un par de semanas? Si no quieres quedarte en casa de papá y mamá, podrías quedarte con...

—¿Con alguno de nuestros hermanos? —interrumpió de inmediato—. No, gracias. Sé que han pisado el hospital igual o menos que nuestros padres. Aquí tengo amigos que vendrán a echarme un cable de vez en cuando.

—Ya, claro. Esos surfistas que se dejan caer una vez al año.

—Tres veces al año. Y tengo más amigos que ellos. Es mi casa, y aquí me defiendo bien. Gracias por todo, pequeñaja. Me las apañaré.

Adela lo miró de arriba abajo. Todavía tenía la cara algo amoratada. Tras varias semanas ingresado, la horrenda hinchazón del rostro había disminuido, pero seguía tendiendo un arcoíris de tonos amarillentos y violáceos, con algún retazo verdoso. Un auténtico cuadro. La muñeca izquierda ya solo contaba con una muñequera, pero el brazo derecho lo tenía escayolado por completo y lo llevaba en cabestrillo. Para compensar, la pierna izquierda era la que iba escayolada, y tobillo y rodilla derechos vestían sus correspondientes tobillera y rodillera, lo que al menos parecía darle algo de equilibrio, si es que eso era posible. Sin olvidarse de la fea línea que le recorría el muslo donde le habían cosido con veinte puntos, el doble que en la cabeza, la cual no se le había abierto por completo gracias a su mochila, que había amortiguado ligeramente el golpe.

—Cúidate. Y si necesitas algo, lo que sea, llámame. No seas orgulloso, ¿vale?

—El orgullo es lo único que me queda sin puntos o moratones. Vaaale —se rindió cuando ella alzó la barbilla en un gesto que, aunque ella probablemente no recordara conscientemente, era clavado al que había hecho en vida su abuela Margarita cuando alguien la contradecía. Sintió un escalofrío lleno de nostalgia—. Te llamaré. Te quiero, pequeñaja.

—Y yo a ti, cabeza dura.

Le besó una zona de la mejilla que parecía de un tono normal y se montó en el taxi que la esperaba en la puerta de la casita de dos pisos que Margarita Remington había dejado a cargo del único de sus nietos que, con toda certeza, no la vendería, sino que iría a vivir allí. Adela sabía que ella no habría sido digna de aquella responsabilidad, no era tan valiente ni independiente como su hermano. Pero, al menos, sabía que siempre sería bien recibida allí por él, el único que siempre la había comprendido y apoyado en todos sus sueños e ilusiones. Tal vez de ilusiones no se viviera, como decía siempre su padre, pero Ric había trabajado mucho en torno a esa ilusión que era ser novelista y, desde luego, ella prefería vivir como él a como sus padres esperaban que lo hiciera. Pero de momento, estudiaría, como había hecho su hermano. Y, cuando hubiera terminado sus obligaciones, decidiría su propio futuro.

Una semana después, la casa de la abuela Margarita estaba patas arriba. La cocina parecía una pocilga por los restos de cajas y envases de comida a domicilio, puesto que sacar la basura implicaba bajar las cinco escaleras del porche. Además, Ric se había cansado de la comida de restaurante a domicilio, pizzas incluidas, cosa que jamás pensó que fuera posible.

Le daba tanta vergüenza recibir visitas que, cuando algún amigo le llamaba para visitarlo y echarle un cable, le mentía diciendo que el golpe en la cabeza le había despertado una idea fantástica para su nueva novela y que, como no podía escribir, necesitaba concentración para recordar las ideas y usar la grabadora, aparato que jamás había utilizado con anterioridad.

Él era un escritor de teclado y pantalla. Pero el estudio en el que se inspiraba como en ningún otro lugar estaba a trece escaleras de distancia, así que escribir de viva voz en una silla de ruedas o en el sofá no era lo mismo. Y, desde luego, entre los dolores y las tareas de la casa, sin mencionar el aseo personal, uno no podía inspirarse mucho.

Harto de su propia dejadez, decidió que, ya que era lunes, debía retomar una alimentación sana y empezar a cocinar por sí mismo. La mano de la muñequera ya no le dolía tanto y se sentía capaz de manejar una sartén y una espátula sin provocar un incendio o que la comida se le volcase.

Así que hurgó entre las webs que su hermana le había dejado marcadas e hizo un pedido de productos frescos para una semana, y de comida menos perecedera como para dos o tres. Tal vez le costara colocar las cosas en los armarios, pero, ya que tenían que hacer el viaje hasta su casa, era mejor que le trajeran todo de golpe. Uno de los motivos por los que se movía en bicicleta era su carácter ecologista, y que tuvieran que llevarle la compra en furgoneta le parecía de lo más contaminante.

El primer repartidor llegó a mediodía. Llevaba muchísima prisa y le dejó las bolsas en la entrada de la cocina, justo después de dejárselas en el porche y cambiar de idea al verlo postrado en la silla de ruedas. Aún no había conseguido colocar ni la mitad de las bolsas cuando llegó el segundo repartidor.

Ric era un hombre de costumbres, y desde que vivía en Vigo siempre había comprado en las mismas tiendas, una vez que encontró las que le ofrecían productos de primera categoría. Pero, por desgracia, excepto uno de esos comercios, nadie contaba con el servicio de reparto a domicilio y compra online o vía telefónica. Así que la carne que le trajo un muchacho que parecía no haberse empezado a afeitar todavía no le inspiraba demasiada confianza. Aun así, había preferido encargarla en una carnicería en lugar de en el supermercado.

Ya pensaba que la fruta no llegaría ese día cuando, a las ocho y media, llamaron a la puerta. No se lo esperaba, así que se sobresaltó y el último tarro de mermelada que le quedaba por colocar se le cayó al suelo, provocando no solo un ruido ensordecedor sino también salpicaduras por toda la cocina. El timbre sonó de nuevo, Ric gritó que ya iba y, sin poder esquivar del todo la mermelada del suelo, pasó una de las ruedas de su silla por encima de los pegotes de frambuesa, dejando una bonita línea rosada hasta la puerta de entrada.

Cuando la vio con tres bolsas en cada mano, tuvo el impulso de ponerse en pie y cogérselas inmediatamente. Pero, claro, su cuerpo no respondía a ese tipo de impulsos desde el accidente. Y se dijo que su mente no debería permitirle tampoco cuando de ella se trataba. Además, las bolsas se le cayeron de las manos en cuanto le reconoció.

—¡Santo Dios! ¿Qué te ha pasado?

Paula se agachó y, sin pensarlo, tocó cada parte del cuerpo de Ric que mostraba alguna lesión. Prácticamente su cuerpo entero.

—Poca cosa —bromeó y se encogió de hombros—. Me atropelló un camión.

—¡Un camión! —Paula parecía estar en shock—. ¿Y estás bien? Bueno, quiero decir... aparte de los moratones y las escayolas... ¿Puedes andar? ¿Tienes la cabeza... bien?

Ric sintió sus dedos deslizarse por las dos líneas de puntos que se ocultaban bajo su pelo, ahora algo más largo que cuando se lo raparon. Se conocían, ella le atendía cada jueves en su frutería favorita, pero nunca antes se habían tocado. Él había tratado de evitar todo contacto, incluso el del cambio, hasta el punto de llevar monedas sueltas para dar el dinero justo. De todos los empleados de Frutas y Verduras La Selecta, tenía que ser ella quien le llevara su pedido.

—¿Ric?

—Sí, sí, estoy bien. Recuperándome de huesos rotos, nada más.

—¿Seguro?

Podría haberle dicho que se había quedado un poquito tonto por el golpe en la cabeza. De esa forma, los segundos que había tardado en responder mientras ella palpaba sus heridas con la mayor de las delicadezas no le delatarían tan obviamente. Pero decidió no liar más las cosas.

—Seguro. Si no te importa, déjame las bolsas ahí.

—¿Ahí? ¿En el sofá?

—Sí.

Paula las cogió de donde las había dejado caer y levantó una ceja.

—¿No prefieres que te las lleve a la cocina? Puedo colocarlo todo donde me digas. Eres el último cliente de la ruta. Y no tengo prisa.

No esperó a que respondiera. Se dirigió directamente a la cocina.

—¡Pero...! ¿Qué ha pasado aquí?

—Podría decirte que ha sido el gato, pero no tengo.

La oyó reír muy bajito y él sonrió, bastante avergonzado. Se sintió enrojecer cuando ella lo miró con tal lástima que parecía estar acariciándolo con la mirada. Al tratar de esquivar sus preciosos ojos, se dio cuenta de que aún cargaba con las pesadas bolsas. En un arranque, comenzó a recoger las cajas de pizza para que ella pudiera apoyarlas sobre la mesa. Eso le dio tiempo a ella a mirar a su alrededor y Ric no pudo evitar que ella viera el bote de mermelada roto.

—Se me ha caído cuando has llamado. El resto... bueno, es la comida de toda una semana. Habitualmente no soy tan cerdo, de verdad. —Ella parecía perpleja—. ¡Dios, qué vergüenza!

Cuando Ric tiró de mala gana las cajas que acababa de recoger, Paula soltó una carcajada que trató de contener. Buscó el rollo de papel de cocina y se agachó para limpiar la mermelada.

—No, por favor, no hagas eso... Me siento fatal.

—¿Vives solo?

—Creo que es evidente.

—¿No viene nadie a ayudarte?

—Mi hermana ha estado hasta la semana pasada. Y a los amigos que han llamado les he dicho que estaba escribiendo para que no vinieran y no vieran... lo que tú estás viendo ahora.

Sin decir nada, Paula terminó de limpiar el suelo mientras él la observaba en silencio, resignado y ruborizado.

—Ricardo M. Remington es solo tu seudónimo, ¿verdad? —dijo ella de pronto.

Paula conocía ese nombre por sus novelas. Las había leído todas. Y había pensado que ese era su nombre real.

—Bueno, ese es mi cuarto apellido.

—Por eso no te he reconocido cuando has hecho el pedido online. Me preguntaba si te habrías marchado a promocionar tus obras por ahí sin decírselo a tus frutereros favoritos —confesó.

—Tuve el accidente el día que os visité por última vez. —Se encogió de hombros y, de pronto, Ric sonrió de oreja a oreja, de forma que Paula creyó que el corazón se le salía del pecho—. Creo que el medio melón que insististe en que me llevara me salvó la vida.

—¿Ah, sí? —Parpadeó compulsivamente por la sorpresa.

—Se me salió el casco y mi cabeza cayó contra la mochila en el punto donde estaba la fruta. La parte alta del cráneo quedó encajada en el hueco del melón. Detrás estaban la lechuga y el repollo, que hicieron de base.

—Elegí las dos piezas más grandes para ti —dijo sin pensar, delatándose—. Me alegra haber contribuido a que no estés muerto.

Él abrió los ojos de par en par y ella se dio cuenta de que había sonado peor de lo que esperaba.

—¿Sabes qué? Creo que puedo hacer algo más por ti.

Se sacó una libreta y un boli del bolsillo trasero del pantalón, zona que Ric se obligó a no mirar, y le apuntó un teléfono y un nombre en una hoja que dejó bajo un imán de la nevera.

—Llámala. Es una de mis mejores amigas y, si tienes buena memoria, la recordarás de la frutería. Trabaja todos los veranos con nosotros, aunque, como siempre suelo atenderte yo, no sé si... —Se dio cuenta de lo que acababa de decir y decidió no seguir por ahí—. El resto del año mantiene relucientes y perfectamente organizadas, además de su casa, las de varias familias que ya no pueden vivir sin ella. Dile que llamas de mi parte y se pasará por aquí para que acordéis cuántas veces por

semana podría venir a... Bueno, a hacer de esto un lugar habitable.

—Yo no suelo...

—Ya lo sé. Imagino que yo en tu lugar lo tendría todo aún peor. Pero ella puede ayudarte, lo hará encantada, tú lo necesitas y dudo que pagar sus honorarios, que son muy razonables, le suponga un problema a un escritor superventas.

Ric se rascó la cabeza inconscientemente, aunque enseguida apartó la mano al notarse la cicatriz.

—Lo cierto es que me las apaño mucho peor de lo que había imaginado.

—Entonces, decidido. —Se dirigió a la mesa y empezó a desempaquetar la fruta—. En cuanto me vaya, la llamas. Te aseguro que no encontrarás a nadie mejor.

—Gracias. Y, por favor, deja de recoger.

—¿Qué pensabas cenar hoy? —preguntó inesperadamente.

—¿Qué?

—Tienes mermelada en los pantalones. Ve a cambiarte. Recogeré esto y te haré la cena. Hoy, por ser tu primer pedido online, tienes un vale que incluye... —abrió la nevera y sacó lo primero que encontró—. Filete de ternera.

—No puedo pedirte que hagas eso. —Ahora le empezaba a doler la cabeza con un extraño latido.

—No me lo has pedido. Lo hago porque quiero. Después de cuatro años como cliente mío, y yo como lectora tuya, podríamos considerarnos amigos, ¿no te parece?

La culpabilidad le atravesó el pecho como un puñal.

—Desde luego —reconoció cabizbajo.

—Y los amigos se echan un cable cuando se necesitan. Cámbiate. Yo encontraré las sartenes.

—Puedo tardar más en cambiarme de pantalones que tú en freír la carne.

—Si piensas que voy a marcharme, o que voy a ayudarte con los pantalones, te advierto que no pienso hacer ninguna de las dos cosas.

Él se dio cuenta de que aquello había sonado como lo que no era en cuanto ella levantó una ceja y sonrió de medio lado.

—¿Qué? ¡No! No he querido insinuar que...

—Anda, vete. —Volvió a reír y Ric suspiró, queriendo que se lo tragara la tierra—. Te dejaré el plato en la mesa y me marcharé antes de que vuelvas. Así, si quieres, puedes cenar en calzoncillos.

Después de que le guiñara un ojo y se pusiera a abrir armarios en busca de alguna sartén, Ric se dio la vuelta y rodó hacia su dormitorio.

Tendría que haberla invitado a cenar con él. Aunque eso habría supuesto que ella tuviera que cocinar aún más. Pero no lo había hecho, y en el fondo era lo mejor. Al menos eso fue lo que se dijo a sí mismo mientras masticaba un delicioso filete al punto.

Paula había dicho adiós y él había asomado la cabeza cobardemente desde su habitación, justo antes de que ella cerrara la puerta diciendo «Llama a Sofía». Así que, en cuanto se comió el filete, acompañado de una ensalada elaborada con ingredientes que ella misma había traído, cogió el teléfono.

Mientras la señal sonaba haciéndole esperar, observó con remordimiento su cocina impecablemente recogida. En el fregadero solo estaban sus platos de la cena, todo lo demás había desaparecido. Sospechaba que ella había logrado que cupiera dentro del lavavajillas que ahora estaba en marcha. La cocina había dejado de parecer un vertedero. Toda la basura debía de haber cabido también en las tres enormes bolsas que, de refilón, él había visto que se llevaba con ella.

Suspiró al escuchar el cuarto tono. Había creído que las nueve y media de la noche no sería muy tarde para llamar. Quinto tono. Ahora la vista se le había desviado hasta los tres fruteros repletos, estratégicamente colocados en la encimera, dispuestos como si fueran a hacerles una fotografía publicitaria de frutas perfectas y succulentas.

Cuando estaba a punto de colgar, una voz suave respondió y Ric se dispuso a ser lo más amable y convincente posible para que la amiga de Paula accediera a dedicarle unas pocas horas a la semana y, así, rescatarlo de su propia miseria.

Paula miraba el filete de su plato sin probar bocado. No le apetecía especialmente carne, pero al llegar a casa había sacado la bandeja de la nevera mecánicamente, lo había frito más de lo que le hubiera gustado y lo había puesto en un plato. Ahora no le apetecía ni siquiera cortarlo. La naturalidad y la buena disposición con la que había actuado en casa de Ric parecían haber agotado su energía y su capacidad de pensar. Estaba absorta, sentía como si un globo de sentimientos encontrados se estuviera hinchando dentro de su cabeza y estuviera a punto de estallar.

Podría haber muerto. Su amor imposible —al cual hacía más de un mes que no veía, volviéndose loca pensando qué habría sido de él— había salvado la vida de milagro. Y según parecía, ella había tenido mucho que ver con que su cabeza siguiera de una pieza. No lo había pensado así cuando había elegido para él las verduras más frescas y de mejor calibre, ni cuando había insistido en que se llevara medio melón, en concreto, el más hermoso de los que ella misma había partido esa mañana y que había reservado para él en cuanto lo había oído, dulce y maduro, en su punto justo.

El deseo, la atracción, la simpatía y el misterio que siempre le había entrañado su presencia no habían estado presentes en ningún momento esa tarde. Había sido el más puro instinto de protección, primitivo y maternal, el que había dominado su corazón durante los pocos minutos que había pasado en su casa. Lo había visto tan frágil e indefenso, cuando siempre había aparecido en la tienda con su porte gallardo y su actitud altanera. Con aspecto fresco y desenfadado, con ganas de conversación, con una perpetua sonrisa para ella, hasta que decía algo que parecía ponerlo nervioso y se volvía frío y cortante hasta despedirse.

Esa tarde solo había visto cansancio, abatimiento y resignación, salpicados con unas gotas de vergüenza por el estado de su casa, no tanto por el de su cuerpo. ¿Habían sido imaginaciones suyas o había temblado cuando le había chequeado las magulladuras? ¿Y se había quedado realmente en blanco unos segundos cuando le había recorrido uno a uno los puntos de la cabeza?

Seguramente, no. Eso eran sus propios anhelos proyectados en sus actos, como cuando creía que la miraba, a veces con deseo, otras con ternura, antes de volver la vista hacia las naranjas o las peras y pedir un kilo de alguna de ellas.

Se sentía orgullosa de su comportamiento de esa tarde, había hecho lo correcto. Sofía necesitaba trabajar y él necesitaba ayuda. Y, egoístamente, si su amiga trabajaba en su casa, podría saber cómo estaba él y si necesitaba más ayuda de la que Sofía le podía prestar. ¿Cómo demonios se le ocurría a alguien vivir solo en ese estado?

El siempre tenía planes con diferentes amigos. El plan del fin de semana era un tema de conversación muy habitual cada jueves, el día que él acudía a la tienda sin falta. Era raro el día que anunciaba que se quedaría en casa leyendo, trabajando o tumbado en el sofá jugando con la consola. ¿Dónde estaban esos amigos ahora? Si eran buenos amigos, por mucho que él les hubiera dicho que estaba escribiendo y que no le molestaran, deberían haber acudido igualmente. ¿O no?

Saber que podría estar más solo de lo que él había confesado la llenó de tristeza y de unas ganas desesperadas de acudir en su ayuda. Tenía su teléfono y su dirección por el pedido, así que... ¿por qué no llamarlo de vez en cuando y preguntarle qué tal estaba?

¿O aprovechar cada día que hiciese un encargo online para llevarlo el último y poder quedarse un rato a charlar con él y ayudarlo?

La idea le pareció más que perfecta. Ya tenía más o menos calculado cómo lo iba a hacer cuando sonó el teléfono, lo cogió y se tiró en el sofá con desgana.

—¡Pau! Gracias, muchas gracias —gritó una voz en su oído.

—Ah, Sofi. ¿Qué tal? Es muy tarde.

—Solo son las diez. Te llamo por lo del bombón de ojos azules.

—¿Perdón?

—Sí, el escritor. Me acaba de llamar. Es un bombón de los de doble chocolate. —Lo dijo con cierto tonito que siempre empleaba al hablar de hombres atractivos—. ¿No te acuerdas de que lo llamé así la primera vez que lo vi entrar por la puerta de la tienda? Nunca me haces caso.

—Sí, perdona, no había entendido de qué me hablabas.

—Pues está en la lista de mis diez sospechosos, entre los tres primeros.

Paula fingió que no oía esa parte.

—¿Y habéis quedado ya en algo? ¿Vas a echarle un cable? El pobre te necesita desesperadamente. No lo has visto, parece que le han dado una paliza. Y a la casa, otra.

—De momento voy a pasarme este sábado para ver la casa y hacerme una idea del tiempo que me puede llevar la primera limpieza general y después el mantenimiento.

—No solo necesita limpieza. También organización, compras y hacer la comida. Está prácticamente inválido. ¡Madre mía! No sabes la pena que me ha dado verlo así.

—Sí, a mí también, y eso que solo le he oído. De hecho, le he avisado de que no sabía si podría pasarme, porque no tenía con quién dejar a Lucas, y me ha dicho que no le importa que lo lleve, que le encantan los niños. Y que además tiene un jardín bien grande donde se podría quedar jugando mientras nosotros hablamos.

El corazón de Paula vibró un poquito. «Le encantan los niños». Maldito fuera, hasta en eso tenía que ser perfecto.

—Sí, tiene una casa muy bonita, y muy grande —logró decir, tratando de bloquear una fantasía emergente en la que le veía como el padre de sus futuros hijos—. Vas a tener mucho trabajo. ¿Le has pasado tus honorarios?

—No, aún no. ¿Por qué?

—Porque sé cómo eres. En cuanto lo veas y te des cuenta de cuánto necesita tu ayuda, le vas a dar un precio inferior al que cobras a esos ricachones. Y no debes hacerlo. Él es un escritor afamado. Puede pagarte de sobra. No digo que le cobres más ni nada, solo lo justo.

Sofía le hizo una burla muda al otro lado del teléfono.

—Seré buena, pero con el pan de mi hijo no juego.

—Solo te decía que no le hicieras el descuentillo del pobre lisiado. ¿Vale?

—Vale. —Rio por la crueldad de su broma. Paula y su humor negro—. Y gracias.

—¡Eh! ¿Qué pasa? Lucas es mi ahijado. Si puedo contribuir a rellenar de Nocilla el pan que tú ganas, soy una madrina feliz.

Sofía volvió a reír, pero frunció el ceño.

—Mejor jamón y queso. No deberías consentirlo tanto.

—Tú házselo de lo que quieras. Yo se lo haré de Nocilla y le daré un refresco con burbujas cuando pase la tarde conmigo.

Esta vez fue el corazón de Sofía el que vibró al regodearse por enésima vez en la suerte que tenía su hijo al contar con Paula, tanta como ella misma.

—No me engañas. Sé que le das fruta y yogures desnatados de los tuyos cada vez que se queda contigo. Te adoro, y él también. Pero odia tus meriendas.

Paula miró con cariño la foto de cincuenta por setenta que tenía colgada en su salita. Un enorme primer plano de Lucas a los tres años.

—Cuando tenga menos espinillas que sus compañeros de instituto, me agradecerá que me haya preocupado por su piel desde crío.

Las carcajadas de Sofía llamaron la atención de su hijo, quien salió de su cuarto con cara soñolienta y se acurrucó en el regazo de su madre.

—Hablando del rey de Roma... Lucas, saluda a tía Paula.

—Hola, tía Paula —oyó de fondo la aludida en cuanto Sofía puso el manos libres—. He sacado un notable en matemáticas.

—¿De verdad? —Paula cambió el tono de mejor amiga al tono de tía-que-no-se-deja-engañar—. Demuéstramelo.

—El examen está pegado en la nevera. Puedo hacer una foto con el móvil de mamá y mandártelo por WhatsApp.

—Ya, bueno. —Paula resopló—. Me refería a que resolvieras un problema de cálculo o algo por el estilo, pero con la foto me vale. —Se le escapó una risilla—. ¿Tú no tenías seis años?

—Sí, los hice el mes pasado. ¿Por qué?

—Por nada —arguyó y rio ante la inocente respuesta de Lucas.

Sofía apretó un botón del aparato para que la conversación solo se oyera por el auricular.

—¿Se puede saber qué les enseñan a estos niños en el colegio hoy en día?

—Es el nuevo entretenimiento del recreo, fomentado por los niños más mayores. Fíjate que el móvil que tengo ahora lo he conseguido sin pagar nada. Lucas me explicó cómo.

—Tengo miedo —bromeó Paula.

—Somos unas viejas.

—Habla por ti —protestó enseguida—. Oye, ¿por qué no te pasas el sábado después de que hables con Ric y comemos en mi casa? Así me cuentas qué tal.

—Vale. A no ser que me quede a trabajar desde ese día.

—Bueno, entonces te pasas a cenar. Avísame, ¿vale?

—Vale. Y gracias otra vez.

—De nada. Te quiero, Sofi.

—Y yo a ti, Pau.

Capítulo 2

—Usa la fuerza, Luc.

Sofía no pudo contener la risa al oír a Ric decirle eso a su hijo.

Era la enésima vez que, sin poder evitarlo, se asomaba a la ventana para ver exactamente qué estaban haciendo los dos en el jardín mientras ella limpiaba dentro de la casa. Ahora jugaban al baloncesto, en una canasta que Ric tenía colocada en un roble.

Era la tercera semana que trabajaba allí, y la quinta tarde que se llevaba a Lucas con ella. Ric estaba encantado de tener compañía y para ella era un lujo poder prescindir de favores de otras madres mientras ella estaba trabajando. Después de llevarlo por tercera vez, ya no volvió a preguntar. Si su hijo no tenía actividades extraescolares, se lo llevaba directamente con ella a casa de Ric.

Solo había una condición y, sorprendentemente, la había puesto él mismo. Saldrían a jugar al jardín o conectarían la videoconsola después de que Lucas acabara los deberes. Ambos se sentaban en la mesa de la cocina, Lucas con sus libros y cuadernos y Ric con su portátil, y cada uno hacía su trabajo. Sofía dejaba las tareas de la cocina para cuando acababan, por no molestarlos. Aunque, por supuesto, de vez en cuando se asomaba para ver si su hijo se había comido la merienda o cualquier otra excusa que le sirviera para vigilarlo. Por mucho que Ric dijera que no era ninguna molestia, ella se sentía un poco incómoda con aquellas repentinas confianzas.

Era sorprendente ver cómo se concentraba Ric cuando escribía, los dedos parecían volar sobre las teclas, incluso los que aún estaban cubiertos por la férula. Su hijo parecía querer imitarlo y solo levantaba la vista de sus ejercicios para darle un mordisco al bocata o para llamar a su madre porque no entendía alguno de los problemas de matemáticas. En una ocasión le había preguntado a Ric sobre una suma que se le resistía, pero él había dicho que cada uno tenía sus propios asuntos que resolver. Sofía tuvo que explicarle a su hijo que no interrumpiera a Ric, porque las ideas se le escaparían si paraba de golpe. La verdad era, y ella estaba convencida de ello, que Ric quería que fuera Sofía quien le ayudara, pues no quería que el chico dependiera de él en esas cosas que eran tarea de su madre. Y ella se lo agradecía enormemente.

En cambio, a la hora de jugar como si fuera un crío, no la necesitaban para nada. Había veces que no sabía quién de los dos actuaba de modo más infantil. Lo que estaba viendo en ese preciso momento era una prueba de ello. Él se lo pasaba mejor que el niño.

Después de mirarlos embelesada, decidió dejarlos solos y empezar a preparar la cena.

—Ya tiro con fuerza —protestó Lucas, recogiendo el balón que apenas había rozado el aro—. Pero la canasta está muy alta.

—No es esa fuerza la que tiene que usar un caballero Jedi —dijo Ric con una voz misteriosa y rara que a Lucas le hizo mucha gracia.

—¿Un qué?

—¿No me digas que nos has visto nunca *La guerra de las galaxias*?

El niño puso cara de inocencia, como si hubiera hecho algo malo sin querer.

—Déjalo, olvidaba que eras de otra generación. El viernes haremos una excepción, ya que tienes todo el fin de semana para hacer los deberes, y tendremos una sesión de cine. Si a tu madre le parece bien —añadió rápidamente.

—Seguro que le parece bien —aseguró Lucas, aunque Ric pudo ver en su cara que no estaba tan convencido como pretendía aparentar.

Ric se rio y se preguntó cómo un chaval tan pequeño podía caerle tan bien en pocas semanas. Y, desde luego, cómo había conseguido contagiario con su energía en el tiempo que llevaba allí.

Su madre no se quedaba atrás, ya sabía de dónde había sacado el nervio el niño. Aquella mujer no paraba quieta ni un instante, y parecía tener dos pares de brazos. La casa estaba mejor que nunca, y su alimentación había mejorado considerablemente. Además, ella era adorable, como su hijo. Había encontrado en ellos una compañía que sabía que extrañaría cuando estuviera recuperado.

Tal vez podría mantener contratada a Sofía para ciertas tareas, probablemente menos horas de las que ahora necesitaba por su incapacidad parcial de movimientos, pero confiaba en que pudiera seguir llevando con ella al crío. Cuando pudiera ponerse en pie, le iba a enseñar más que cómo se tiraba al aro. Le iba a demostrar cómo se movían las piernas para esquivar al contrario.

—Aunque tendrá que ser el viernes siguiente —comentó distraído Lucas mientras botaba el balón—. Mi tía Paula me recoge los viernes que no trabaja por la tarde. Y este nos toca.

Ric no pudo evitar que cierta imagen acudiera a su mente. Una imagen repentina y excesivamente detallada de Paula, con un vestido de verano del mismo verde que sus ojos —un vestido que no sabía si tenía, pero debería—, esperando a Lucas a la salida de la escuela. Una leve brisa removía sus faldas y su dorado cabello, el cual cubría ligeramente su rostro, que sonreía al ver al niño salir por la puerta. Ella estiraba la mano hacia él, llamándolo. Pero era la cicatriz de su propia cabeza la que sentía el contacto de sus dedos.

Carraspeó y agitó la cabeza para sacar aquella absurda ensoñación de su mente demasiado imaginativa. En un descuido de Lucas, le robó el balón con pericia.

—Observa y repite —le indicó, colocando el balón en su mano izquierda y empujándolo con una caricia de su mano derecha—. Es así como se tira. Una mano sujeta y coloca y la otra dispara. ¿Me copias, Luc?

—Te copio, Ric.

El niño lo imitó, pero volvió a tirar con ambas manos.

—No, así —repitió Ric con suma paciencia.

Tras más de diez tiros fallidos, finalmente Lucas lanzó correctamente, aunque rebotó contra el tablero. Ric le alentó a que lo volviera a intentar, ya estaba más cerca, y el niño cogió carrerilla lleno de entusiasmo y esperanza y lanzó con todas sus fuerzas. Esta vez, demasiadas.

El balón rebotó contra el aro por un lateral y salió disparado con tanta fuerza que sobrepasó el seto que separaba la casa de Ric de la de al lado, con tan mala fortuna que rebotó sobre algo en vez de tocar el suelo y se dirigió directamente hacia una de las ventanas, atravesando el cristal con un ruido bastante escandaloso.

Ric se asomó como pudo por encima del seto y vio lo que había producido el bote inesperado del balón. Había un coche aparcado entre el seto y la casa. Un coche que en teoría no debería estar allí, ya que la casa llevaba más de un año deshabitada. Su dueña se había mudado a casa de sus sobrinos el verano anterior a causa de su salud y, para tristeza de Ric, había fallecido en Navidad.

Todo había pasado en tan pocos segundos que ni Ric ni Lucas parecieron reaccionar ante lo sucedido, pero pasaron rápidamente del «ups» al «vaya lío» en cuanto oyeron una voz furiosa que provenía de la puerta de la otra casa. Instintivamente, ambos escondieron la cabeza que habían asomado detrás del seto.

—¡Malditos niños con sus endemoniados juguetes!

Lucas se escondió rápidamente detrás de la silla de Ric y, con el mismo instinto, este le sujetó con una mano detrás de él.

Un hombre más joven de lo que su gruñona voz le había sugerido atravesó a Ric con una mirada gris mientras alzaba el balón y contenía visiblemente las ganas de lanzárselo a la cara.

—Imagino que esto es vuestro.

—Sí. Ha sido un accidente. Te pagaré la ventana, no te preocupes.

—Ha sido culpa mía —se lamentó Lucas desde detrás de Ric, asomando un poquito la cabeza para ver al señor gruñón.

—No, no ha sido culpa tuya, Lucas —contradijo Ric—. Ha sido un accidente.

—Deberías enseñarle a tu hijo a lanzar el balón en otra dirección.

El hombre soltó la pelota con desgana, la cual cayó en el jardín de Ric. Lucas se apresuró a recogerla y volvió a su escondite.

—Le estoy enseñando a usar su fuerza, ¿verdad, Luc?

Ric miró esperanzado al hombre, buscando sacarle una sonrisa con el comentario alusivo a las películas de George Lucas. Parecía que el nuevo vecino era más o menos de su edad, por lo que él sí debía de haber entendido el chiste. Aunque, por su cara, no parecía estar para bromas.

—Si no te importa, hasta que la controle, enséñale a hacerlo en otra dirección. Mi seguro pagará la ventana, y el cristal de una de las puertas del armario del salón, que, por cierto, también habéis roto.

—¿En serio? ¿También nos hemos cargado una puerta?

Ric tuvo que contener una carcajada. Pero, como no lo consiguió muy bien, la furia del nuevo vecino creció.

—No le veo la gracia. Debería ponerte a ti a recoger ahora los cristales que hay por todas partes. Créeme que, si no estuvieras postrado en una silla de ruedas, te obligaría a hacerlo.

—Puedo barrer unos cristales desde mi silla sin problema. —El orgullo le pudo—. Ve adentro con tu madre, Lucas. Vuelvo enseguida.

—Déjalo, Ric. Ya voy yo.

Sofía bajaba en ese momento las escaleras del porche y, tras darle un beso a su hijo en la frente, atravesó al vecino con la mirada antes de dirigirse a su casa.

—Sofía, no vayas —le solicitó Ric. Ese hombre no le inspiraba ninguna confianza.

—Por lo poco que he oído, ha sido mi hijo el que ha roto los cristales, así que seré yo quien me encargue.

Fran la observó recorrer el jardín de al lado y después el suyo. El comentario que acababa de hacer le había hecho pensar que el niño no era hijo de ese hombre, aunque simplemente podría ser que asumiera esa responsabilidad porque su marido estaba claramente incapacitado para esa tarea.

—¿Me puedes llevar al lugar de los hechos? —le solicitó ella con ironía—. Tengo aún mucho trabajo que hacer y me gustaría arreglar este entuerto lo antes posible.

Fran le indicó con la mano que pasara delante de él hacia la casa. Nada más entrar, dio un portazo que la hizo saltar del susto.

Si ella iba a ser impertinente, él podía serlo también.

—Ahí lo tienes —le indicó.

Sofía contempló el desastre. Parecía imposible que un simple balón hubiera provocado aquello. No solo la ventana estaba rota, sino que la puerta acristalada del armario estaba hecha añicos, al igual que las baldas también de cristal, además de las copas y tacitas de porcelana que había habido dentro... hasta hacía poco.

—No sabes cuánto lo lamento. Lo recogeré todo y te repondré los desperfectos. —La voz que se había vuelto algo lastimera, recuperó su determinación—. Pero Lucas es muy pequeño y tú has sido muy brusco. Ha sido un accidente, y eso no te da derecho a gritarle a mi hijo.

—Más bien le he gritado a tu marido —alegó en su defensa con el mismo tono cortante que ella—. Al niño apenas lo he visto, estaba escondido tras él.

—No me extraña que se escondiera ante tus voces. Pero Ric no es su padre. Y como su madre y única responsable, te pido disculpas, al igual que te pido que no vuelvas a hablarle nunca más así. Aunque el balón vuelva a colarse por accidente en tu propiedad.

—Disculpas aceptadas —concluyó, molesto por la intensidad de la mirada de aquella mujer que, a pesar de ser más bajita que él, se le encaraba con valentía—. Te traeré una escoba.

Sofía vio con incredulidad cómo el hombre desaparecía sin más. Cuando volvió con la escoba y el recogedor, ella no los cogió.

—Te has olvidado de algo.

—¿Ah, sí?

—No solo te he pedido las disculpas que ya has aceptado. También te he pedido que no se vuelvan a repetir tus formas bruscas con mi hijo.

Fran contuvo una carcajada de incredulidad, haciendo que unas finas líneas se marcaran en sus mejillas. Esa fue toda la expresividad que Sofía vio en el rostro del hombre por el momento, un rostro que podría haberse definido como hermoso si no reflejara tanta amargura.

—Tú mantenlo lejos de mi propiedad, tanto a él como a sus juguetes, y yo no tendré que reprenderlo.

Sofía, quien no se dejaba amedrentar cuando se trataba de su hijo, se cruzó de brazos.

—Eres muy joven para estar tan amargado.

La cara de Fran se volvió de piedra. Dejó la escoba y el recogedor en el suelo y se marchó escalera arriba.

Mientras recogía los destrozos, Sofía no pudo parar de pensar por qué parecían haberle hecho tanto daño sus palabras. Le había llamado amargado. Eso seguro que no le gustaba a nadie, pero no era como para ponerse de esa manera.

Como no había bajado aún cuando terminó de limpiar, decidió subir a buscarlo, aunque se preguntó si no le lanzaría algo a la cabeza en cuanto la viera. Llamó a varias puertas. La casa tenía una distribución parecida a la de Ric, pero se notaba que no había sido reformada como la de él. Al llegar a una puerta entreabierta, dio dos toques y entró. Encontró a Fran asomado al balcón. El viento removía su cabello negro, de una largura suficiente para que le rozara los hombros, apartándolo de su rostro lo justo para dejar asomar unas marcadas mandíbulas, apretadas y tensas, como el gesto de sus anchos hombros. A Sofía se le antojó parecido a un pirata en la proa de su barco. Un pirata solitario y melancólico que buscaba en el horizonte la respuesta a algún enigma.

—Disculpa. —Sofía tosió y él se giró bruscamente—. He terminado. He hecho recuento de las tazas y copas rotas, y me gustaría tratar de encontrar otras para reemplazarlas. Si me indicas dónde las compraste...

—No son mías.

Ambos se quedaron mirándose el uno al otro, con toda una habitación completamente vacía entre ellos. Los ojos almendrados de la joven, sinceros y abiertos a mostrar siempre sus pensamientos, quedaron presos de la mirada de Fran, oscura como la niebla, una niebla tan cerrada como parecía estarlo el corazón de aquel hombre.

—¿Ah, no? —Sofía se sintió como si acabara de salir de un trance.

—Bueno, ahora sí lo son. —Fran se frotó la cara y miró hacia otro lado—. Vine hace un par de meses con los dueños. Se llevaron todo lo que querían conservar de su tía, la dueña de esta casa, que falleció. Lo que no quisieron, lo dejaron. Así que no hay nada que reemplazar. No me iba a quedar con nada de vajilla de todas formas. Traigo mis propias cosas.

—Oh, claro. —Ya le había parecido que aquellos juegos de té eran un poco antiguos—. ¿Te mudas solo?

Él la miró solo un segundo antes de responder.

—Sí.

Con esa escueta respuesta, dio por concluida la conversación y salió del dormitorio.

Ella lo siguió escalera abajo y vio que la estaba echando sin sutilezas.

—Estoy esperando al camión de las mudanzas. Y tú tienes mucho trabajo, según me has dicho — aclaró al ver que ella se quedaba quieta en el vestíbulo.

—Así es.

Volvió a quedarse mirándolo con aquellos enormes ojos que no hacían más que enfocarlo como si tuvieran muchas preguntas. Justo lo que él trataba de evitar.

—Supongo que con un hijo pequeño y un marido accidentado tendrás mucho que hacer.

Ella lo descolocó ofreciéndole una sonrisa.

—¿Amabilidad? ¿Interés? ¡Vaya sorpresa! —Se llevó las manos de forma exagerada a la cara

—. No es mi marido, trabajo para él. —Se señaló el uniforme con un gesto que recorrió su cuerpo desde el cuello hasta los pies.

¿Cómo no se había dado cuenta antes? Iba vestida como las limpiadoras de los hoteles. Pero él no había prestado atención a sus ropas. Solo le había mirado a la cara, y había podido apreciar unos ojos muy bonitos, a pesar de que lo miraban con dureza. Y esa ya era una observación más que suficiente para él. Últimamente era como si no viese lo que sucedía a su alrededor, como si mirara sin ver. Aunque a ella sí la había visto. Al menos, su rostro sí. Todo un paso inesperado.

—¿Y te hace ir de uniforme? —Le parecía ridículo—. No me extraña que lo hayas tirado por las escaleras.

Sofía, después de abrir los ojos de par en par, se carcajeó con ganas. Al final no iba a ser tan odioso el nuevo vecino. Parecía tener más sentido del humor del que pretendía aparentar.

—No, no lo traigo por él. Trabajo en dos chalets y las señoras son muy *señoras*, les parece que debo vestir así. Y como voy allí por las mañanas y aquí algunas tardes, no me molesto en cambiarme. ¿Para qué, si voy a hacer lo mismo?

—Muy lógico —apreció él con seriedad, preguntándose cuándo había sido la última vez que había mantenido una conversación tan larga con alguien.

—Y no le he tirado por las escaleras, ni se ha caído él— continuó explicando y, de pronto, habló más bajito, como si fuera un secreto—. Lo atropelló un camión yendo en bici.

—¡Santo cielo!

Sofía creyó ver preocupación en su rostro. Definitivamente, no iba a ser odioso.

—Casi no lo cuenta. Yo trabajo para él desde entonces, para echarle un cable. Tenemos una amiga común. Se llama Paula, es empleada en una frutería donde yo también trabajo en verano. — Se dio cuenta de que le estaba contando muchos detalles que seguramente le trajeran sin cuidado. En cambio, se había saltado algo muy importante. —Por cierto, me llamo Sofía, y mi hijo se llama Lucas.

Fran dudó un instante antes de aceptar la mano que ella le ofrecía. Finalmente, se arriesgó.

—Francisco. Pero todos me llaman Fran.

Ambos bajaron la vista hasta las manos que seguían manteniendo apretadas a pesar de que las presentaciones habían concluido. La corriente que desencadenó ese contacto extraño a Sofía y sobrecogió a Fran. El hormigueo posterior la sorprendió a ella y le cortó la respiración por completo a él, quien se preguntó por qué ella, por qué ese momento y ese lugar. Por qué otra vez, si él no lo merecía. Él ya no merecía nada. Finalmente, fue ella la que acabó retirando su mano, con la dificultad añadida de que él no aflojó la fuerza de la suya.

—Tu vecino es Ricardo M. Remington, el escritor —dijo cuando recuperó el habla. ¿Qué narices había sido eso?—. No sé si lo conocerás. Pero llámale Ric, todos le llamamos así.

—¿De verdad? —Conocía parte de su obra, lo que le daba pie a hablar de algo después de haberse quedado sin palabras—. ¿El de *La cobra azul*?

—El mismo. Escritor de ciencia ficción. Mi hijo está fascinado con sus muñecos y todos los trastos que tiene. Deberías pasarte para conocerlo, para presentarte... en condiciones. Al fin y al cabo, vais a ser vecinos. Los únicos jóvenes de toda la calle —matizó, recordando el resto de casitas unifamiliares antiguas cuyos habitantes no bajaban de los sesenta—. Más os vale llevaros bien.

Que la zona no tuviera mucho movimiento era uno de los motivos que le habían hecho comprar aquella casa. Pero no era algo que quisiera compartir, a pesar de las buenas vibraciones que aquella mujer le había transmitido con el simple contacto de su mano. O no tan simple, dado lo que sospechaba que había desencadenado ese contacto: el regreso de algo que hacía tiempo había habitado en él.

—Me pasaré un día de estos —accedió sin mucho ánimo.

—Muy bien. —Ella le sonrió de nuevo antes de mirar por una de las ventanas—. Ahí llega un camión enorme, tal vez sea el tuyo.

—Sí, es ese.

—Dobla las rodillas para coger las cajas más pesadas o te dará un tirón —le aconsejó según salía por la puerta—. Hasta luego.

Mientras la veía marchar con un caminar a lo Caperucita Roja por el jardín de su nueva casa, el recuerdo del sonido de su risa se hizo eco en sus oídos, con la promesa de no salir de allí en mucho tiempo.

A la mañana siguiente, y ya que el segundo camión que esperaba parecía retrasarse, Fran se dijo que debía enmendar la torpe presentación de la tarde anterior e ir a visitar a su vecino de al lado.

Rebuscó entre las cajas que no había tenido fuerzas para desembalar y sacó una de las botellas de vino envueltas en plástico de burbujas. Un detalle en son de paz para hacer más llevadero el encuentro.

Cerró con llave la puerta principal de la casa y programó el portero que cerraba la verja que separaba la acera del jardín. No era una zona peligrosa, según le habían dicho en la inmobiliaria y el propio sobrino de la anterior dueña, pero, si uno tenía cerraduras en las puertas, era para usarlas.

Además, según le habían dicho también los anteriores dueños, el propio vecino al que iba a visitar era quien había instalado ese sistema en la casa que él ocupaba. Al parecer, la anciana y él se llevaban la mar de bien. Y eso le decía mucho de la clase de persona que era el escritor. Si además hacía tan poco tiempo que Sofía trabajaba para él y ya jugaba con su hijo en el jardín, o bien era de un carácter muy abierto y amigable o, bueno, lo estaba usando como medio para llegar a la madre. Se recriminó ese pensamiento, no quería prejuzgar al vecino sin conocerlo, pero no pudo evitar pensar que cualquier hombre con sangre en las venas se sentiría atraído por una mujer como Sofía. Y aquella era una táctica a la que muchos recurrirían. No él mismo, desde luego. Y se dijo que, por lo poco que sabía de él, Ric tampoco.

Llamó al timbre que había en el portero de la verja, idéntica a la de su casa. Antes de oír la voz responder con un «¿quién es?», oyó *power metal* a toda potencia, y se preguntó qué clase de hombre que se está recuperando de un accidente grave escucha Halloween a todo volumen a las nueve de la mañana.

—Soy Fran, el vecino de al lado. Me gustaría hablar contigo.

—Claro. Pasa.

La verja emitió un zumbido y Fran la empujó. Atravesó el jardín, bastante mejor cuidado que el suyo, por lo que se dijo que tendría que hacer algo con él, y se dirigió a la casa. Ric le esperaba en la puerta. Había apagado la música y se le veía ligeramente sudoroso.

—Espero no interrumpir. —Carraspeó y alzó una ceja—. ¿Estabas haciendo ejercicio?

Le parecía increíble, como no fueran ejercicios de cuello hacia arriba, que parecía lo único intacto. O tampoco, se dijo cuando Ric giró para dejarlo pasar y vio la enorme cicatriz de una brecha bajo su corto pelo.

—No exactamente. —Señaló hacia el salón y cerró la puerta cuando Fran entró—. Estaba con el *Guitar Hero*, ya sabes, el videojuego.

Fran visualizó los brazos de Ric sosteniendo una guitarra. Y se preguntó cómo se las apañaría.

—¿En serio?

—Es una adicción. Lo haría aunque solo tuviera un brazo.

—Por lo que veo, te ha faltado poco. —Se mordió la lengua en cuanto se oyó decir eso, pero se tranquilizó al ver que Ric se reía.

—Sí, la verdad es que, dentro de lo que cabe, tuve mucha suerte para haber sido atropellado por un camión a cuerpo descubierto. En teoría me recuperaré al cien por cien, y no he perdido ningún miembro.

Hubo un instante de silencio, y Fran alargó la bolsa de papel que llevaba en un brazo.

—Te he traído esto, y he venido a presentarme... correctamente. Soy Fran. Acabo de mudarme.

—Sí, ya me ha contado algo Sofía. —Sacó la botella de su embalaje y contuvo una sonrisa—. Vaya, vino. Me encanta. Muchas gracias.

—No sabía si te gustaría... Bueno, es un buen vino. Seguro que lo puedes abrir en alguna ocasión especial.

—Sí. Buena cosecha. Buena bodega. No hacía falta, pero gracias igualmente.

Fran se retorció los dedos de las manos con incomodidad.

—Si no me hubiera comportado como el vecino de *Daniel el travieso* por lo que ocurrió ayer, tal vez me habría presentado hoy con las manos vacías. —Suspiró—. Siento mis modales.

—Olvidado. Yo siento los destrozos. ¿Has llamado al seguro?

—Sí, vienen a la tarde.

—Estupendo, aunque las tazas de Marifeli no tengan remedio.

—No las iba a usar de todas formas, no importa.

—Ya, pero eran de ella...

Los ojos de Ric se humedecieron sin que pudiera evitarlo.

—Su sobrino, Hernán, me dijo que manteníais una buena relación.

—Era un mujer entre un millón. Y cuidábamos el uno del otro. Yo de su jardín, ella de mi estómago. También leía mis manuscritos antes que mi editor. La voy a echar mucho de menos.

—Sí, sé lo que es perder a alguien a quien quieres.

La frase se quedó en el aire. Como Ric vio que Fran no tenía intención de seguir, se apresuró a parlotear de lo que fuera.

—Bueno, ¿ya has deshecho las maletas?

Fran puso los ojos en blanco y se rascó entre las cejas. Solo de pensarlo ya le dolía la cabeza.

—No sé por dónde empezar. Tengo cajas por todas partes, y la mayoría están sin marcar y no sé lo que hay dentro. Ha sido todo bastante precipitado y... Bueno... Creo que no tengo energías para deshacer las cajas que he llenado hace solo unos días.

A Fran le desconcertó ver una sonrisa de satisfacción en el rostro de Ric.

—¿Pues sabes qué? Acabas de darme una idea estupenda de cómo resarcirme de las molestias que te causé ayer.

—Fue un accidente, ya está olvidado.

—Sí, claro, pero me habría gustado poder ir yo a recoger los daños, y no que fuera Sofía porque su hijo estuviera implicado en el asunto. Por mucho que fuera su mano la que lanzó el balón, yo fui el instructor.

—¿Y qué se te ha ocurrido?

—Yo ahora mismo no soy de mucha ayuda. No podría ni levantar una caja. Para el *Guitar Hero* me basto con los dedos y la guitarra sobre las rodillas. Pero aún no me puedo permitir esfuerzos mayores. Lo que sí puedo permitirme es pagar a Sofía un par de tardes para que te eche un cable con la mudanza.

—¿Qué? —El estómago se le encogió de golpe—. No, no hace falta.

—Oh, amigo, te hace mucha falta. Mi casa es otra desde que ella está aquí, y no lleva ni un mes. Es la persona más organizada que he conocido en mi vida. Tiene una mente superdesarrollada para analizar cada rincón y decidir en tiempo récord dónde debe ir cada cosa. Lo más impresionante es que todo tiene tanta lógica y está tan bien distribuido que en un par de días yo ya me he habituado a su sistema. Al principio me daba un poco de miedo —confesó, divertido—. Pero, te lo digo muy en serio, debería tener un programa de televisión. Ayudaría a mucha gente. Créeme, he visto muchas casas en las que podría hacer un milagro.

Fran sopesó la idea. Le vendría de perlas que alguien le ayudara con tantas cajas y una casa nueva.

—¿Crees que tendrá tiempo la semana que viene? Entre hoy y mañana me traen los muebles que voy a cambiar.

—¡Sin duda! Será un reto para ella, poder empezar de cero con una casa. Y además Lucas se

puede quedar aquí jugando conmigo si no tuviera dónde dejarlo esas horas. Porque te ayudará por las tardes, a las mañanas se ocupa de otras casas.

—Sí, algo me contó ayer.

—Aquí viene lunes, miércoles y viernes. Tal vez podría ayudarte el martes y el jueves. Pero mejor se lo preguntas tú mismo. —Ric le vio poner cara de adolescente tímido y tuvo que contener una carcajada—. O mejor aún, se lo digo yo y, mañana cuando venga a trabajar, que se pase por tu casa y habláis.

—Vale, estupendo. —Fran se dirigió hacia la puerta y Ric pensó que él sí que era maleducado, le había tenido de pie en el salón todo el tiempo.

—Oye, espera. No te he ofrecido ni un café ni nada.

—Tranquilo, ya he desayunado, y espero al camión de los muebles del dormitorio.

—Muy bien. Nos vemos en otro momento y nos tomamos ese café, ¿vale?

—Sí, un día de estos. Pero si necesitas cualquier cosa, no sé, aunque sea que te alcance un bote de un mueble alto, me llamas. —Fran se dio cuenta de que eso iba a ser complicado si no le daba su número—. Aún no tengo teléfono fijo, pero te doy mi móvil.

Ric cogió el suyo de la mesa del salón y se intercambiaron los números.

Antes de marcharse, Fran se dio la vuelta hacia Ric.

—Por cierto, me encantó *La cobra azul*. Un día de estos sacaré tiempo para leer algo más tuyo.

—Vaya, gracias. —La curiosidad le picó—. ¿A qué te dedicas para tener tan poco tiempo para leer?

—Realmente, ahora mismo a nada. He cogido una excedencia de un año.

Se marchó sin decir nada más. Ni siquiera de qué trabajo había decidido tomarse un descanso tan largo. Pero ya se lo preguntaría otro día, o tal vez Sofía lograra sonsacarle más cosas a ese misterioso hombre. Ella hablaba por los codos e, inevitablemente, hacía hablar también a quien estuviera enfrente.

Volvió al sofá y se dijo que media horita más de música *metal* no retrasaría la recuperación de su brazo.

Capítulo 3

La intensa lluvia repiqueteaba contra el cristal. De no haber estado tan cansada esa noche, Sofía no se habría olvidado de bajar la persiana antes de acostarse. No le gustaba tener ni un solo punto de luz a la hora de dormir. Pero las luminosas farolas de su calle eran difíciles de detectar si se caía tan rendida en la cama como para dormirse nada más cerrar los ojos.

En cambio, el sonido de la lluvia no era indetectable, aunque tampoco capaz de despertarla. Así que se acabó colando en sus sueños. Y en ellos, la lluvia la calaba hasta los huesos mientras ella, con solo un camisón blanco y descalza, temblaba y se abrazaba a sí misma.

El frío se apoderó de su cuerpo y una sensación de desamparo que hacía años que no sentía la hizo llorar con congoja. Las lágrimas se mezclaban con las gotas de lluvia en su rostro. Sus anegados ojos apenas fueron capaces de percibir una silueta a lo lejos, desdibujada, que se aproximaba lentamente e iba directa hacia ella.

Solo cuando el paraguas que portaba aquel hombre la tapó y aquel fornido cuerpo quedó a un paso de ella fue capaz de ver su cara. El frío desapareció y se llevó con él cualquier miedo e inseguridad. En cuanto él sonrió, ella se despertó de golpe.

Sentada sobre su cama, Sofía se preguntó qué narices podía significar ese sueño. Y por qué el corazón le latía desbocado. Frustrada por las malas pasadas que le jugaba su propia mente, se tumbó de nuevo y se tapó hasta la cabeza. No iba a ser tan tonta como para dar crédito a un tonto sueño con un hombre al que prácticamente acababa de conocer. Aunque su sonrisa fuera capaz de hacer que su corazón prácticamente se le saliera del pecho.

—Tú me dirás por dónde quieres que empiece.

Fran contempló a Sofía, de pie en mitad de una habitación sin muebles donde había metido todas las cajas, excepto las de su ropa. Tenía las manos en las caderas y le recordó a una atleta a punto de emprender una maratón. Muy apropiado para ese cuarto, donde tenía previsto montar una especie de gimnasio. Aunque primero tendría que comprar algunos aparatos, claro.

—Precisamente por eso he aceptado tu ayuda —respondió algo avergonzado—. No sé por dónde empezar.

Y ella, tal como se lo había planteado Ric, no había podido negarse tampoco. El karma, lo había llamado. Resarcirse por los daños causados por él y su hijo.

—¿Sabes por lo menos qué hay en cada caja? No están marcadas.

—No. —Si no hubiera sido porque las circunstancias de su repentina marcha habían sido las que habían sido, se habría sentido estúpido por ello—. Habrá que ir abriéndolas.

—Bien. —Sofía se frotó las manos como si la idea le pareciera estupenda—. Ese es el primer paso. ¿Te parece que las abramos, veamos qué hay dentro, y las vayamos llevando a la habitación que les corresponde?

Él resopló y se frotó la cara.

—Es posible que en la misma caja haya cosas de diferentes cuartos.

Ella alzó una ceja y volvió a colocar las manos en sus caderas.

—¿Has huido de algún sitio? ¿Eres una especie de fugitivo y has tenido que empaquetar tus cosas a todo correr para dar esquinazo a alguien?

—No. No... exactamente.

Parecía serio, pero ella vio asomar una sonrisita en la comisura de sus labios. El gesto delató un hoyuelo encantador en su mejilla izquierda. Un hoyuelo que, de alguna forma inexplicable, ella ya sabía que existía.

—Bien. Yo haría lo siguiente. Abriría las cajas, miraría qué contienen y las llevaría al cuarto que les corresponde. Si hay cosas de más de un cuarto, marcaría su contenido en el exterior y las apartaría en un rincón hasta tener todo lo demás ordenado. Pero antes de llevar nada a ningún sitio, habría que limpiar el interior de los armarios y...

—Ya está todo limpio —la interrumpió Fran, algo abrumado por su planteamiento.

—Sí, claro. Cuando compras una casa de segunda mano, alguien viene a limpiarla, pero nunca lo hace a fondo.

—Ya he limpiado yo —explicó, sin saber muy bien si eso le supondría alguna diferencia—. No he hecho otra cosa en toda la semana. Bueno, he salido a correr por las mañanas. —No sabía por qué, pero se sentía obligado a decirle aquello como una confesión.

—¿Has limpiado *bien*? —No quería sonar grosera, pero había trabajado en las casas de hombres solteros o separados y aquello le había hecho englobarlos drásticamente y prejuiciosamente a todos en una categoría: «poco minuciosos».

—Para mí, suficientemente bien. Solo necesito que me ayudes a organizar y que estas dichas cajas desaparezcan de mi vista de una vez.

Ella vio una vena engordar en el borde de su sien, sin que él ni siquiera hubiera alzado la voz.

—Vale, vale. Tranqui, tronco.

Él la miró con los ojos como platos y ella rompió a reír. Al menos, la vena había vuelto a su sitio.

—Perdona. Me lo ha pegado mi hijo. Le encanta ese tipo de juegos de palabras. En fin... —Dio una palmada que hizo brincar a Fran—. ¿Tienes un cúter?

Él sacó el que había guardado en su bolsillo trasero y se lo ofreció. Inmediatamente, ella comenzó a abrir cajas a una velocidad de espanto. Después de un par de minutos de perplejidad, Fran se sumó a la tarea que había postergado demasiado tiempo.

A Sofía le agradó haber dado en primer lugar con todo el menaje de cocina. Sin duda era lo que más le fascinaba de los objetos de cualquier casa. Pero cuando empezó a quitar papeles y plásticos se quedó alucinada.

—¿Pero qué es esto? Está todo nuevo.

—Quiero empezar de cero. Toallas, sábanas, platos... Todo es nuevo. ¿Algún problema?

Ella se llevó las manos a la cara con gesto de horror. Fran no daba crédito a la expresividad de todos sus gestos. ¿Qué le pasaba a esa mujer?

—¿Tu madre no te enseñó que hay que lavar siempre las cosas nuevas antes de usarlas por primera vez?

—¿Todo? —La voz de él sonó ahogada.

—Todo.

—¿La ropa blanca también? —Ahora su voz se agudizó de forma extraña.

—Sobre todo.

—¿Y las cazuelas? —Se sentía a punto de llorar.

—Todas. Y las sartenes. Hasta esas copas tan bonitas. Pero esas no las puedes meter en el lavavajillas.

Fran se llevó una mano a la cabeza con frustración y se rascó el pelo con fuerza, haciendo que unos pequeños mechones se escaparan de la corta coleta que se había hecho al empezar a sudar por la ardua tarea, más mental que física.

—¿Tú venías a ayudarme o a darme más trabajo?

Se quedó fascinado al verla ocultar una risilla con una mano, como una niña traviesa. Después su gesto volvió a ser serio y su actitud competente.

—Mi lema es «si haces algo, hazlo bien». Pero, ¿de qué te quejas? Es Ric quien costea las tres horas de hoy y las del viernes. La última hora del día se la guardo a él, para hacerle la cena y dar alguna pasadita. ¿Sabes que ahora ya es capaz de levantarse apoyándose en una sola muleta?

Fran se sentía fatal, sobre todo porque ella no podía ir martes y jueves y Ric había insistido en que le dedicara casi el total de las horas que tendría que dedicarle a él durante ese miércoles y el viernes. Así que más le valía aprovechar bien el tiempo que le regalaban.

—¿Y crees que en seis horas acabaremos?

—Bueno, yo voy a encauzar las tareas hoy, pero espero que mañana hagas algo tú solo. ¿O no?

—No tengo ni idea —reconoció algo aturdido—. ¿Qué puedo ir fregando?

—Toma. La batería de cocina. A mano —le recalcó antes de abrir otra caja—. Cuando haya hecho recuento de todo, lo distribuiremos en los armarios. Menos mal que el frente de la cocina sí está reformado —murmuró como para sí.

—Me encanta esa cocina —saltó él sin poder evitarlo, cargando con varias cazuelas—. No te metas con ella.

—¿Te encanta... la cocina?

—Sí, ¿qué pasa?

Ambos se quedaron mirándose a los ojos, lo único que sobresalía por encima de los cacharros que los dos cargaban. Fue un momento extraño de comunicación no verbal. Y no era el primero.

—Nada. —Sofía se dio la vuelta, huyendo de aquellos penetrantes ojos de acero y apiló más cazuelas—. Me sorprende que a un hombre... —sacudió la mano como quitándole importancia—. Deja, deja. No me hagas caso.

—Eres un poco prejuiciosa.

Esta vez se obligó a enfrentar su mirada.

—No puedo negarlo. Aunque intento no serlo para que mi hijo no adquiriera ese hábito.

—Sabía decisión.

Y con ese comentario, desapareció por la puerta.

Fran estaba secando con papel de cocina la última de las copas que ya había fregado. Aún se preguntaba qué impulso le había llevado a comprar copas de vino y cava cuando él no tenía intención de volver a celebrar nada. Nunca más.

Allí estaba otra vez, la pena, el desconsuelo. Mientras había estado fregando había conseguido olvidar durante un rato. Sospechaba que la voz que oía canturrear a lo lejos había tenido mucho que ver en eso. Sonaba alegre y despreocupada. Sentimientos que él se sentía incapaz de volver a albergar. Aunque oírla chapurrear una canción en inglés le había conseguido robar un par de sonrisas y hasta una carcajada.

—Oye, Fran.

Su inesperada voz a su espalda hizo que el débil cristal se deslizara entre sus dedos y a punto estuvo de impactar contra el suelo.

—He encontrado esta caja en tu habitación. Como estaba cerrada pensé que la habías llevado por error con las de la ropa.

Fran apoyó la copa con tanta fuerza sobre la encimera que estuvo a punto de romperse por segunda vez. Sofía notó que se había enfadado.

—No estaba ahí por error. —Le arrancó la caja literalmente de las manos—. ¿Has sacado algo?

—Sí —confesó tragando saliva—, pero lo he vuelto a dejar dentro. No sabía dónde querías... esas cosas.

Su rostro pasó del enfado a la impotencia.

—Las quiero dentro de esa caja. ¿De acuerdo? Son cosas personales.

De eso último ya se había dado cuenta. Fotografías, unos juguetes infantiles, incluso ropa de niño, casi de la misma talla que la de Lucas.

—Lo siento. Si me hubieras avisado no habría metido la pata. —Pero se moría de curiosidad—. ¿Estás separado?

Los ojos de Fran la atravesaron como un rayo.

—No. —La ene fue pronunciada con gran énfasis.

—¿Entonces la mujer y el niño de la foto son... tu hermana y tu sobrino? —auguró sin poder dejar el tema.

Él ya estaba de espaldas, así que no pudo ver su cara cuando habló secamente antes de salir por la puerta con la caja bajo el brazo.

—Sí —dijo y desapareció de nuevo.

El resto de la jornada de trabajo no volvieron a cruzarse. Solo cuando ella le fue a buscar para avisarle de que se tenía que ir ya a casa de Ric, él se dignó a mirarla un segundo antes de decir:

—Hasta el viernes.

Con un amargo sabor en la boca, Sofía se despidió por pura educación y salió de aquella casa con unas profundas ganas de llorar. Un segundo de su mirada y había sabido que él había estado llorando. Los ojos estaban secos, pero la expresión era del más profundo pesar.

Pasó el resto del día cavilando cuál era el secreto de aquel hombre. Y preguntándose qué le hacía desear consolarlo con tanta urgencia cuando él estaba tan poco interesado en compartir su dolor.

Como cada viernes que Paula no trabajaba por la tarde, que solían ser uno sí y uno no, recogió a su ahijado a la salida del colegio y se lo llevó al parque. Hacía sol y Lucas bien se merecía un helado. Y, para qué negarlo, ella también.

—¿Sabes qué? El viernes que viene vamos a ver *La guerra de las galaxias*.

Paula se relamió antes de preguntar algo sin tratar de sonar muy interesada.

—¿Con «vamos» te refieres a ti y a tu madre?

—No. A mí y a Ric —aclaró el niño con tono burlón, como si fuera obvio.

Ella no le reprendió porque quería seguir oyendo lo que tuviera que contarle de él.

—Y me está enseñando a jugar al baloncesto. Aunque rompimos la ventana del vecino, que es un señor gruñón que se enfadó mucho.

—¿Ah, sí?

—Pero mamá está yendo a ayudarlo con la mudanza. Yo no quiero, tengo miedo de que le grite o algo peor.

—Tu madre es muy valiente. —Y tendría que contarle de qué iba eso de ayudar con la mudanza al vecino gruñón de Ric.

—Ric dice que no es malo, pero que le pillamos en un mal día.

—¿Y qué más dice Ric?

Lucas se lo pensó unos segundos.

—Dice que tu melón le salvó la vida.

Paula se echó a reír.

—Fue cuestión de suerte.

—También dice que presentándole a mamá le has vuelto a salvar la vida.

—Soy toda una heroína.

El niño la miró confuso.

—No, eres mi madrina.

—Eso también.

Caminaron en silencio, girando el helado para lamer las gotas que se escapaban a causa del viento que se acababa de levantar.

—Así que lo pasas bien con Ric —se interesó de nuevo Paula, tratando de que sonara como algo casual.

—Sí. Es mi amigo.

—¿Ahora vas a preferir los viernes que pasas con él que conmigo? —preguntó con un tono celoso que no fue del todo fingido.

—No. Está bien tener uno contigo y otro con él. Aunque algún día podría estar con los dos a la vez —auguró esperanzado—. ¿Te cae bien Ric?

—Eh... sí, es muy majo.

—¿Entonces no te importa venir?

Paula se mordió la lengua literalmente. Eso era solo culpa suya, por preguntar lo que no debía.

—A lo mejor algún día —concluyó, dispuesta a cambiar de tema cuanto antes.

—Él no te haría llorar, como tío Jorge.

—¿Qué?

Si le hubiera dicho que sabía que ella estaba enamorada hasta los huesos de Ric, no la habría dejado más perpleja.

—El año pasado os hicisteis amigos, lo sé, mamá me lo dijo. Pero cuando se fue, te hizo llorar. Ric no se va a marchar. No trabaja en el mar, trabaja en su casa, así que podéis ser amigos sin miedo a que te haga llorar. Yo también lloro cuando tío Jorge se va. Pero no se lo digas a nadie. Sobre todo a Ric.

Paula se agachó y besó a su ahijado en la frente.

—Tú eres el mejor amigo que puedo tener. ¿Y sabes qué? Yo nunca, nunca, nunca me voy a marchar.

Él le sonrió de aquella forma tan sencilla y llena de esperanza que hacía que nada más importara.

—Pero yo soy muy pequeño —repuso Lucas después de sopesar la situación y tras lamer su helado por un lado especialmente derretido—. Tienes que tener amigos de tu edad.

—¿Y acaso Ric no es mucho mayor que tú y aun así sois amigos?

—Eso es distinto.

—¿Sí? —Ella le dio el primer mordisco al cucurucho. Le encantaba llegar a esa parte, la más deliciosa, donde barquillo y helado se volvían un solo bocado—. ¿Y por qué?

—Porque somos hombres.

¡Caramba! Nunca entendería la forma de pensar de los hombres, ni de los de seis años.

—¿Entonces puedo tener una amiga de tu edad?

—Si es chica, sí.

—¿Y me recomiendas alguna de tu clase?

Paula sonrió al verlo enrojecer.

—Todas son unas tontas. Sobre todo Elisa.

—Vale, entonces no me haré amiga de Elisa.

Lucas se encogió de hombros y se dedicó a terminar su helado en silencio. A lo mejor podía preguntarle a Ric cómo dejar de pelearse con Elisa. Él quería ser su amigo, aunque no podía reconocerlo delante de ninguna chica, menos aún de las de su clase, y sobre todo de ella. Mordió el cucurucho con fuerza, tratando de no pensar en la forma tan bonita que tenía Elisa de reírse y en cómo le gustaba a él contemplarla mientras lo hacía.

Esa misma tarde, en casa de Fran solo quedaba por recoger la última colada de sábanas y toallas y buscarles un sitio junto con la montaña de ropa, sin planchar, que había sobre la mesa del comedor.

—Supongo que habrás tenido que comer en la cocina —vaticinó Sofía después de dar una vuelta por la casa para ver los avances y encauzar la tarea.

—Sí.

Vaya, seguía enfadado. Solo le había respondido con monosílabos y contadas frases cortas

desde que había hurgado sin querer en su caja de cosas personales. Ni dos días completos parecían haber suavizado su malestar por el tema. No era capaz de comprender por qué, a no ser que su relación con su hermana no fuera buena. O que le hubiera mentado con respecto a esa foto. Esas eran las dos conclusiones a las que había llegado tras pensar y pensar sobre el tema a todas horas.

Por lo menos tenía mejor cara. La verdad era que ese día estaba especialmente guapo, con su corta melena rizada suelta y húmeda por una ducha reciente. También se había afeitado y su rostro limpio le hacía parecer mucho más joven. Menos de treinta, calculó. Y no solía equivocarse.

—Tienes muchas toallas para una sola persona —le indicó, haciendo que la mirara en lugar de hundir el rostro en las instrucciones de montaje de un armario—. Aunque siempre hay que tener de más por si vienen invitados. Y esas sábanas de noventa también estarán bien para el dormitorio de dos camas —pensó en alto—. ¿Esperas visita pronto o prefieres que dejemos las sábanas guardadas y pongamos solo los cobertores?

—No espero visita. —Fue su única respuesta.

Como para quitarle la razón, el timbre sonó y Sofía contuvo la risa.

—A veces, las cosas no salen como uno espera. —Se lo quedó mirando ya que no se movía—. ¿No piensas abrir?

—No espero visita —repitió muy serio.

—Ya, pero han llamado a la puerta —insistió ella, cada vez más desconcertada.

—Ya se irán.

Alucinada, Sofía se dispuso a abrir ella misma. Se alegró de ver que él no trataba de impedirle.

—Hola —dijo muy sonriente, como si eso pudiera compensar el severo rostro de él.

Una mujer de unos cincuenta y tantos años, muy bien vestida y arreglada, la miró con el ceño fruncido.

—Hola. Busco a Francisco Arnedo. ¿Me he equivocado, tal vez?

—Oh, no. Es aquí. Pasa. ¿Quién le digo que le busca?

—Mariela. —La mujer miró a Sofía de arriba abajo con los ojos muy abiertos y después dirigió la vista al hombre que se acercaba a ellas—. ¿Ahora tienes servicio?

—¡No! —Parecía horrorizado por la deducción—. Sofía es... Bueno, trabaja en la casa de al lado. Me está echando una mano con la mudanza. Solo un par de días.

—Ajá. —Mariela sonrió y extendió la mano hacia la joven para un formal apretón de manos—. Encantada, Sofía.

—Igualmente. Bueno, yo... Me voy a seguir con lo mío. —Se acercó a Fran y le murmuró muy bajito—: No la llesves al salón.

Él se acordó de inmediato de las montañas de toallas, manteles y sábanas que podrían parecer un mercadillo, así que llevó a la mujer a la cocina para ofrecerle algo de beber. No es que quisiera tenerla allí, pero, ya que estaba, tampoco hacía falta ser descortés.

Sofía se dispuso a planchar en el salón, pero cuando fue a por la tabla que estaba en un armario del pasillo, a escasos pasos de la cocina, no pudo evitar oír parte de la conversación.

—¿Para qué has venido?

—Ayer me cogiste el teléfono por primera vez en seis meses.

—Más motivo para que te abstuvieras de venir. Ya he hablado contigo, ¿qué más quieres?

—Quería ver qué milagro había logrado hacerte contestar a mis llamadas.

Hubo un silencio y Sofía no pudo evitar contener la respiración para que no la oyeran.

—Ningún milagro. Estaba distraído, organizando los platos. Cogí sin mirar quién era.

Una dulce risa resonó en el tenso ambiente.

—Ese es el milagro. Te has distraído. Has bajado la guardia por primera vez desde....

—¿Cerveza con limón? —No la dejó terminar.

—Sí, gracias.

Rápidamente, Sofía se alejó de la puerta de la cocina. La nevera estaba justo al lado y podrían

descubriéndola.

Se dedicó a planchar, haciendo recuento del número de juegos de sábanas, tonalidades y tamaños de toallas, y los distribuyó mentalmente en los armarios y baños antes de hacerlo físicamente. Como siempre, alguno de sus cálculos no fue exacto y se vio obligada a cambiar de sitio algunas cosas, pero en un par de horas tenía todo ubicado y meticulosamente doblado.

—¿Sofía? —Oyó la voz de Mariela junto a la puerta del comedor y se acercó a ella—. Yo ya me marchó. Ha sido un placer conocerte. Y he de decirte que has hecho un milagro con esa cocina. Está todo perfectamente distribuido. A ver cuánto tarda Francisco en revolvértelo.

Como él no estaba por allí, y ese comentario le pareció muy maternal, Sofía se aventuró a plantear lo que se había imaginado.

—Oh, no creo. Su hijo parece un hombre muy ordenado.

—Bueno, tiene sus momentos. —Como si lo dudara un instante, se atusó la melena antes de continuar hablando—. Pero no es mi hijo —puntualizó. Y a pesar de lo que añadió, no vio ninguna malicia en sus ojos—. Es mi yerno.

—Oh. —Fue todo lo que Sofía pudo decir.

—Hasta pronto, Sofía. No sabes cuánto me alegra que estés aquí.

Sumida en sus pensamientos, acompañó a la visita hasta la puerta y se despidió de ella con la mano. Aunque la puerta ya estaba cerrada, el movimiento de su muñeca duró unos instantes más mientras en su cabeza se descartaba una de sus hipótesis.

—Ya está todo en su sitio —le dijo a Fran cuando le vio salir de la cocina. Tenía que salir de allí cuanto antes o explotaría en un mar de furia que no entendía de dónde provenía—. Si tienes alguna duda o no encuentras algo, búscame en casa de Ric. Buenas tardes.

Fran vio a Sofía coger su bolso del perchero y salir sin mirarlo siquiera.

Era la primera vez que no lo miraba a los ojos cuando se dirigía a él. La ausencia de aquel contacto visual era casi tan reveladora como cuando ella lo miraba directamente, tan franca y sin dobleces. Supo instantáneamente que Mariela tenía algo que ver con aquello. ¿Qué demonios le habría contado en menos de un minuto?

—De acuerdo. Gracias por todo —le dijo, pero ella ya había cerrado la puerta. De un sonoro portazo.

En el corto trayecto de una casa a la otra, Sofía solo pudo pensar una cosa.

Efectivamente, Fran le había mentado con respecto a la foto. Pero ¿por qué? ¿Y por qué el hecho de que estuviera casado, aunque al parecer separado, la hacía sentirse tan profundamente dolida?

Capítulo 4

Fran miró por la ventana. A escondidas, como si... «Como si nada», se reprendió ante ese pensamiento. Él no tenía nada que explicar, ni nadie a quien darle explicaciones. Era su vida, su dolorosa y desquiciada vida. Y ella no era nadie. Nada para él. Por muy bien que se hubiera portado con él, por mucho que lo hubiera ayudado con una tarea que se le había hecho demasiado dura de afrontar. Por mucho que sintiera que algo había vuelto a él desde que ella le había estrechado la mano. Sin embargo, no se había atrevido a comprobarlo. Principalmente, porque no sabía qué podría significar aquel hecho.

Maldita fuera, no podía dejar las cosas así. Salió como un rayo de su casa y la interceptó justo cuando atravesaba la verja.

—¿Qué te ha dicho Mariela? —espetó, cogiéndola del codo y obligándola a mirarlo.

De nuevo, esa corriente eléctrica que parecía brotar en cuanto sus pieles entraban en contacto les recorrió el cuerpo a ambos.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Esta vez sí lo miró. Y lo que él vio en sus ojos le taladró el pecho. Estaba dolida, decepcionada... y furiosa. Le soltó el brazo. Pero la corriente permaneció vibrando dentro de él.

—Quiero saber qué te ha dicho para que salieras de pronto de mi casa y sin mirarme a la cara.

—La verdad —confesó.

Esta vez lo que sintió fue como una bofetada.

—No ha podido darle tiempo a contarte toda la verdad —alegó, y esa certeza lo tranquilizó inmediatamente—. Dime exactamente cuáles han sido sus palabras.

Fue tal la desesperación que Sofía percibió en él que, muy a su pesar, pues no quería estar cerca de Fran ni un instante más —aunque su cuerpo le reclamara lo contrario—, le explicó que, tras la deducción de que era su madre, ella le había dicho que en realidad era su suegra.

—¿Solo eso?

—Sí. Pero es bastante para saber que me has mentido. Y odio las mentiras.

Él tardó apenas unos segundos en recordar lo que le había dicho.

—¿No tienes ninguna hermana, verdad? —intervino ella al verlo quedarse mudo.

—Sí, sí la tengo. Pero tiene una hija, no un hijo.

Ante el silencio posterior, Sofía se dispuso a llamar al timbre de Ric y seguir trabajando, que era para lo único que estaba allí realmente. Fran le cogió la mano, impidiéndoselo. Y ambos dirigieron sus miradas a sus manos unidas. En esta ocasión, el hormigueo que ambos sintieron fue como un bálsamo. «Todo está bien, todo va a salir bien», decía aquella sensación que Fran tanto había extrañado. Pero, para su asombro, ese mensaje iba dirigido a él, y no al revés.

—Quiero contarte toda la verdad si tú quieres escucharla. —Parpadeó perplejo por lo que acababa de decir. Se había jurado a sí mismo que en su nueva vida todo aquello quedaría atrás. ¿Por qué iba entonces a confesarle a ella su pasado?—. Pero no aquí. En mi casa. Por favor —añadió cuando ella trató de soltarse de su mano.

—¿Por qué?

—Porque creo que mereces saberla. Saberla por mí.

«Y aunque soy incapaz de entender por qué, yo necesito contártela. Contártela a ti».

No entendía por qué se sentía así. Apenas la conocía, apenas sabía nada de ella. Pero, extrañamente, confiaba en Sofía. Sabía que lo escucharía y necesitaba descargar aquello en alguien

como ella. Sería egoísta, pero lo necesitaba desesperadamente.

—Está bien. Como quieras —cedió ella al fin.

Y solo en ese momento él soltó su mano para dejarla pasar delante de él, de nuevo hacia su casa.

Con la espalda tan recta que apenas la apoyaba en el respaldo del sillón, Sofía esperó en silencio a que Fran volviera de la cocina con el café que le había ofrecido. No tardó mucho, pero su mente funcionaba lo suficientemente rápido como para que varias preguntas la atravesaran a la vez. «¿Por qué necesito tanto que este hombre me cuente lo que me tiene que contar, lo que me quiere contar sin quererlo realmente? ¿Por qué cada vez que pone sus manos sobre mí me siento... así? ¿Por qué no he dejado de soñar con él cada noche desde la primera vez que me tocó?»

Tras dejar una pequeña bandeja en el centro de la mesa, cargada con dos tazas de café, una jarrita de leche, un azucarero y un plato con galletitas, Fran se sentó frente a ella en el sofá, en una postura muy similar a la suya.

—Gracias —murmuró Sofía, y aceptó el café solo por tener las manos ocupadas. También se comió una de las galletas, por tener la boca llena y que fuera él quien hablara, pero no lo hizo—. Están muy ricas —tuvo que decir para romper el hielo.

Solo entonces él apartó la mirada del punto fijo en el que la tenía posada y, tras un profundo suspiro, comenzó a hablar.

—Las traje Mariela. Las hace ella, siempre fue buena repostera. Lástima que su hija no heredara su buena mano en la cocina. Yo me defendía mínimamente y con la práctica mi comida fue mejorando. Incluso me acabó gustando cocinar.

Él también cogió una galleta, la observó como con nostalgia y se la metió en la boca.

—Yo necesité varios libros de recetas y muchos programas de la tele —confesó Sofía, recordando varios experimentos fallidos en su cocina—. Pero creo que tuvieron buenos frutos. Al menos, nadie se ha quejado nunca.

Con esa última frase en el aire, que dejaba la pelota en el tejado de él, Fran continuó sin saber muy bien por dónde empezar.

—Cuando se tiene un hijo, supongo que uno se obliga a aprender de todo de golpe. Yo no tuve elección, pues vino... inesperadamente.

—Sé de qué me hablas —murmuró ella, pero prefirió callar.

—Lo sospechaba. Pareces muy joven.

Sofía carraspeó y dejó la taza de forma algo brusca sobre la mesa.

—Apenas tenía dieciocho años cuando tuve a Lucas, sí. Pero... creo que eras tú el que iba a contarme algo. No al revés.

—Cierto —admitió, enrojándose ligeramente—. Simplemente creí que podrías comprender mejor de qué te hablaba si ya lo habías vivido. Un hijo cuando ni siquiera has acabado los estudios, una familia que mantener con el sueldo de tu primer empleo... sobre todo si eres el único que trabajas de los dos.

Ella suspiró y acabó diciendo más de lo que pretendía.

—Aún es más duro cuando uno de los dos opina que un hijo no entra en sus planes y desaparece del mapa.

La cara de Fran no mostró el menor cambio. Sin embargo, su voz sonó más grave de lo habitual cuando dijo:

—Cobarde, además de imbécil. Espero que seas consciente de que es él quien ha salido perdiendo.

A Sofía casi le dieron ganas de reír. Pero como no quería seguir hablando del mequetrefe que simplemente había aportado la genética que le dio a su maravilloso hijo, eludió profundizar en el tema.

—Ahora lo soy. Y doy gracias a Dios cada día por poner a Lucas en mi vida. Pero los primeros

años fueron durísimos. Tú lo sabrás bien.

—Sí. Éramos unos críos. Algo mayores que tú, veintidós yo y veintiuno ella, pero no teníamos nada más que lo que nuestros padres pudieron darnos. Alquilamos un pisito y por suerte yo pude trabajar en el hospital tras mis prácticas como enfermero. Ella ni siquiera acabó su carrera de Biología. Así que, después de una boda rápida para que no se le notara el embarazo, nos fuimos a vivir juntos.

—No está mal. A mí mi madre me echó de casa.

Fran no sabía dónde meterse. Sobre todo porque ella no parecía decirlo con pena ni rencor. Simplemente con resignación.

—¿Y qué hiciste? —se interesó de inmediato.

—Varias amigas me ayudaron. Aunque solo Paula permaneció a mi lado después del primer año. Conseguí algunas ayudas sociales y, cuando tuve las fuerzas suficientes para separarme de mi hijo varias horas al día, dejándolo en una guardería, comencé a trabajar. Limpiando —se señaló el uniforme, que ya le parecía parte de su piel—. Sin el bachillerato terminado fue lo único que encontré entonces. Y aunque hace un par de años lo retomé e incluso hice varios cursos del INEM, esto es lo que mejor sé hacer y lo que más dinero me da. —Se comió otra galletita y se obligó a dejar de contar su vida. No era algo que soliera hacer así como así, pero ese día parecía que no podía callarse—. ¿Y qué hiciste tú?

Fran se bebió lo que le quedaba de café de un trago y soltó la taza de mala gana sobre la mesita.

—Trabajar en los peores turnos y estudiar simultáneamente Medicina. Todo era poco para ella. Necesitaba una casa más grande, poder irnos de vacaciones... Y mi sueldo no daba para todo. Quería lo mejor para mi familia, pero aquello acabó conmigo. Yo tenía una vocación, y ser médico no era lo que quería.

—¿Y qué querías?

Fran la miró perplejo unos segundos. Hacía mucho que nadie le preguntaba algo así. Lo que él quisiera parecía no tener importancia para nadie.

—Yo quería ganar práctica en el hospital como enfermero para después hacer un máster en enfermería de emergencias y poder trabajar en ambulancias. Pero eso ella nunca lo entendió. Para ella ser médico era como un simple ascenso. Visto desde fuera puede parecerlo, pero nada que ver. Cada uno vale para lo que vale, y yo siempre supe que... En fin, es difícil de explicar. Es algo que se tiene o no se tiene. —Alzó las manos con las palmas hacia arriba.

Sofía vio que intentaba mostrarle algo, pero finalmente se arrepintió, las dejó caer y siguió hablando.

—El caso es que ya teníamos problemas, muchos, muchísimos. No éramos un matrimonio feliz. Y cuando empecé a hacer la residencia de Medicina... exploté.

—La dejaste —concluyó Sofía, entre orgullosa por él y temerosa por las consecuencias de aquello—. ¿Y tu hijo?

—El día que le pedí el divorcio, Carlos nos oyó. Yo siempre había procurado que no oyera nuestras discusiones, solo tenía cinco años. Pero ese día nos oyó y se echó a llorar. Ella no lo soportaba, no aguantaba sus llantos. Así que sin terminar la conversación, se lo llevó. Metió cuatro cosas en una maleta y dijo que, hasta que los papeles del divorcio estuvieran firmados, se llevaría a Carlos a casa de sus padres. Él no dejaba de llorar ni ella de gritar. Y pensé que sería mejor que las cosas se calmaran. Mariela solía hacerla entrar en razón y me dije que, al día siguiente, iría a casa de mis suegros y hablaríamos civilizadamente.

Sofía se quedó en silencio, asimilando toda la información que acababa de darle. Se estaba imaginando la escena como si la estuviera viendo en directo, con sus propios ojos. Incluso era capaz de imaginar el sonido del llanto de un hijo que no era el suyo, pero siendo madre podía comprender el dolor de él al oírlo llorar. Aquella situación tuvo que ser francamente difícil para Fran.

—¿Por qué no le explicaste a tu mujer que ser médico no era lo que querías?

—Claro que se lo dije. Pero en lugar de pensar en terminar su carrera, o estudiar otra cosa cuando Carlos empezó la escuela, o trabajar de lo que fuera, era yo el que tenía que ganar más. Ella con ser madre y hacer cuatro cosas en casa tenía bastante.

Sofía notó que no había rencor en aquellas acusaciones. Lo que había era pena y resignación. Se sentía bastante identificada con aquella incomprensión de su propia familia. Sabía lo que era decepcionar a alguien que solo pide más y más de ti y, a cambio, no da nada.

—¿Y aceptó el divorcio, sin intentar arreglar las cosas? —No podía creer que fuera así. Tal vez sí en caliente, pero tras un par de días de reflexión, con un hijo pequeño de por medio, le parecía impensable—. ¿Se lo pediste y aceptó a la primera?

—No le sorprendió que se lo pidiera. Creo que ella estaba pensando en lo mismo, pero no se atrevía a dar el paso. Nuestra vida matrimonial era inexistente. Simplemente cohabitábamos. Si no hubiera sido por Carlos... supongo que jamás habríamos llegado a casarnos.

Hipótesis. Ella también había tenido millones de ellas.

—Yo me he planteado muchas veces qué habría pasado si el padre de Lucas se hubiera responsabilizado de él. Si nos hubiéramos casado o, al menos, vivido juntos. Con los años, he llegado a alegrarme de que desapareciera antes de que él naciera. Pero al principio...

—Esperabas que volviera.

—Sí —admitió—. Pero muy, muy al principio —matizó con media sonrisa que le arrancó otra media sonrisa a él—. Y, dime, ¿qué ocurrió cuando fuiste a casa de sus padres?

Fran negó con la cabeza y su rostro se oscureció de nuevo. Sofía tragó saliva con dificultad, adelantándose a las palabras que aún estaban por pronunciarse. No era ese el final que se había esperado para aquella historia.

—No tuve oportunidad de volver a hablar con ella.

Haciendo caso a un impulso que no fue capaz de controlar, Sofía abandonó su asiento y se sentó a su lado en el sofá. Él levantó la vista hasta sus ojos, mirándola con extrañeza. Aunque, lejos de notar incomodidad por esa repentina cercanía, se sintió reconfortado.

—¿Cómo se llamaba? —La necesidad de conocer el nombre de aquella mujer pudo con su pudor.

—Rosa.

—¿Quieres contarme cómo fue? No hace falta que lo hagas —añadió de inmediato, pero él ya estaba asintiendo con la cabeza.

—Necesito... sacarlo de aquí —admitió golpeándose el pecho con un puño—. ¿Te importa?

—Adelante —aceptó Sofía y se inclinó sobre sí misma, como si su cercanía le fuera a dar fuerzas.

—Lo oí desde dentro de la casa. Vivíamos en un primer piso. Oí el frenazo, el golpe, los gritos de varias personas en la calle... y lo supe. Supe que eran ellos en ese preciso instante. Lo supe como si lo hubiera visto. Y cuando salí a la calle y logré llegar hasta donde estaban tirados en mitad de la carretera, ella ya estaba muerta. Pero Carlos no. Me miró y estiró su manita hacia mí. Su último aliento fue para decir «papá» y después cerró los ojos. Para siempre.

Las lágrimas de Sofía caían como ríos por sus mejillas y Fran se levantó como un resorte en cuanto la vio. Cogió una servilleta de papel de la bandeja y se la ofreció.

—Soy un imbécil. No sé por qué te he hecho esto. Imagino que porque eres madre, porque inspiras confianza o porque ya no podía más. Lo siento, lo siento.

—No. —Ella se obligó a dejar de llorar—. Termina, por favor.

—¿Qué más quieres saber? —casi gritó y de inmediato bajó el tono—. Eso es todo. Murieron, los dos. En el maldito suelo, en una maldita carretera. Si no hubiéramos discutido...

—No te echarás la culpa, ¿verdad? —Se temía que era eso. Que lo peor de su dolor era la culpabilidad.

—Claro que sí. En parte es mi culpa. Pero...

—No, no lo es —habló sobre las palabras de él.

—...parte es culpa de ella también.

—Solo la parte de estar probablemente despistada y cruzar sin precaución. A no ser que el conductor...

Él la interrumpió, sacudiendo una mano.

—Varios testigos aseguraron a la policía que se personó allí que habría sido imposible esquivarlos. Al parecer —tragó saliva y apretó la mandíbula— ella cruzó sin mirar, arrastrando al niño que no dejaba de llorar.

El estómago de Sofía se encogió. ¿Cuántas noches sin dormir habría pasado ese hombre?

—Tampoco creo que sea sano que la culpes a ella —se atrevió a reprender.

—Ella cruzó sin mirar porque estaba enfadada conmigo y no pensaba en lo que tenía que pensar. Y fui yo quien la dejó marchar sin que se calmara primero. Los dos somos culpables de la muerte de nuestro hijo. Y de la suya. Pero ella está muerta y no tiene que vivir con este remordimiento.

—Ni con ese resentimiento —dijo Sofía con toda la sinceridad que la caracterizaba—. Fue un accidente, no busques culpables.

Fran rio ahogadamente y volvió a sentarse junto a Sofía. Tan cerca que sus rodillas chocaron.

—La culpaba a ella de muchas cosas, ¿sabes? Aunque ahora sé que el único culpable era yo, por ceder, por tragar con todo. La culpaba de querer siempre más de lo que teníamos. De no bastarle con mi sueldo de enfermero, que era mi vocación, lo que hacía bien. Cursé Medicina mientras trabajaba y asumía muchas tareas de la casa, muchas que ella era incapaz de hacer. Porque yo se lo permití, claro. Eso no me dejaba apenas tiempo para estar con mi hijo, para verlo crecer. Mucho menos para llevar una vida matrimonial como es debido, apenas nos veíamos lo justo para discutir. Empecé a ejercer la Medicina y eso fue lo que me hizo infeliz del todo. Puede parecer similar, pero yo no tengo vocación de médico. Mi vida era... No era mi vida, era la que ella quería que tuviéramos, y estallé como una bomba de relojería. Si hubiera aguantado...

—¡Habrías sido infeliz para siempre! —habló de nuevo sobre sus palabras, furiosa esta vez.

—Si no le hubiera hecho caso desde el principio —continuó él—, nada de esto habría pasado.

—O sí. Eso no lo puedes saber.

Él se encogió de hombros, con cansancio, con impotencia.

—No, ya nunca lo sabré.

El silencio que se creó entre ellos fue más largo que ningún otro que hubieran compartido. Sin embargo, Fran creyó que era el momento preciso para decirle algo más que quería compartir con ella.

—Te he hablado de lo importante que era para mí mi vocación, pero no te he explicado por qué. —Alzó ambas manos y se las mostró ante la cara de asombro de Sofía—. No sé muy bien cómo explicarlo. De hecho, creí que lo había perdido. Hasta que el otro día te di la mano. —Para comprobar que aquello era cierto, se la cogió lentamente. Pero, aparte del hormigueo que ella ya se esperaba, no sucedió nada más—. Fue como si, de golpe, mi don hubiera vuelto a mí.

El timbre de la puerta sonó, interrumpiendo la confesión de Fran. Tras soltar a regañadientes la mano de Sofía, fue hasta la entrada y al abrir la puerta se encontró con un compungido Lucas que alzaba la vista hacia él. A su lado, una joven de la edad de Sofía le apretaba el hombro incitándole a que hablara.

—Hola, señor. Busco a mi madre. Ric me ha dicho que está aquí.

La carcajada de la joven se ahogó en su garganta antes de ofrecerle la mano.

—Hola, soy Paula, amiga de Sofía. Y madrina de este tímido hombrecito.

—Soy Fran —le estrechó la mano, pero procuró hacerlo con rapidez. Dado el estado mental y emocional en el que estaba en ese momento, no quería arriesgarse a que su don se descontrolara, si es que realmente había vuelto. Se dirigió sin demora al pequeño—. Bueno, Lucas, espero que ahora que tu madre y yo somos amigos, tú y yo también lo seamos. Así que llámame «Fran», no «señor», ¿te parece?

El niño solo se encogió de hombros.

—¿Tan tarde es? —Sofía apareció mirando su reloj y con la cara desencajada. Paula no supo qué pensar, ya que el señor gruñón no parecía mala gente, pero estaba claro que ahí pasaba algo.

—Como no me llamabas, pensé en traértelo hasta aquí —explicó Paula.

—Perdona, se me ha pasado la hora. Te importa... —La cabeza le daba vueltas—. ¿Te importa ir a la casa de Ric con Lucas mientras yo acabo aquí? Sé que es pedirte mucho, pero pensaba hacer una tortilla y lomo para cenar. Le había dicho que cenaríamos con él porque con las tareas de aquí se haría muy tarde para Lucas. —Santo cielo, tenía que terminar la conversación con Fran, no podía irse así sin más. Pero no con ellos delante. Se le ocurrió algo de repente—. Quédate tú también. ¡Sí, eso es! Cena con nosotros, a Ric le parecerá estupendo tener más compañía. Y si no te importa, empieza a pelar las patatas. Solo eso. Necesito... solo necesito acabar una cosa.

Paula se quedó muda. Era raro, muy raro que le pidiera algo así. Tampoco era que ella no pudiera hacer una tortilla. Pero precisamente en casa de Ric...

—Claro, si a él no le importa —dijo, y Lucas tiró de ella.

—Estará encantado. Vamos, tía, vamos.

Fran cerró la puerta y se giró hacia Sofía.

—Te he robado mucho tiempo. Lo siento.

—Deja de decir «lo siento» —replicó casi gritando. Aquello le hizo darse cuenta de lo alterada que estaba—. Yo no te conozco apenas. Pero me has abierto tu corazón como imagino que no lo has hecho en mucho tiempo con nadie. Siempre he tenido cierta facilidad para que la gente me cuente sus cosas, pero esto ha sido muy repentino. Aun así, te agradezco la confianza y quiero que sepas que mis labios están sellados.

—Gracias —titubeó unos instantes. De pronto ella parecía nerviosa—. No había pensado que tuvieras que cargar con este secreto. No quiero que lo sea, solo es que no estoy preparado para que en esta vida que empiezo de cero mi carga sea lo primero que la gente conozca de mí.

Su carga. Realmente era así como él se sentía, pensó Sofía. Al menos, esperaba que contándoselo a ella el peso de la misma hubiera disminuido.

—Bueno, yo soy una excepción.

—Sí. Y no sé por qué.

Ella tampoco, la verdad fuera dicha.

—Lo hecho, hecho está —concluyó—. Bueno. ¿Y ahora qué?

Buena pregunta. ¿En qué situación los dejaba esa conversación? ¿Amigos? ¿Conocidos que comparten secretos?

—Me gustaría saber algo de ti —admitió Fran.

Ella ya se imaginaba por dónde podrían ir sus dudas. Aun así se arriesgó a preguntar.

—¿Como qué?

—¿Dónde está el padre de Lucas?

—No lo sé. Ni quiero saberlo.

—¿Quieres contarme por qué?

Los dos allí de pie, en mitad del vestíbulo, y de pronto a oscuras, porque ambos parecían estatuas y el sensor de movimiento ya no detectaba presencia alguna. La presión era demasiada para Sofía. Hizo un aspaviento que conectó la luz y comenzó a gritar sin poder controlarse.

—¡Yo no te pedí saber lo que me has contado! No puedes pedirme que te cuente mis tragedias a cambio.

Consciente de que había metido la pata hasta el fondo, estropeando la magia de aquel momento, la siguió cuando ella fue a buscar su bolso al salón. Normalmente el que trataba de evitar conversaciones dolorosas era él. Así que la comprendía perfectamente.

—No es lo que pretendo. Solo me ofrecía a escucharte como tú me has escuchado a mí.

—¡No ves que no puedo! —le recriminó a pleno pulmón. Después suspiró, se frotó la cara y lo miró a los ojos. Solo vio empatía y algo de culpabilidad en ellos. Se resignó por enésima vez en su vida—. Al menos, no ahora.

Él la recompensó con una amplia y amable sonrisa. Demoledoramente maravillosa.

—Mi puerta está abierta cuando quieras.

—Lo tendré en cuenta —aceptó sin aliento. ¿Por qué de pronto la miraba así?

—Lo digo en plan amistad, no terapia —aclaró—. No te lo he contado porque necesitara desahogarme, al menos no solo por eso. Sentía la necesidad de contártelo a ti.

—¿Por la mentira sobre la foto?

—En parte, supongo. Por otro lado, me has ayudado a montar mi nuevo hogar. Y me gustaría que siguieras haciéndolo.

Ella frunció el ceño sin comprender del todo.

—¿Piensas... contratarme?

—Sí. Una vez por semana estaría bien. Limpieza general y colada. Lo demás creo que puedo hacerlo solo.

Ella levantó una ceja, evaluándolo.

—¿No trabajas?

—Me he tomado una excedencia. ¿No te lo ha dicho Ric?

—No. Solo me dijo que fuiste a presentarte y que necesitabas mi ayuda un par de días.

—Al final creo que voy a necesitarte algo más que un par de días.

No fue lo que dijo, sino cómo lo dijo. Y cómo sonrió al decirlo. Sofía sintió que algo se le encogía dentro del pecho.

—Veré qué puedo hacer con mi planificación semanal. —Sacó una agenda del bolso y pasó las páginas sin ton ni son—. Tal vez consiga hacerte un hueco los jueves, a la tarde. Te llamaré y te confirmaré disponibilidad y horarios —concluyó, cerrando la libreta y lanzándola dentro del bolso de nuevo.

—Estupendo. —Se sentía esperanzado de una manera extraña—. Ahora ve con Ric y tu hijo. Tu amiga no parecía muy cómoda con el favor que le has pedido.

Ya estaban en la puerta cuando ella se giró hacia él sorprendida.

—¿Y cómo lo sabes?

—Tengo ojo para la gente. Para percibir cómo se sienten. Es parte de mi...

—¿De tu don?

Él asintió con la cabeza. No había terminado de explicarle aquello y ahora que la conversación había pasado a ser de tipo laboral, no se sentía con ánimo.

—Cuéntame en qué consiste ese extraño talento.

—Es una larga historia —se excusó—. Hoy ya te he aburrido bastante.

—No. Tengo curiosidad —insistió.

—Otro día, de verdad. Así me aseguro de volver a verte. Aunque no tengas tiempo para trabajar en mi casa.

Sofía desvió la mirada al suelo al sentir que se ruborizaba.

—Vente a cenar tú también —soltó a bote pronto.

—No creo que a Ric le apetezca otra visita inesperada.

—Tonterías, le encantará. Será como una fiesta de bienvenida para ti. Y así Paula no se sentirá tan incómoda.

—No debería. Él aún está convaleciente. Y tanta gente en su casa...

Esta vez Sofía usó la artillería pesada. En verdad creía que esa cena era una idea estupenda.

—Si vienes, otro día te cuento por qué no quiero saber dónde está el padre de Lucas. ¿Trato hecho?

—Hecho —no dudó ni un segundo—. Espera, le llevaré vino o...

—No. —Ella lo cogió del codo antes de que se adentrara en la casa—. Con el que llevaste el otro día es más que suficiente.

—¿Acaso no le gusta el vino? —preguntó extrañado, saliendo ya de la casa.

Ella lo miró con gesto divertido y se echó a reír a carcajadas.

—¿Qué pasa? —No entendía nada.

—La familia de Ric regenta unas bodegas bastante famosas. Tiene el sótano lleno de botellas.

—Vaya, menudo acierto. ¿Y por qué no me dijo nada?

—Se llama cortesía —le indicó, sacudiendo la cabeza—. Si no fueras tan antisocial sabrías de qué te hablo.

Sofía se mordió la lengua en cuanto dijo eso. Él se había parado en seco y la miraba con el ceño fruncido. Estaba a punto de disculparse cuando él le ofreció el brazo a la antigua usanza.

—¿Me permite acompañarla a cenar, señorita?

Ella lo aceptó entre risas.

—Muy cortés por su parte, caballero.

—Aprendo rápido, ¿eh? —murmuró, sacudiéndose una invisible mota de polvo del hombro.

Cogidos del brazo y riéndose como dos tontos, llegaron hasta el porche de Ric y, allí, decidieron sin palabras que era mejor soltarse antes de tocar el timbre. Aquel juego era solo de ellos dos.

Capítulo 5

—¡Sí! ¡Me encanta esta canción!

Sofía cogió la libreta y el boli y se paseó por la cocina meneando las caderas, abriendo y cerrando puertas, y apuntando qué hacía falta comprar. Entre apunte y apunte, un nuevo paso de baile loco e improvisado estallaba al ritmo de la música. Al final, se olvidó de la libreta y se dedicó solo a bailar. Y, a pesar de su nulo inglés, a cantar a coro con Lady Gaga y Beyoncé.

Estaba con su estrofa favorita, la que sabía cantar medianamente bien, esa que decía algo así como «*e-e-e-e-e-e-e-e-estop telefonin me-e-e-e...*» cuando hizo un acrobático giro sobre sí misma y lo vio apoyado en el marco de la puerta.

Paró tan en seco que estuvo a punto de caer de bruces, pero después tuvo que moverse para bajar el brazo que tenía en alto y colocar su culo menos lejos del resto de su cuerpo.

—Por mí sigue, aún no ha acabado la canción.

Las dos voces femeninas seguían gritando desde la radio, y Sofía alargó la mano discretamente para bajar el volumen.

—Pensé que estaba sola.

—Me imagino.

No pudiendo contenerse más, Fran rompió a reír con todas sus ganas.

Sofía se dijo que el rubor anterior no era nada comparado con el que sentía ahora por toda su cara, orejas incluidas. ¡Qué vergüenza! ¿Se podía hacer más el ridículo?

Pero, de pronto, el sentimiento de querer ser absorbida por las baldosas de la cocina fue sustituido por la satisfacción de oírlo reír de semejante manera. Solo por verlo reír así habría hecho el baile del pollo, el de los pajaritos o el del pañuelo. Aquello no tenía precio.

Se cruzó de brazos en una postura similar a la que había tenido él en la puerta y apoyó la cadera contra la mesa.

—¿Acaso tú puedes hacerlo mejor?

Antes de que respondiera, enfatizó el reto subiendo de nuevo la música.

—No —suspiró y detuvo su risa contagiosa—. Lo tuyo ha sido inmejorable.

—E irrepetible, créeme. No volverás a verlo.

—Es una lástima.

—Superado el ridículo inicial, ya no me parece para tanto. He tenido que hacer muchas cosas ridículas, bailes entre ellas, para conseguir que Lucas comiera ciertos alimentos cuando era más pequeño. —De repente lo pensó y tuvo que mencionarlo—. Supongo que sabes de lo que te hablo.

—La verdad es que no.

Le sorprendió no verlo serio al hablar de ello, solo melancólico.

—Carlos tenía muy buen comer. Nunca fue un problema —suspiró—. ¿Y bien? ¿Qué apuntabas entre salto y salto, gallo y gallo?

Sofía se tapó la cara con las dos manos y se dio cuenta de que sí podía sentir vergüenza de nuevo.

—La lista de la compra. Necesitas productos de limpieza y, ya que voy a hacer también la de Ric, he pensado que podría traerte algunas cosas de comer. De las que ya sueles usar, no pienses que voy a tomarme la libertad de comprarte nada que no tú no quieras.

—Uh, sería un error incorregible.

Sofía lo miró alzando ambas cejas. Hoy parecía estar de muy buen humor, y no creía que se

debiera solo al efecto hilarante de sus contoneos. La noche en la que cenaron en casa de Ric se había mostrado reservado y poco hablador, casi tanto como Paula, que había estado rarísima. Hasta Ric se había comportado de forma extraña. Menos mal que siempre se podía contar con Lucas para romper el hielo. Al menos, de esa cena había salido algo bueno: su hijo había perdido el miedo que le había provocado la presencia de Fran desde su primer encuentro.

—Ya me entiendes —continuó tras sus cavilaciones—. Con Ric cocino yo. Y como come de todo, me deja elegirle los menús. Tú parece arreglártelas muy bien solo.

—Es cuestión de acostumbrarse —comentó él, restándole importancia.

Se acercó a la nevera y sacó un refresco. Ella rechazó otro que él le ofreció.

—No en todos los casos —contradijo ella, pues le parecía algo reseñable—. Ric vive solo desde los dieciocho y aún no se ha acostumbrado. Antes del accidente tampoco cocinaba mucho que digamos. Menos mal que come mucha fruta y verduras. ¿Le echas una ojeada a la lista? Si sobra o falta algo, apúntamelo. Voy a hacer los baños.

—El de abajo no lo he usado nunca, así que...

—Lo sé —gritó ella desde el pasillo—. Pero le daré un pasadita igualmente.

A él no le sorprendía. Parecía tenerlo todo controlado. No tuvo que quitar ni añadir nada de la lista, así que se recreó en el recuerdo de sus frenéticos movimientos. Jamás en toda su vida había visto semejante espectáculo, ni a una mujer tan entregada en todo lo que hacía, aunque solo fuera un baile alocado en la cocina. Estaba bien claro que aquella mujer era bastante especial. En muchísimos sentidos. Y él ya no podía mostrarse indiferente ante aquel hecho.

Aquel era el primer día que no llovía en semanas, hecho que Ric y Lucas aprovecharon para salir a jugar al jardín en cuanto terminaron sus respectivas tareas. No obstante, el suelo estaba tan embarrado que acabaron perdidos de pies a cabeza. Cuando entraron en la casa, Sofía puso el grito en el cielo al ver a su hijo como si se hubiera estado revolcando en una pocilga.

—¿Se puede saber qué habéis estado haciendo?

—Jugar al fútbol —explicó Ric ante el mutismo de Lucas, que miraba hacia el suelo compungido.

—¿Tú también?

La acusación le hizo detener el balón que estaba haciendo girar sobre un dedo, recordando de pronto la muñequera que debería llevar puesta y que había quedado olvidada en algún lugar del jardín.

—Yo hacía de portero —admitió y, divisando el rebozado marrón de Lucas, comprendió de pronto por qué Sofía parecía ir a morderlos como un perro rabioso.

—¡Tenéis barro hasta en el pelo! Ahora mismo vais a la bañera. Los dos.

—¿Yo también? —Ric no daba crédito.

—¿Tienes algún problema en bañarte con un niño?

—No. Pero si tú... —se señaló a la altura de la cintura, dando a entender lo obvio de la situación.

—Déjate los calzoncillos puestos —resolvió rápidamente, aunque la cara de perplejidad de él era de chiste. ¡Hombres!—. ¡Vamos! Ahora mismo estoy con el chip de madre enfurecida, así que tus encantos no me afectan, muchacho.

—Bueno, yo...

—¿No me digas que vas a ser capaz de lavarte tú solo el barro de la cabeza?

Se miró la férula que aún debía llevar unas semanas más y que no debía mojar, si bien ya lucía alguna que otra manchita de barro.

—Vale, vale. Pero te confieso que me voy a morir de vergüenza.

—No pienso tocarte más que la cabeza —recalcó ella mientras arrastraba a su hijo hasta el baño.

—Vaya... —bromeó Ric, con tono triste.

En el fondo, se sentía bastante cómodo con ella. Era una chica muy guapa y simpática, y una

madraza, pero no la veía con esos ojos. Y le daba la impresión de que ella tampoco a él, por lo que se concentró en lavarse con una mano allá a donde sí se llegaba. Mientras, Sofía luchaba por enjabonar a Lucas, quien solo quería jugar con uno de sus coches como si fuera un submarino.

—Te toca —le dijo a Ric cuando el niño estuvo reluciente.

—Solo el pelo —le recordó.

—Sí, solo el pelo —le aseguró. Lo enjabonó con una fuerza que a Ric le recordó a su propia madre, cuando aún se ocupaba de él como una verdadera madre.

—Quiero salir —dijo Lucas mientras Sofía le aclaraba la cabeza a Ric.

—Un minuto.

—Tengo frío —protestó el niño.

—Un minuto —exigió Sofía por segunda vez.

Pero Lucas se pudo en pie y salió solo.

—Lucas, te vas a resbalar.

—Sé secarme solo, ¿ves?

Tras una escasa pasada con la toalla aquí y allá, se vistió con la ropa que su madre siempre llevaba en el coche y qua había sacado mientras se llenaba la bañera. Aún descalzo, salió pitando del baño.

—Ya estas —le dijo a Ric—. Te ayudo a salir y voy a comprobar que no te deja la casa perdida de agua— le advirtió, recordando cómo su hijo había pasado por alto secarse el pelo con la toalla—. Este niño...

El ruido del desagüe tragando el agua cuando Sofía quitó el tapón no les dejó oír el timbre. En cambio, Lucas sí pudo oírlo desde fuera del baño y acudió a abrir la puerta.

—¡Tía Paula!

—Hola, cariño. Traigo un pedido para Ric.

—Está con mamá en la bañera. Trae, yo te ayudo.

Paula se quedó de una pieza. Dejó que su sobrino cogiera las bolsas, que no eran muchas. Después de unos instantes petrificada en el umbral de la puerta, oyó unas risas que provenían de detrás de una puerta entreabierta, entre la cocina y las escaleras.

Su lado más masoquista la llevó hasta allí y la hizo empujar la puerta para corroborar lo que su imaginación ya estaba elucubrando. Se encontró a Ric completamente empapado, con una toalla enrollada a la cintura, apoyado en el hombro de Sofía mientras sacaba una pierna de la bañera y después la otra.

—Hola —dijo, con tono cortante.

«¿Esto también forma parte de tus tareas?», pensó, pero no lo dijo de viva voz. Aunque su mirada tal vez sí.

—¡Paula! —exclamaron los dos a la vez.

—Tu pedido está en la cocina —dijo, atravesándolo con la mirada—. Os dejo con vuestros... asuntos.

Más rápido de lo que le hubiera gustado, salió de la casa sin decir nada más.

—Mierda —farfulló Ric, y a punto estuvo de caerse.

—Creo que esto ha podido parecer... lo que no es.

—Sí, yo también lo creo.

—Luego la llamaré y se lo aclararé. No quiero que piense nada raro. Ella me consiguió este trabajo. No estaría bien que pensara... eso.

—Vale, sí. Yo también la llamaré mañana a la tienda —decidió. Mejor que hablara primero con Sofía y, una vez aclarado el asunto, terminar de aclararlo él mismo.

Pero, si no habían hecho nada malo, ¿por qué se sentía como si, de alguna extraña manera, la hubiera traicionado?

Esa noche Ric no durmió nada. Encima era jueves y Sofía no iría hasta el día siguiente a su casa. Podría abordarla cuando fuera a la de Fran, sabía que habían acordado que trabajaría ese día de la

semana por las tardes, pero robarle tiempo de su trabajo le parecía mal. Además no sabía cómo preguntarle por Paula sin darle demasiadas explicaciones. «¿Has hablado con ella? ¿No pensaré que tú y yo estábamos...?». ¡Mierda! ¡Qué típico! Su mejor amiga, a quien ella misma había conseguido ese trabajo.

No sabía por qué se sentía tan mal. Llevaba años ignorándola, pero ella seguía mirándole siempre de aquella manera... Y él no era de piedra. Verla con más frecuencia, que se preocupara tanto por él... por no hablar del contacto físico. El día que se había organizado una extraña reunión para cenar, habían acabado sentados uno junto al otro y, cada vez que sus rodillas o sus codos se rozaban, parecía saltar una chispa. Su cuerpo había respondido al de ella como la pólvora ante una cerilla. Se había estado engañando mucho tiempo pensando que podría negar la atracción que sentía por ella, porque no debía, ella le estaba prohibida. Pero él era humano. Era un hombre. Y últimamente estaba demasiado susceptible y débil. Tenía que verla y explicarle el incidente de la bañera él mismo. Después de tres llamadas fallidas a la frutería, donde habitualmente era ella quien cogía el teléfono, pero casualmente ese día respondía cualquier otro, ideó un plan. Tal vez ella se enfadara, pero Ric pensó que merecería la pena. Así que llamó de nuevo y solicitó expresamente hablar con el dueño. Tenía una reclamación que hacer respecto su último pedido.

Paula le indicó a Raúl que la llevara a casa del cliente quisquilloso en último lugar. Él la había recogido a la vez que los últimos pedidos del día, y su jefe no había tenido que insistir en que fuera a resolver el incidente y disculparse. Ella estaba más que dispuesta a presentarse allí en persona.

Ric supo que era ella en cuanto oyó los tres timbrados en la puerta. Ya había esperado que estuviera enfadada. Así que respiró hondo para aguantar todo lo que ella tuviera que decirle antes de disculparse.

Cuando abrió la puerta, de pie sobre su muleta en lugar de en la silla de ruedas, para no sentirse en desventaja de altura frente a ella, Paula entró como una tromba y prácticamente lo tiró al suelo.

—Aquí tiene su kilo de manzanas, señor, tan relucientes y perfectas como las que yo misma le preparé ayer, y que por algún misterio debieron desaparecer de su casa, porque estaban dentro de las bolsas con todo lo demás. Por supuesto, por las molestias, en los próximos pedidos online que haga este mes no le cobraremos el servicio a domicilio.

—Paula, yo solo quería...

—Lo has hecho a propósito, ¿verdad? ¿Dónde están? —Revisó los tres fruteros y no las vio. Abrió armarios, registró cada uno de ellos, y al final dio con la bolsa cerrada dentro de un cajón—. Cabrón.

—Necesitaba hablar contigo. Quería explicarte que...

—No tienes que darme explicaciones de nada, Ric. Tú puedes hacer lo que te dé la gana, con quien te dé la gana, en tu casa o donde te dé la gana. Yo no tengo derecho a reaccionar así, ya me lo has dado a entender muchas veces. Así que no me des explicaciones. Eso sí, no te atrevas a poner en entredicho mi trabajo, porque a eso sí que no tienes derecho.

—No pensé que fuera tan grave.

—¿No pensaste? El capullo de Raúl va a ir a hacer las visitas a los proveedores porque el jefe se ha enfadado conmigo. ¡Por tu culpa! Llevo años trabajando allí, aportando ideas como la de la página web y la entrega a domicilio, nadie mejor que yo sabe qué proveedores tienen el mejor producto. Y por tu maldita queja acabo de perder mi oportunidad.

Los ojos le ardían, la rabia le salía por cada poro de su piel.

Ric sacó su móvil y marcó de nuevo el último número.

—Sí, hola, buenas tardes. Soy Ricardo, sí, el mismo. Quería pedirle disculpas porque he cometido un terrible error. Sí, las manzanas estaban en mi casa, las saqué antes que el resto de las frutas y no me di cuenta de que las dejé detrás de una cazuela... Soy un desastre. Le pido disculpas a usted al igual que lo estoy haciendo con Paula, la cual insiste en que no tiene importancia, que un

despiste lo tiene cualquiera. Me he ofrecido a pagar las manzanas y el servicio de hoy, pero ella insiste en que soy un cliente habitual y que esta es la primera vez que me quejo, así que bajo ningún concepto va a cobrarme nada. Sí, claro, le paso con ella.

Paula, boquiabierta, cogió el teléfono. Se limitó a asentir antes de colgar.

—¿Y?

—Que ni se me ocurra cobrarte nada, que te quedes todas las manzanas y que hoy ya le ha dicho a Raúl que vaya a los proveedores, pero que a partir de la semana que viene lo haré yo.

—Bueno, espero que sea suficiente para ti. He hecho todo lo que he podido.

—No parecía enfadado, al contrario.

—Me alegro. ¿Me perdonas?

Paula se llevó una mano a la frente. Se la frotó, se apretó los ojos...

—Mira, Ric. Sé que no hay nada entre tú y Sofía, ¿vale? Pero si lo hubiera, yo no tengo ningún derecho a quejarme. Sabes que yo... Bueno, ya sabes lo que siento. He tratado de ser tu amiga, solo eso, y el día que vine aquí y te vi así me propuse serlo, echarte una mano.

—Y lo has hecho. Has sido una muy buena amiga, Paula. No sabes cuánto te lo agradezco.

—Ya. El problema es que yo no quiero ser tu amiga, Ric.

Él trató de decir algo. No pensaba que estuviera tan enfadada

—Yo no quiero perder tu amistad, Paula, me importas mucho y...

—Pero no es mi amistad lo que yo quiero darte.

Él estaba a dos pasos de la pared, y se apoyaba en la muleta... Bien, la maniobra no sería difícil.

Paula le quitó la muleta y lo empujó contra la pared del recibidor. Con ambas manos apoyadas en el pecho de él, se apretó contra su cuerpo y asaltó su boca con un beso lleno de furia, deseo acumulado y sinceridad. Lo sintió tambalearse antes de rodearle el cuello con los brazos para atraerlo hacia ella. Inmediatamente, los brazos de él rodearon la cintura de ella, clavándosele la férula contra las costillas, aunque eso no le importó. Enredó los dedos en su mata de pelo, tan negra como el veneno que la había carcomido al pensar que él y Sofía habían estado jugando a los médicos en la bañera.

Menos mal que su amiga había sabido leer su cara y la había llamado esa noche para explicárselo. Aunque no supiera que él era su amor imposible, se imaginaba que liarse con el hombre que le había dado trabajo a través de ella, que además era su amigo, no le parecería bien. Así lo habían aclarado la noche anterior. Y ella se había jurado que se olvidaría de él. Pero él llevaba llamando todo el día, y ella sabía que era él quien llamaba y colgaba el teléfono. Sabía que la queja era un ardid para que ella fuera a verlo. Le había molestado por las consecuencias que eso tendría en su empleo, pero se había sentido dichosa de que, por fin, le prestara un poquito de atención.

Sí, había estado celosa, y tal vez él no fuera suyo. Pero durante ese arrebatador beso, ella lo sintió así. Suyo, por esos instantes, con sus cuerpos fundiéndose, con la boca ardiendo, con el corazón a mil.

Cuando consiguió separarse de él, se dijo que nadie podría jamás arrebatarle ese beso, ni la satisfacción de haber dejado sin aliento a un hombretón como Ric.

—¿Te ha quedado claro?

Él no pudo responder. Se limitó a verla salir por la puerta como si nada, sin despedirse ni mirar atrás.

A la pata coja, Ric alcanzó a sentarse en el sofá y trató de calmar su respiración. Había sucedido, ella había decidido dejar de jugar y le había plantado cara. Y lo había seducido hasta hacerle perder el sentido. Era la primera vez en su vida que una mujer se le adelantaba en ese primer paso. ¿Cómo se suponía que debía reaccionar? ¿Cómo se suponía que debía manejar los sentimientos que había tratado de ignorar durante años? ¿Y cómo se suponía que iba a poder dormir esa noche? Dos noches en vela por una mujer, sin ni siquiera estar con ella. Si no eran más, porque ese beso lo había

despertado de un sueño largo y engañoso. Estaba loco por ella, y siempre lo había estado. Que fuera la exmujer de uno de sus mejores amigos iba a tener que dejar de ser un impedimento para él. Ahora bien, ¿cómo conseguir eso cuando su exmarido seguía enamorado de ella?

Capítulo 6

Después de hacer los dos baños a conciencia —a pesar de que le constaba que uno de ellos no se había usado desde la última vez que ella los había limpiado—, Sofía se afanó en la cocina. Mientras preparaba la cena —aunque no era una de las tareas que se suponía que debía hacer— no paró de preguntarse si Fran vivía realmente en aquella casa.

Añadió algo más de sal al guisado. Ella no era partidaria del exceso de sal, pero imaginaba que a un hombre como él le gustaría la carne algo más sabrosa de como ella la cocinaba para su hijo. Aunque quizás también se equivocara en esa primera impresión de él. Según pasaba más tiempo tratándolo, se iba dando cuenta de que Fran era mucho más de lo que aparentaba a primera vista. Y eso la desconcertaba, la intrigaba... y la excitaba.

Dejó la sal en el armario superior de la vitrocerámica. Todo estaba tal y como ella lo había dejado la semana anterior. ¿Cómo era posible? En los cinco años que llevaba limpiando casas ajenas, jamás había conocido a nadie más pulcro y ordenado. ¿Por qué alguien así necesitaba contratar a otra persona para que le hiciera las tareas del hogar?

Ni siquiera eran las ocho de la tarde y ya lo tenía todo hecho. Incluso había cambiado las sábanas, aunque estaban limpias y aún olían a suavizante... y a hombre. No había podido evitar acercarse más de la cuenta mientras retiraba las sábanas, y había reconocido el sutil olor de su gel de ducha y de su loción para después del afeitado. Demasiado para su distraído corazón. Había arrancado las sábanas de la cama y las había llevado hasta la lavadora como si apestaran, con los brazos estirados y manteniéndolas lejos de sus fosas nasales. Pero al hacer la cama de nuevo la cosa no había mejorado. Había buscado distintas evidencias sobre de qué lado dormiría. Y todo apuntaba a que, a pesar de acostarse desde el lado izquierdo, donde estaban sus zapatillas sobre la alfombra, amanecía en el derecho, cruzaba la almohada a lo largo de la cama y revolvió las sábanas como si hubiera tenido compañía. Realmente esa era la única prueba de que en la casa había vida, la cama deshecha. Eso y la ropa sucia, y tampoco muy sucia, perfectamente separada por colores en dos baldes junto a la lavadora.

Sus principios le prohibían marcharse antes de que diera la hora, por mucho que Fran no estuviera en casa y que ella hubiera repasado cada mota de polvo de cada esquina. Miró el reloj y se apoyó en la encimera. Podía dejarle una nota diciéndole que se había ido quince minutos antes porque había acabado, que haría ese cuarto de hora otro día que hubiera más trabajo o bien que se lo descontara del sueldo. Abrió un cajón en busca de un bloc e inmediatamente descartó la idea. Solo eran quince minutos, y desde luego Fran no era de los que miraba esas cosas. Al contrario, la mera insinuación de descontarle cuatro perras de su sueldo seguro que lo ofendería. Hasta ese punto sí había llegado a conocerlo en los pocos momentos que habían compartido. Y se descubrió a sí misma deseando que llegara antes de las ocho, para poder compartir algún momento más...

Cerró el cajón, pero inmediatamente lo volvió a abrir. Se le había quedado grabada en la retina una imagen sin darse cuenta. Una bombilla. Perfecto, ya tenía algo que hacer en los últimos minutos de su jornada. La lámpara de la cocina llevaba con una bombilla fundida desde que ella había pisado esa casa.

No recordaba haber visto ninguna escalera por ningún sitio, así que decidió subirse a una silla para cambiarla. Era una lámpara que colgaba algo baja sobre la mesa central de la cocina, así que contaba con llegar sin problemas.

Buscó un trapo del polvo y lo extendió sobre una silla que encontró apartada en una esquina.

Mejor esa que una de las cuatro que hacían juego con la mesa. Apagó la luz y dejó encendida la del pasillo para que, junto con la que entraba de las farolas de la calle, le sirviera de iluminación.

Se subió a la silla y desenroscó la bombilla fundida, comprobó que ambos casquillos eran iguales y comenzó a enroscar la nueva. La luz era escasa y la lámpara antigua, por lo que el casquillo se le resistió. Le dirigió unas palabras malsonantes con la absurda esperanza de amedrentarlo y que cediera, pero quedó torcido y tuvo que sacarlo y empezar de nuevo. A la operación le acompañaron más palabras feas, por lo que no oyó que la puerta se había abierto y el susto que se llevó al oír gritar a Fran la hizo tambalearse.

—¡Bájate ahora mismo de ahí!

Los pies que habían estado de puntillas cayeron sobre los talones de golpe, y el impacto hizo que la silla se hundiera, y Sofía con ella. Fran corrió hacia ella y la sujetó por las piernas, rodeándola por los muslos con sus brazos y levantándola antes de que fuera más abajo.

—¡Mi pie! —exclamó Sofía—. Lo tengo enganchado.

Fran dio un par de pasos hacia atrás tirando de ella con fuerza, hasta que la mesa le impidió seguir retrocediendo. Sofía emitió un quejido al notar la madera raspar su tobillo y acabó perdiendo un zapato mientras se resbalaba poco a poco contra el cuerpo de Fran.

—Ya está —susurró, con la mejilla pegada a la de él y el corazón acelerado según iba siendo consciente del cuerpo del hombre—. Bájame. Bájame.

Entre aliviado y aturdido, él se giró y la depositó sobre la mesa, sentándola en el borde.

—¿Estás bien? El otro día se rompió la silla, justo cuando iba a hacer lo mismo que estabas haciendo tú. La aparté con idea de arreglarla, pero me olvidé. Lo siento mucho.

—Estoy bien, no te preocupes. Solo he perdido un zapato.

Sofía sonrió ligeramente y Fran se preguntó si serían las dos cervezas que se había tomado hacía ya dos horas o si sería la tenue luz que iluminaba parcialmente su rostro lo que la hacía parecer aún más bonita de lo que ya sabía que era.

—¿Te has hecho daño en el pie o en el tobillo?

De repente, Fran estaba sobre una rodilla, chequeando posibles daños en la piel de Sofía. Solo encontró una media rota y un pequeño raspón rosado, sin sangre.

—Te pagaré las medias —murmuró y se alejó para recuperar su zapato.

—No digas tonterías. —Ella no daba crédito. Ahí estaba él, de rodillas en el suelo, colocándole el zapato como si fuera una niña, o Cenicienta, y girando su tobillo en busca de un posible esguince—. Ha sido un accidente.

—Un accidente en tu trabajo, por una negligencia mía al dejar esa silla rota en un lugar inapropiado. Insisto. Lo añadiré a tu mensualidad.

—Como quieras. —No pensaba discutir con él por algo tan insignificante. Eso se alargaría al menos media hora, y tenía que ir a recoger a su hijo en veinte minutos.

—¿Los zapatos también son parte del uniforme? —preguntó mientras desanudaba el cordón y le ponía el zapato con delicadeza.

—No. ¿Por qué?

—Porque son horribles.

Sofía estalló en una carcajada y Fran sintió como el corazón le daba un saltito.

—Son muy cómodos, y paso muchas horas de pie. No me importa que sean algo feos.

—Algo bueno tenían que tener. Pero no he dicho algo feos. He dicho horribles.

Cuando Fran terminó de anudarle el cordón y se levantó, Sofía estaba en un segundo ataque de risa y con una lágrima cayéndole por la mejilla.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Pareces tan serio... y luego, de repente, saltas con cada chiste...

—No es un chiste. —Frunció el ceño—. Es la verdad.

Esta vez Sofía tuvo que llevarse una mano a la tripa. Él seguía sin sonreír, pero no había duda de que en sus comentarios había humor.

—Aun así, ha sido un comentario gracioso. En fin. —Dejó de reírse, pero la sonrisa no se le borró de la cara—. No me importa lo horribles que sean. Mis pies me lo agradecen. Y la gente no va por ahí mirándome los zapatos.

—Cómo hacerlo pudiendo mirar esa sonrisa.

Él no sabía lo que estaba diciendo, ni sabía por qué su mano acariciaba la mejilla de Sofía. Una mejilla arrebolada.

—Perdona, no quería hacerte sentir incómoda. —Apartó la mano de golpe al ver desvanecerse su sonrisa—. Ni ruborizarte. Solo pretendía hacerte un cumplido después de insultar tu calzado.

Para desconcierto de Fran, ella sonrió ampliamente.

—En ese caso, gracias. Un cumplido en ti es tan poco habitual como un chiste. —Se encogió de hombros—. Y supongo que me he sonrojado.

—Un poco. —La mano de él volvió a actuar por su cuenta y acarició su mejilla de nuevo—. Si te digo que lo único más bonito que tu sonrisa son tus ojos, ¿te haré sonrojar de nuevo?

Esta vez el calor no se concentró únicamente en su cara, sino que se extendió por todo su cuerpo. Él seguía con los nudillos sobre su rostro y con la mirada fija en la suya, pero se había acercado un paso más a ella, chocando con sus rodillas hasta estar pegadas a los muslos de él.

Le vio bajar la mirada lentamente, recorrer su rostro y detenerse en su boca. La barbilla le tembló de forma bastante perceptible y Sofía apretó los labios para contener ese movimiento involuntario. Vio como ese gesto le hizo a él morderse el labio inferior, como si tratara de contener también algo, y no precisamente un temblor.

El pecho de Fran empezó a dar claras muestras de respiración irregular, sus ojos parpadearon tratando de no visualizar los pasos por delante que iban su mente y otra parte de su cuerpo. Ya la imaginaba a ella con la espalda contra la mesa, a sí mismo abriéndose camino entre sus piernas y desnudándola hasta acabar subido sobre ella, dentro de ella... Todo eso ya pasaba por su cabeza y ni siquiera había llegado a besarla todavía.

«¡Bésame, bésame!», gritaba la mente de Sofía, aunque su voz se negara a solicitar lo que todo su cuerpo anhelaba. Notó como tragaba saliva, prácticamente le oyó hacerlo. Su otra mano se apoyó en la otra mejilla y Sofía tuvo que agarrarse a la mesa con ambas manos para no rodearle el cuello, atacar su boca y devorarla. Se acercaba, se acercaba más, pero tan lentamente que Sofía pensó que llevaba toda la vida esperando ese beso. Apenas quedaban unos centímetros, cuando el timbre sonó y Fran se alejó de golpe, aunque no le soltó la cara.

—¿Esperas a alguien?

Sofía parpadeó. ¿Ella? ¿A a quién iba a esperar?

—No. Es tu casa —dijo y al separar los labios la barbilla volvió a temblarle.

—Yo no espero a nadie. —Sonrió como un niño travieso y acarició sus mejillas con los pulgares—. Así que no abriré.

Se humedeció los labios y se acercó con decisión a los de ella.

—¡Sofía! Sé que estás ahí, he visto tu coche. Y necesito que me lleves, he mandado a Raúl que se largara con la furgo.

Los labios de Fran rozaron la mejilla de Sofía cuando ella giró la cabeza en dirección a la puerta.

—Es Paula. Yo...

—Abre —dijo dando varios pasos hacia atrás—. Adelante.

Las piernas apenas la sujetaron cuando bajó de la mesa y atravesó el pasillo hasta la entrada.

—Hola, Paula.

—¿Por qué has tardado tanto en abrir?

—Yo...

—Es igual. Tengo que contarte una cosa...

—Hola, Paula —saludó Fran.

—Ah, hola. Pensé que estaba sola.

—Acabo de llegar.

Sofía lo miró a un escaso centímetro de ella. No pudo evitar estremecerse al recordar cómo se había deslizado contra su cuerpo cuando la había cogido, justo a tiempo de salvarla de caerse de la silla. Se ruborizó de nuevo.

—Si estás trabajando, te dejo, que es tarde y tendrás que ir a por Lucas.

—No, ya había acabado. Fran, tienes la cena en una cazuela en la encimera.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—Bueno... Andaba bien de tiempo, he mirado la nevera para ver qué tenías y he visto esa carne y las hortalizas... A mi hijo le encanta mi guisado de carne. A Ric también le ha gustado las dos veces que se lo he hecho. Pensé que te gustaría.

Paula los miró con una ceja alzada.

—Muchas gracias.

—Cojo mi bolso y mi chaqueta y nos vamos.

—Claro.

En cuanto Sofía desapareció en el interior de la casa, Paula comenzó a investigar.

—¿Cocinar no está entre sus tareas?

Fran miró a Paula. Tuvo que girar la cabeza, porque se había quedado mirando hacia el pasillo por donde Sofía había desaparecido.

—No, lo hago yo mismo. Solo viene una vez por semana para la limpieza de la casa y la colada.

—Ajá. —¿Por qué parecía aturdido el vecino de Ric? Quizás estuviera enfermo—. Seguro que cambias de idea cuando pruebes ese guisado. Estoy segura de que ha sido una estrategia empresarial para ampliar su lista de tareas y, con ello, su salario. ¿No crees?

—No. Solo ha sido considerada. —Se alborotó el pelo con la mirada perdida, algo desorientado—. Yo... llegaba más tarde de lo habitual y ella había acabado pronto. Su horario es hasta las ocho.

—Ya, pero se podría haber quedado sentada hasta esa hora —insistió Paula, a sabiendas de que estaba canalizando su alteración nerviosa en interrogarlo a él, que no tenía culpa de nada—. Y se ha puesto a cocinar.

—Sigo sin verlo así. —Pero estaba deseando probar ese guisado.

—Claro, seguro que tienes razón.

—Ya estoy. —Sofía se acercó con la mirada fija en Paula—. Vendré el jueves que viene a la misma hora.

—Cómprate otras medias y suma ese ticket al resto de gastos. ¿De acuerdo?

—Está bien. —Lo miró solo de reojo—. Gracias.

—A ti por la cena.

—Espero que te guste. —¡Dios! Ya se estaba ruborizando otra vez.

—Estoy seguro de que no dejaré ni una migaja.

En cuanto cerró la puerta, Paula pidió explicaciones.

—¿Qué ha sido eso? ¿Y por qué va a pagarte unas medias?

—Hemos estado a punto de besarnos —confesó inmediatamente. Necesitaba decirlo en alto, porque aún no se lo creía—. Aún me tiemblan las piernas.

—¡Y te ha roto las medias! ¡Caray! Vaya fiera.

—¡No! —Se cruzó un dedo sobre los labios para que no gritara, aún estaban cerca de la puerta—. Estaba subida a una silla que se ha roto, bueno, ya estaba rota y yo no lo sabía, me he enganchado. Él se culpa porque sabía que estaba rota, y yo no lo sabía. —Empezaba a sentirse muy confusa—. Entonces...

—¡Te ha visto tirada en el suelo y se ha abalanzado sobre ti para besarte! —gritó por encima del capó del coche.

—¡Claro que no! Ha evitado que me cayera, me ha puesto el zapato que se me había caído. Y me ha dicho que mis ojos y mi sonrisa eran tan bonitos que nadie me miraría los pies.

—¿Qué?

—Dios. —Ajena a lo precarias que eran sus explicaciones, Sofía siguió contándole lo sucedido mientras arrancaba—. Solo me ha acariciado las mejillas, pero ha sido como si sus manos estuvieran por todo mi cuerpo.

—¡Santo cielo! No me digas que os he interrumpido.

—Sí, justo cuando iba a besarme.

—Lo siento, lo siento. Mátame.

—No, ha sido mejor así. —Suspiró profundamente y se incorporó a la carretera—. ¿Cómo voy a trabajar en su casa si...? Ni siquiera sé qué habría pasado después de besarnos.

—Os lo habríais montado en esa silla rota.

—¡Paula!

—O en el suelo, para evitar caídas.

—Calla, por Dios.

—Como quieras, pero vas a estar una semana pensando en ello. Y cuando vuelvas a verlo, lo vas a devorar vivo.

—Tendré que controlarme.

—Ya. En eso eres muy buena. Llevas dos años siéndolo. ¿Pero quién lo controlará a él?

—Espero que él mismo... —Tras detenerse en un semáforo, se retractó de sus palabras—. No. Mentira. Espero que no lo haga.

—Pero tú no darás el primer paso si él no lo hace —dijo su amiga, que tan bien la conocía.

—Sabes que no soy capaz. En eso nos parecemos mucho tú y yo.

—Ya, bueno. Yo he besado a Ric.

Acababa de reemprender la marcha, pero tuvo que frenar en seco. Por suerte, no había nadie detrás.

—¿Qué?

—He explotado. No podía más.

—¿Qué? —Miró hacia la carretera y hacia su amiga alternativamente. Varias veces—. ¿Él es tu amor imposible? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No quería que afectara a tu trabajo ni influirte en cómo te comportaras con él. ¡Dios! Me ha respondido, Sofía, y ha sido aún mejor que los diez millones de veces que lo he imaginado.

—¿En serio?

—Sí, por eso no voy a volver a verlo.

—Espera, espera. —Sofía, que se estaba desviando de su ruta habitual para acercarse a su amiga hasta su casa, aparcó de inmediato en el primer hueco libre—. ¿Qué estás diciendo?

—No puedo permitirme enamorarme más de él y que la cosa no funcione. Él jamás me ha hecho el menor caso, Sofía, supongo que el beso le ha pillado por sorpresa y... Bueno, es un hombre, y yo lo he asaltado como una loba.

—Si no quisiera besarte, no lo habría hecho —razonó, ya que creía conocer a Ric ya lo suficiente como para eso.

—Acababa de meter la pata conmigo y volver a hacerlo no le parecería bien —razonó ella con desilusión—. Se ha quedado mudo, no ha dicho nada. Yo me he ido y él no lo ha impedido.

—No sabría qué decir.

—Ese es el problema. Tengo que olvidarme de él. Ya lo he besado, misión cumplida, ahora borrón y cuenta nueva.

—Eres imbécil —le espetó a su amiga con rotundidad.

—¿Perdona?

Sofía la agarró de la muñeca y le clavó la mirada con fuerza a Paula.

—¿Ahora que has dado el primer paso vas a echarme atrás sin saber qué es lo que él siente?

—Tú ni siquiera vas a intentarlo si él no vuelve a hacerlo, así que mejor no critiques.

—Ya. —Ella era así y no podía cambiar de la noche a la mañana. Sin embargo, su amiga era mucho más valiente—. Pero es que espero que vuelva a hacerlo y, si lo hace, pienso corresponderlo.

Creo que me estoy enamorando de él.

—Joder. —Paula se llevo las manos a la cabeza—. Estamos locas.

—Puede, pero yo al menos no soy una imbécil.

—Vete a la mierda. Me bajo aquí.

—Paula...

—He dicho que me bajo aquí. —Y lo hizo—. Gracias por traerme.

Tras un portazo, Sofía la vio marchar y supo que, como mínimo, debería dejarle un par de días para resolver su conflicto interno sin interferir en sus reflexiones. Iban a ser dos días muy largos.

Capítulo 7

Fran se despidió de Ric y volvió a su casa, calculando un margen de tiempo suficiente para no cruzarse con Sofía, pues era viernes y le tocaba trabajar en casa de su vecino.

Desde cierto día en que ambos coincidieron en el jardín y Ric lo invitara a su casa a tomar un café, hablaran y él se ofreciera a evaluar sus daños como médico que era, se había convertido en una especie de rutina pasarse por allí después de comer y echarle un vistazo a la evolución de sus heridas, fracturas y torceduras.

Ric era un tío majo, abierto y dicharachero. Y a Fran se le había hecho muy fácil hablar con él de todo, desde las cosas más banales hasta las más... personales. Tal vez fuera por esa confianza que había crecido entre ellos, o tal vez fuera por haber hablado de ello previamente con Sofía. El caso era que se había sincerado con Ric y así había logrado dejar escapar sus peores fantasmas hasta el punto de confesarle toda su verdad. Toda. Pues ese día nadie les había interrumpido y Fran había podido explicarle —más o menos, ya que ni él mismo lo comprendía muy bien— en qué consistía su peculiar don.

Había temido que Ric se burlara de él, pues no habría sido el primero. Pero, en lugar de eso, le había respondido con una frase que le había hecho pensar que su vecino era en verdad un tipo excepcional: «Me gano la vida escribiendo historias inventadas, surrealistas, imposibles, locas en ocasiones. Aun así, sigo pensando que la realidad supera con creces la ficción».

Después habían encendido la consola y habían jugado como dos críos. Y se había divertido como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Había logrado olvidar, había vuelto a ser él mismo. Casi tanto como hacía dos tardes, cuando sus más primitivos instintos lo habían llevado a cometer una absoluta locura con la mujer que trabajaba para él.

Había estado a punto de besarla, «y mucho más que besarla», se dijo. Pero los habían interrumpido, él la había dejado marchar sin decir nada al respecto. Ahora se preguntaba qué demonios le diría la próxima vez que la viera. Porque era algo que debían hablar cara a cara, no por teléfono, pero tampoco delante de su vecino. Por eso se había ido más pronto de lo habitual de casa de Ric. Aunque espiera por la ventana cada cinco minutos para verla llegar.

Llovía, a cántaros, para variar. Sin embargo, el coche de Sofía permanecía en el jardín de Ric. Cuando ya eran casi las diez de la noche.

Fran estaba que se subía por las paredes, imaginando mil razones para que ella y Lucas siguieran en la casa. La mayoría de ellas, de lo más ilógicas, motivadas por el demonio de los celos, de una forma que nunca antes había conocido en primera persona.

En cuanto encontró una excusa medianamente convincente, salió de su casa para tocar el timbre de su vecino.

—¡Hola, Fran! —exclamó Lucas al verlo, pero se fue corriendo para tumbarse sobre la alfombra a los pies de Ric y Sofía, sentados en un enorme sofá a una distancia más que prudente el uno del otro, con un enorme bol de palomitas entre ellos—. Estamos viendo *La guerra de las galaxias*. ¿Tú la has visto?

—Esto... hace mucho tiempo, sí. —Desconcertado, centró su mirada en Sofía, que parecía petrificada al verlo allí—. He visto tu coche aún aquí y pensé que, quizás, estuvieras esperando a que amainara la lluvia para volver a casa. Ahora apenas llueve —indicó desde el umbral de la

puerta. Ahora la excusa le parecía bastante mala.

—Muy considerado —repuso Ric con la boca llena de palomitas.

—¡Nos vamos a quedar esta noche aquí! —intervino Lucas claramente entusiasmado, pero sin despegar la mirada de la pantalla—. Y yo voy a dormir con esta camiseta de la peli que me ha regalado Ric —añadió señalando su pecho, aunque la camiseta le llegaba hasta los tobillos.

Un cegador relámpago iluminó la calle detrás de Fran, aún de pie junto a la puerta. Un estruendoso trueno lo sucedió y la lluvia comenzó a caer de nuevo con inusitada fuerza.

—Dado como está el tiempo, hemos pensado que sería lo más prudente —explicó Sofía, pues la situación podía parecer, por segunda vez con Ric, lo que no era—. Además, Lucas lleva semanas esperando poder ver esta película.

—Veo que has venido sin paraguas. —Ric pulsó el botón de pausa y Lucas protestó por la interrupción—. Puedo dejarte uno. O si te apetece, puedes quedarte a ver la película con nosotros. Tenemos palomitas —añadió al ver que su vecino se quedaba mudo.

—¡Sí! —a Lucas la idea le pareció estupenda. Cuantos más, mejor. Se levantó y empujó a Fran lo justo para poder cerrar la puerta—. ¿Sabes que el protagonista se llama como yo?

—Claro, Luke Skywalker —comentó revolviéndole el pelo mientras se veía arrastrado por una mano y empujado al centro del sofá, donde tuvo que esquivar el bol de palomitas, quedando sentado bastante cerca de Sofía.

—Solo llevamos unos veinte minutos. No te has perdido mucho —concluyó Ric antes de pulsar el play y que todo el mundo enmudciera para seguir los diálogos.

Media hora más tarde, el espectador que compartía nombre con el protagonista roncaba sobre la alfombra. Sofía también estaba agotada, llevaba exhausta y destemplada todo el día, y ese había sido otro de los motivos por los que había aceptado quedarse a dormir allí. Pero la tensión de sentir a Fran a un palmo de ella le había impedido quedarse tan dormida como su hijo. Sin embargo, la excusa de acostarlo le permitió alejarse de aquel hombre que nublaba sus pensamientos por unos minutos. De su olor. De la fuerza de su presencia. Del tentador calor que emanaba de él.

—Le había prometido a Lucas que algún día le dejaría dormir en mi sofá de pensar —comentó Ric tras pausar de nuevo la película, a la espera de que volviera Sofía—. Hasta el accidente siempre escribía en una de las habitaciones de arriba. Mi guarida, así la llamo. Allí tengo un sofá muy cómodo en el que me inspiro como en ningún otro sitio. También una cama, pues hay veces en que me paso días escribiendo y apenas salgo de allí.

«Y Sofía dormirá en esa cama», añadió Fran mentalmente, profundamente aliviado. Sabía que Ric dormía en uno de los cuartos de abajo. ¡Dios santo! Era una persona horrible por alegrarse de que su vecino, al que ya casi consideraba un amigo, aún no fuera capaz de subir aquellas escaleras.

—¿Y qué tal vas de inspiración últimamente? —preguntó, por no seguir hablando de dónde dormiría quién.

—A ratos.

«Y después de lo que sucedió ayer con Paula, fatal», añadió para sí.

—Bueno, ya verás como pronto puedes volver a tu guarida y escribes otro *best seller*.

—Se ha despertado y he tenido que ponerle esa lamparita tuya de constelaciones para convencerlo de que se quedara acostado —comentó Sofía antes de sentarse de nuevo, lo más alejada de Fran que le permitía el sofá, que no era mucho—. Quería volver a bajar. Le he prometido que mañana podrá terminar de ver la película.

—Claro. Minuto cincuenta y dos —comprobó Ric en la pantalla del DVD antes de seguir con la proyección.

Otra media hora después, Ric comenzó a revolverse en el sofá, captando la atención de Fran, que había estado concentrado hasta ese momento en la cabeza de Sofía ligeramente recostada sobre su brazo. Imaginaba que se había quedado dormida, porque dudaba que se hubiera acurrucado

contra él de forma consciente. No obstante, no se había atrevido a mirar para comprobarlo.

—Ya está esta pierna protestando de nuevo —se quejó Ric en un susurro.

—¿Te duele mucho? —se interesó Fran, intentado no moverse. No quería despertar a Sofía y perder ese leve contacto que llevaba varios minutos haciendo palpitar su corazón con una extraña fuerza.

—Empeora por las noches, sobre todo cuando llevo mucho rato en la misma postura. —Se levantó con dificultad y se apoyó en la muleta que descansaba contra el reposabrazos—. Será mejor que me tome la medicación y me acueste ya.

—Sí, claro —comenzó Fran, pero no pudo ni amagar con levantarse.

—Pero vosotros terminad de ver la peli. Por mí no hay problema. —Concentrado en caminar sin caerse, ni se dio cuenta de que Sofía estaba dormida—. Buenas noches.

—Que descanses —respondió Fran, contemplándolo desaparecer tras una puerta que cerró a su espalda.

«¿Y ahora qué?», se preguntó con impotencia. A lo que solo pudo responderse mirando la pantalla hasta que la dichosa película terminara.

Cuando llegó a su fin, era algo más que la cabeza lo que Sofía apoyaba en él. Parecía estar profundamente dormida, con todo el cuerpo laxo vencido hacia un lado, contra el de él.

Viéndose incapaz de despertarla, probó a cargar con ella hasta el cuarto de arriba. Si se despertaba por el camino entre sus brazos, siempre le quedaba la eterna excusa de que estaba siendo un caballero. En cambio, si lo hacía cuando la estuviera metiendo en la cama, su reacción podría ser algo distinta.

Se la jugó y cargó con ella escalera arriba. Era menuda y ligera, y pareció derrumbarse contra su pecho cuando la acercó más a él. Debía de estar realmente cansada para dormir tan profundamente. Hasta le parecía que respiraba con cierta dificultad.

Siguió las luces que se colaban por la rendija de una puerta entreabierta y entró en un cuarto iluminado por una espiral en movimiento de estrellas multicolor. Lucas dormía con un brazo cayéndole del sofá en una esquina. La cama se encontraba en el extremo contrario de la inmensa estancia.

Había otra larga camiseta, probablemente de Ric, extendida sobre el cobertor. Pero Sofía tendría que dormir con su uniforme de trabajo puesto. No iba a tomarse la libertad de ponerle su improvisado camisón. Se limitaría a quitarle sus horribles zapatos.

En cuanto la alejó de él para tumbarla, todo su cuerpo se tensó en protesta. Anhelaba tenerla cerca, más de lo que había creído volver a anhelar nada nunca más. Haciendo caso omiso a sus propias necesidades, la descalzó y la cubrió con las sábanas. Parecía tan frágil, tan delicada, cuando él sabía que era una mujer fuerte que se valía por sí misma más que muchos hombres que conocía.

No obstante, contemplarla bajo aquel mar de estrellas de mil colores lo hipnotizaba. Una mano se le escapó para acariciar el rostro que sabía que era más suave que la seda. En cuanto lo rozó, notó que algo no iba bien. Acercó la otra mano y comprobó que ambas mejillas estaban demasiado calientes. Sospechando que su fatiga no se debía solo a un día duro de trabajo, acercó sus labios a su frente y comprobó que, efectivamente, tenía fiebre. Y bastante alta.

Se debatió entre despertarla y hacerle tomar algún antitérmico o dejarla descansar toda la noche y volver a la mañana siguiente a ver cómo evolucionaba. Pero un trueno irrumpió en sus pensamientos, al igual que en los sueños de Lucas, quien se despertó asustado.

—¡Mami!

Antes de que sus gritos despertaran a Sofía, Fran corrió hacia el lado contrario de la estancia.

—Tranquilo, campeón. Solo ha sido un trueno. Vuelve a dormirte.

—¿Fran? —frotándose los ojos, Lucas miró con extrañeza al hombre que se sentaba al borde del sofá—. ¿Dónde está mi madre?

—Ahí al lado. Dormida. Y como está muy, muy cansada, vamos a intentar no despertarla, ¿vale?

—Vale —aceptó con resignación el niño. Aunque no volvió a recostarse.

Fran captó en sus ojos el temor a la noche, a la oscuridad, a los ruidos extraños, más aún en una casa ajena. Y el padre que llevaba dentro actuó por instinto.

—La verdad es que yo también estoy cansadísimo. Además, no me quiero mojar mientras vuelvo a mi casa. ¿Me harías un hueco en el sofá de pensar de Ric? Creo que es lo suficientemente grande para los dos.

Lucas, regalándole una sonrisa que compartía con su madre, se arrinconó lo máximo que pudo en un extremo del sofá, y Fran, tras descalzarse, se tumbó a su lado, tapándolos a los dos con las mantas.

—¿Sabes a qué me recuerdan todas estas estrellas que brillan por toda la habitación? —le preguntó en un susurro.

—¿A *La guerra de las galaxias*? —trató de adivinar Lucas.

Fran no pudo evitar reírse. El crío estaba completamente obsesionado con la película.

—No. Al cielo que se veía por las noches en los campamentos de verano a los que iba a tu edad.

Lucas se incorporó un poco para mirar a Fran.

—¿Se veían todas estas estrellas?

—Qué va. ¡Muchísimas más!

—¿De verdad?

—Sí. —El rostro de asombro de aquel adorable niño no tenía precio—. ¿Nunca has ido de campamento de verano?

—No. ¿Cómo es?

—¿Qué cómo es? —Fran suspiró con nostalgia—. Toda una aventura.

Tras casi un cuarto de hora explicándole al detalle algunas de las miles de actividades que con tanto cariño atesoraba en su memoria de los mejores momentos de su infancia, Fran se empezó a quedar tan dormido como Lucas. Su último pensamiento antes de rendirse al sueño fue que Ric tenía toda la razón. En aquel amplio y cómodo sofá, uno se inspiraba como en ningún sitio.

Paula se tapó hasta la cabeza con las sábanas al oír un molesto ruido. Aun medio dormida, era consciente de que ese día no le tocaba madrugar, así que podía hacer caso omiso al despertador si quería. Aunque para ello debería estirar un brazo y apagarlo, razonó a regañadientes.

Ya estaba sacando a tientas una de sus manos cuando comprendió que lo que sonaba era su móvil. Resoplando y maldiciendo entre dientes a quien se hubiera atrevido a interrumpir su plácido sueño un sábado por la mañana, se incorporó en la cama y cogió el aparato.

—Ya puede ser importante, Sofi, porque estaba dormida como un ceporro —le advirtió con voz ronca en cuanto leyó su nombre en la pantalla.

—Eh... ¿Paula? Soy Ric.

A la joven se le cortó el aliento en cuanto oyó su voz. Y la sangre se paralizó en sus venas cuando pronunció su propio nombre.

—Buenos días —le salió sin más, dadas sus poco agradables primeras palabras.

—Siento haberte despertado —se disculpó con voz dubitativa—. Mira, no te asustes, ¿vale?

—¿Qué no me asuste por qué? —Solo de oír precisamente eso ya estaba temblando.

—Estoy en mi casa, con Lucas aquí a mi lado, quien me ha indicado que debía llamarte de inmediato porque eso es lo que Sofía y tú le habías hecho prometer en un caso como este.

—¡Dios mío! —A Paula no le hizo falta ni medio segundo para comprender—. ¿Qué le ha pasado a Sofía?

—Nada grave, tranquila. Solo está un poco... enferma.

—Explícate mejor, Ric, porque me va a dar un infarto de un momento a otro.

Paula conectó el altavoz de su móvil y comenzó a vestirse a toda velocidad mientras escuchaba

la imprecisa historia que Ric le narraba. Parecía mentira que fuera escritor.

Por su parte, Ric trataba de tranquilizar a un inconsolable Lucas que lloraba a moco tendido acurrucado contra él, motivo por el cual no era capaz de verbalizar lo sucedido desde la noche anterior. La verdad era que él mismo tenía algunas lagunas al respecto.

Solo sabía que, tras dejar a Sofía y a Fran en su sofá viendo la tele, había dormido profundamente toda la noche gracias al relajante muscular que se había tomado para calmar el dolor de su pierna. Después, los gritos de Lucas sacudiéndolo en su cama le habían despertado abruptamente. Sin entender qué le decía sobre que su madre no se despertaba y que Fran, que era médico, la iba a llevar a su casa, se había levantado a todo correr y había visto a su vecino bajar al galope las escaleras con Sofía en brazos, con los ojos cerrados y envuelta en mantas.

—Tiene fiebre muy alta desde anoche —le había explicado a trompicones antes de desaparecer por la puerta—. Apenas reacciona a estímulos externos. Tengo que auscultarla y tomarle la tensión. Dependiendo de los resultados, llamaré a un médico amigo mío o la llevaré al hospital.

Por suerte, solo había hecho falta llamar a ese médico. Y tal como Fran le había indicado por teléfono hacía unos minutos, el diagnóstico había sido agotamiento extremo sumado a algún virus del que sabrían más cuando analizaran la sangre que le habían extraído.

—¡Sabía que no podría seguir con este ritmo! —gritó Paula, conectando de nuevo el auricular del teléfono y con el corazón latiéndole a mil por hora—. La semana pasada aceptó la colada y la plancha de otras dos casas. ¡Y lo hace en la suya propia por las noches! No duerme ni cinco horas al día.

—Sí, ayer se la veía muy fatigada —confirmó Ric con culpabilidad.

—Voy para allí ahora mismo. Pásame a Lucas, ¿quieres?

—Claro.

—Ric —se apresuró a añadir—. Muchísimas gracias por llamarme.

—Es lo mínimo que podía hacer.

Lucas cogió el teléfono y su voz salió sin apenas fuerza cuando intentó hablar.

—¿Tía Paula?

—Hola, mi amor. —Oír su vocecita le puso un nudo en la garganta—. Voy ya mismo para allí. Espérame con Ric. ¿De acuerdo?

—Vale. Pero cuando llegues iremos a ver a mamá, ¿verdad?

—Claro, cariño. Pero no te preocupes, porque Fran es médico y seguro que la está cuidando muy bien.

—Ayer me contó historias hasta que me dormí, como mamá —le indicó, ya que, para él, eso le hacía merecedor de toda su confianza.

Paula se quedó algo desconcertada ante esas palabras, pero ya indagaría más en profundidad cuando llegara allí, viera a su amiga con sus propios ojos y se asegurara de que estaba bien atendida.

—¿Por qué no le cuentas alguna de esas historias a Ric mientras llevo? Seguro que le encantan.

—Vale. No tardes, tía. Por favor.

—Voy volando, cariño. Lo más rápido que pueda.

—Hola Sofi.

Sofía enfocó la vista en el rostro compungido de su amiga. Vaya, se había quedado dormida en... ¿Dónde estaba? ¿Y qué día era?

—Pau. —La voz le salía con dificultad. Y le costaba respirar—. ¿Qué ha pasado?

Paula se secó una lágrima y a Sofía se le paró el corazón.

—¿Es Lucas? ¿Está bien?

Su amiga soltó una risilla de frustración y la empujó por los hombros cuando intentó incorporarse. Sofía sufrió un mareo agudo cuando su cabeza se separó unos milímetros de la almohada.

—Lucas está perfectamente. Eres tú la que necesita que la atiendan un poquito, para variar.

Cuidándose mucho de las palabras que empleaba, le explicó lo sucedido ahora que ya contaba con toda la información, al menos toda la que Fran le había dado hasta que Sofía se había despertado por fin.

—No me lo puedo creer —balbuceó la enferma, hundiéndose un poquito más bajo las sábanas de la cama de Fran, que olían maravillosamente a suavizante... y a él—. ¡Qué vergüenza, Pau!

—¿Vergüenza? Yo en tu lugar me sentiría agradecida y afortunada. Imagina que llega a pasarte esto en tu casa, sola con Lucas.

—Sí, claro. Pero...

—Mira. Según están las cosas, tenemos dos opciones. Una de ellas es ingresarte en el hospital hasta que mejores.

—Ni hablar —la respuesta fue inmediata—. No puedo dejar a Lucas solo, ni tú puedes hacerte cargo de él mientras trabajas. Y mis trabajos... ¡Oh, Dios!

El mundo se le vino encima.

—Ya, en eso ya hemos pensado detenidamente.

—¿Hemos?

—Fran y yo.

No se movió ante esas palabras, pero oír las le produjo otro mareo que la obligó a cerrar los ojos.

—Sí, es un hombre excepcional, y Lucas está encantado con él. Además —carraspeó antes de seguir—, no sé si será sumamente generoso o que, simplemente, él siente por ti... algo parecido a lo que tú me dijiste que estabas empezando a sentir por él.

—¿Qué quieres decir, Paula? —Tragó la escasa saliva que tenía en la boca—. Me encuentro fatal, como si me hubieran tirado desde un décimo piso. Y no sé si estoy delirando o eres tú la que no sabe lo que dice.

—Nada de delirios. Solo es la impresión que me ha dado ver lo preocupado que está Fran. Y lo dispuesto a ayudar y cuidar de Lucas y de ti.

—¿Cuidarnos?

—Esa es la segunda opción que hemos barajado. Y, en mi opinión, es la mejor.

—No entiendo, Paula.

—Nos organizaremos así: yo me cogeré a partir del lunes la semana de vacaciones que me queda. Si lo tuyo se alarga, pediré unos días más que ya recuperaré con las horas extra de las Navidades.

Ese plan tampoco le gustaba.

—Pero son tus vacaciones y...

—Y las empleo en lo que yo quiero —sentenció—. Así que te sustituiré en todos tus trabajos. Todos —recalcó—, excepto los dos últimos encargos de plancha, Sofi. Eso es inhumano y la causa de que estés así. Se los pasaremos a Teresa para no dejar tirados a tus clientes —resolvió, refiriéndose a una mujer que ambas conocían y que se dedicaba a esas tareas.

—Yo... Vale, tienes razón. Los acepté porque pensé que en un par de meses Ric estaría recuperado y yo tendría más tiempo.

—Pero aún no tenías ese tiempo, y mira lo que te ha pasado por no descansar lo suficiente.

Sofía enmudeció, avergonzada. Paula tenía toda la razón y ella había arriesgado su salud por incrementar sus ingresos de cara a los gastos extra que siempre tenía a finales de año.

—Lo siento —suspiró, exhausta—. Y siento que tú tengas que hacer todo esto.

—Disculpas aceptadas. —Sacudió la mano y le restó importancia—. En cuanto a ti y a Lucas, os quedaréis aquí, a cargo de Fran.

—¿Cómo?

—Él se ha ofrecido —alzó ambas manos con gesto inocente—. Llevará a Lucas al colegio y lo traerá de vuelta. Tú dormirás aquí y ellos en la habitación de dos camas de al lado. A Lucas, una

vez que se le ha pasado el susto de ver que no te despertabas, le ha parecido genial. Ric también se ha prestado a quedarse con él cuando haga falta —añadió, recordando cómo la había mirado cuando había ido a buscar al niño a su casa. Una mirada directa a los ojos, buscando leer en los suyos qué pasaba por su cabeza. Había sido una cobarde y la había esquivado en cuanto había podido.

—¿De verdad Fran ha propuesto... eso?

—Lo que te decía. O es el hombre más altruista del mundo o está loco por ti.

—Necesito un poco de aire. —Trató de incorporarse y todo comenzó a darle vueltas—. Y necesito ir al baño. Urgentemente.

—Espera, espera. Pediré ayuda. No te puedes levantar sola.

Paula se separó del borde de la cama y abrió la puerta del dormitorio. Sofía pudo ver al otro lado a Fran y, a su lado, a su hijo cogido de su mano. En cuanto ambos la miraron, su corazón amenazó con salirse del pecho.

—¡Mami! —Lucas se soltó de Fran y corrió hacia ella—. ¡Estás despierta!

Su hijo se abrazó a su cuello y se la comió a besos. Ella ya no pudo más y rompió a llorar.

—Con cuidado, campeón —intervino Fran, apartándolo un poco de ella—. Tu madre está aún muy débil y no debe hacer esfuerzos.

Sofía lo miró entonces a él, quien le sonrió con dulzura.

—Seguro que tienes hambre. Te traeré algo de comer. Nosotros acabamos de terminar.

¿Ya habían comido? ¿Pero cuántas horas llevaba dormida?

—Estupendo. Pero primero necesita ir al baño —anunció Paula y se dirigió a ella—. Aprovecharé para ponerte allí el pijama que te he traído. Te he hecho un pequeño equipaje —añadió.

Así que ya había pasado incluso por su casa. Por ende, contaban con que ella aceptaría su plan incluso antes de proponérselo. ¿Y acaso tenía alguna otra opción que no implicara irse al hospital?, pensó con resignación.

—Agárrate a mi cuello —solicitó Fran tras destaparla. Vio que aún llevaba su uniforme de trabajo puesto—. No debes andar todavía.

Obedeció y estuvo entre sus brazos en un visto y no visto.

—Tranquila, todo va a salir bien —le susurró de camino al servicio—. Confía en mí.

—Yo... no sé qué decir, Fran. Esto es...

—Lo único que tienes que decir es que serás una buena paciente y que harás todo lo que tu médico, que soy yo, te indique para recuperarte lo más pronto posible. ¿Trato hecho?

Sus miradas se cruzaron un instante, con sus rostros muy, muy cerca. Y ella supo que estaba perdida.

—Trato hecho —logró pronunciar al borde de las lágrimas.

—Muy bien. Entonces te dejo aquí con Paula. No te quedes de pie si ella no está a tu lado, ¿entendido?

—Sí, doctor —aceptó con voz sumisa.

—Así me gusta —le guiñó un ojo y salió del cuarto de baño.

—Vamos, Lucas —le oyó decir a lo lejos, y su fatigado corazón palpó con más energía—. Hay que prepararle algo muy rico a nuestra paciente para que se ponga buena pronto.

—¿Y cómo la has visto hoy?

Paula llenó un segundo táper con lentejas y lo metió en el congelador antes de girarse hacia Ric, que ya se había sentado en una silla de la mesa de la cocina. Era su casa, no podía decirle que se fuera. Pero apostaba a que a Sofía la dejaba tranquila cuando estaba trabajando, en lugar de perseguirla por todas partes para hacerle todo tipo de preguntas.

—Mejor. Hoy ya no he tenido que asearla yo, solo ayudarla a hacerlo. Está recuperando fuerzas. La medicación le está yendo muy bien, y el reposo aún mejor.

«Por no mencionar las exquisitas atenciones de su médico particular», pensó con ironía para sí misma.

—Me alegra oír eso. Cuando he llamado antes estaba dormida. Solo he podido hablar con Lucas y no ha sabido darme muchos detalles. Cuando acabe los deberes y después de merendar con su madre, Fran le dejará venir a jugar con la consola.

Paula dejó a un lado las verduras que iba a cocinar a continuación y lo miró sorprendida.

—¿Le dejará?

—Sí, sí. Han establecido unas normas muy concretas. ¿No te lo han contado?

—La verdad es que no.

—Se nota que Fran fue padre.

—Sí. Y tuvo que ser un gran padre. —Sofía se lo había contado hacía un par de días. La trágica muerte de su esposa y su hijo—. Lucas lo adora —comentó. «Tanto como a ti», pensó y volvió a sentir la mirada azul intensa de Ric clavada en ella. ¿Cómo podía ser tan guapo? ¿Y ella tan tonta como para quedarse embobada mirándolo cuando se había prometido olvidarlo?

—¿Por qué no te quedas a cenar? —le propuso, impulsado por la forma en la que lo estaba mirando. Por fin dejaba de esquivar sus ojos. Y él tenía que solucionar aquella situación.

—No puedo —respondió mecánicamente.

—Estás haciendo comida más que de sobra. Además, así no tendrás que cocinar otra vez cuando llegues a casa. Se te ve cansada.

—Estoy perfectamente.

—Me gustaría que te quedaras. Es viernes, sé que mañana no tienes que trabajar —probó de nuevo.

—Pero yo solo estoy aquí porque Sofía está enferma —le explicó sin mirarlo esta vez.

—Sigues sin querer ser mi amiga.

—Para mí, nada ha cambiado desde... lo del otro día —dijo sin más detalle.

Fue entonces cuando oyó la silla a su espalda, y sus pasos erráticos acercándose a ella.

—Para mí sí.

Era la tercera tarde que pasaba bajo su techo haciendo los trabajos que hubiera hecho su amiga. Pero verla a ella de aquí para allá por su casa no era lo mismo que ver a Sofía. Ahora que Paula había abierto la caja de Pandora, él ya no tenía la misma fuerza de voluntad que antes para mantenerse alejado. Menos aún teniéndola tan cerca.

—No entiendo por qué. —Se giró bruscamente y se lo encontró a solo un palmo de distancia—. Tú nunca has querido nada conmigo, Ric —le soltó llena de frustración—. Así que...

—Que tratara de no dar muestras de interés no significa que no lo sintiera —confesó, inmovilizándola contra la encimera con ambas manos a los lados de su cintura.

Nunca habían estado tan cerca. Nunca sus rostros se habían encarado de esa manera. Solo cuando ella lo había atacado la semana anterior se habían sentido el uno al otro de aquella íntima forma. Sin embargo, la actual postura, sin apenas contacto más allá del visual, era aún más íntima que aquel beso repentino y robado.

—No te creo —espetó y trató de empujarlo por el pecho.

Él atrapó su mano y la dirigió con la palma abierta hasta su corazón, que latía con intensidad.

—Ric, ¿qué...?

—Créele a él.

«No me hagas esto», le rogó con la mirada, «no puedo soportarlo». Pero él hizo caso omiso y se acercó lentamente hasta sus labios. Con la misma lentitud, los probó con una suave caricia de los suyos.

A Paula nunca, jamás, la habían besado con aquella ternura. No podía concebir que un hombre de la talla de Ric poseyera tal delicadeza. Ni que su corazón pudiera duplicar su ritmo solo con rozarlo. Lo sentía latir frenéticamente bajo su mano, mientras que los movimientos de aquella sublime boca se mantenían pausados y pacientes, a la espera de una respuesta.

—¡Ric! ¡Ya estoy aquí! —gritó Lucas lleno de alegría al entrar en la casa.

Paula lo empujó por el pecho para apartarlo antes de que el niño los sorprendiera haciendo algo que ella no debía haber permitido que sucediera.

—Hola, chaval —respondió Ric, aunque seguía pendiente de Paula, que se había llevado una mano a la boca y lo miraba con reproche.

—Hola, tía.

—Hola, cariño. —Se acercó y le dio un beso en la frente—. ¿Has terminado los deberes?

—Sí. Fran me ha ayudado un poco. Hoy eran muy difíciles —explicó con gesto de sufrimiento—. ¿Qué juego vamos a poner hoy?

Al verse tironeado de una mano, Ric dio por perdido el momento de sinceridad con Paula y se marchó al salón con Lucas.

—El que tú quieras —le concedió.

Y también, pensó, le concedería a ella un poco de tiempo para pensar en lo sucedido. Ambos lo iban a necesitar. Porque ese beso tenía que haber sido tan revelador para ella como para él. Aún sentía su mano grabada a fuego sobre su pecho. Y el sabor de su boca deslizándose entre sus labios. Ella había sentido, sin duda. Pero Ric sabía que ya no iba a poder disimular nunca más lo que sentía él.

Capítulo 8

Las risas la despertaron. Fue como si el sonido se hubiera ido aproximando poco a poco a ella, hasta sentirlo muy cercano. ¿Había algo mejor para una madre que despertarse con el sonido de la risa de su hijo? Por un instante, dudó si las voces que se mezclaban eran dos o tres. Tanto Ric como Fran tenían la voz grave, pero ya había aprendido a diferenciarlas. Y sí, podía distinguir ambas intercaladas con las carcajadas de Lucas. Si le quedaba algún tipo de malestar en algún rincón de su cuerpo, imaginarlos a los tres jugando en el jardín disipó cualquier síntoma rezagado.

Se levantó llena de energía y bebió de un trago el zumo de naranja natural que encontró sobre la mesita de noche. Leyó la nota que lo acompañaba: «Estamos en casa de Ric haciendo cosas de hombres. Sé buena y bébete el zumo».

La palabra «zum» de puño y letra de Fran se convirtió en un borrón cuando una lágrima cayó por su mejilla y se precipitó hacia un mensaje que, a pesar de tener notas de humor, le encogió el corazón. Debajo estaba la firma de él y el garabato que Lucas había decidido que sería su firma definitiva, al menos esa era la elegida en lo que llevaban de mes.

Se asomó al balcón en mangas de pijama y con los pies solo cubiertos por las zapatillas rosas que ojalá Fran no hubiera visto nunca. El aire fresco de la mañana la hizo temblar, pero la revitalizó, quitándole parte de esa sensación de angustia que se había apoderado de ella. No podía verlos, el balcón daba hacia la parte trasera de la casa y los tres estaban jugando al baloncesto en el lateral que unía a ambas, pero escuchaba sus voces y el rebotar del balón contra la canasta. Aunque oírlos sin verlos fue aún más sobrecogedor.

Ric era como su hermano Jorge, otro tío divertido, un niño grande. Lucas había encontrado en él un ejemplo mejor que su propio hermano. Era cariñoso y tenía sentido del humor sin dejar de ser «guay», como diría el propio Lucas. Le hacía plantearse cosas serias, incluso demasiado para un niño de seis años, pero lo hacía de tal forma que todo parecía un juego.

En cambio, Fran era la figura paterna. Tenía casi todas las cualidades que veía en Ric, aunque un poco menos desmesuradas, con más madurez. Fran era un hombre responsable, se notaba que había sido padre una vez, y que había sido muy bueno en ello. Sabía ponerle límites a Lucas, pero en todo momento habían sido los límites que pondría un padre a su hijo en su casa, no un amigo en cuya casa estaba pasando unos días.

Y eso le daba miedo. Miedo de que, habiendo rozado esa sensación por primera vez en su vida, su hijo lo perdiera antes de llegar a tenerlo, antes de saber lo que era el amor de un padre. Porque, al margen de su propio padre biológico, al cual no había visto ni siquiera una sola vez, la única figura paterna previa a Fran había sido Daniel, aunque la verdad era que no lo había sido en ningún momento de los dos años que habían vivido juntos.

Confiaba en que Lucas no tuviera ningún recuerdo de él. Al menos, ella no recordaba nada de su propia vida entre los dos y los cuatro años. Tal vez su hijo tuviera la misma suerte. Daniel era alguien a quien olvidar. Ella ya lo había hecho hacía mucho tiempo. ¿Quién pasa dos años conviviendo con una mujer que tiene un hijo y descubre que no quiere ser padre de golpe y porrazo? El problema lo tenía él, desde luego. Porque no había mejor niño en el universo entero que Lucas. Todo el mundo lo decía, no era amor ciego de madre. Hasta su hermano Jorge, que hasta hacía bien poco solo se miraba su propio ombligo, pasaba su mes de vacaciones cuidando encantado de su sobrino una tarde tras otra, cuando probablemente podría estar fundiéndose su paga en unas islas del Caribe. Y, sin ir más lejos, el hecho de que hubiera conquistado a dos hombres en menos de dos

meses era una prueba irrefutable del magnetismo de su hijo. Estaba claro que Ric y Fran adoraban a Lucas, y el sentimiento era mutuo. El de ella por uno de esos hombres iba más allá de la adoración.

Pero tenía que recordar que, en un segundo lugar, ya que siempre, siempre, su hijo estaría en el primero, estaban sus propios sentimientos. ¿Sería ella capaz de superar la pérdida de lo que había empezado a acariciar con la punta de los dedos? Todo podrían estar siendo solo imaginaciones suyas, podría ser que Fran simplemente se sintiera responsable ya que ella trabajaba para él y eso le empujara a cuidarla. Era un buen hombre y por eso sentía lástima de ella, sola con un hijo. Sin embargo ella ya estaba recuperada y debía marcharse, ya había abusado de su confianza y su caridad... bueno, no caridad. ¿Amabilidad? ¿Cómo demonios se podía llamar a lo que estaba haciendo Fran por ella?

—Veo que te has levantado.

Sofía se aferró a la barandilla con ambas manos. Se giró solo ligeramente, por no ser maleducada, pero volvió enseguida la vista al frente. No quería que la viera llorar. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que lo estaba haciendo. Al igual que no se había dado cuenta de que las voces en el jardín ya no eran tres, sino dos.

—Sí. —Se secó disimuladamente las lágrimas—. Son las once de la mañana. Ya iba siendo hora.

Lo oyó acercarse lenta y sigilosamente, tanto que, hasta que no la rodeó con una manta y apoyó sus manos sobre sus hombros, no fue capaz de calcular a qué distancia estaba.

—¿Qué tal te encuentras?

—Mejor. Muchísimo mejor. Gracias por el zumo. Bueno, por todo.

No podía girarse, no podía mirarlo. Las manos de Fran frotaban sus brazos desde los hombros hasta los codos, como tratando de tranquilizarla y darle calor al mismo tiempo. Lo primero no lo estaba consiguiendo, al contrario. Y lo segundo lo estaba haciendo demasiado bien, aunque ella ya tenía suficiente calor con su mera cercanía.

—De nada —susurró él. A pesar de ser solo dos palabras, a ella le pareció que no le llegaba el aire para pronunciarlas.

—He pensado que deberíamos marcharnos esta misma tarde. Ya me encuentro bien y tú ya has hecho demasiado por mí. Por nosotros. No quiero causarte más molestias.

Las manos de Fran se detuvieron en sus codos, pero no la soltaron. Pasó lo que para ella fue una eternidad hasta que le oyó responder.

—No me siento molesto en absoluto.

—Ya, bueno... —Ella, a diferencia de él, respondió inmediatamente—. Pero ya hemos abusado demasiado de tu confianza, de tu amabilidad... —Ya estaba otra vez sin saber cómo demonios definirlo—. Ya es hora de marcharnos. No quisiera trastocar tus planes más tiempo.

Las manos de Fran se fueron destensando de sus codos y se deslizaron hasta sus muñecas a la vez que él daba otro paso y se pegaba a su espalda. Sofía miró hacia el césped y sintió vértigo a pesar de estar solo en un primer piso.

—Teneros aquí es como ver amanecer después de una larga y oscura noche.

Sus labios estaban en su oreja, la nariz le acariciaba el cabello y sus manos buscaban entrelazar las suyas. Sofía vio el suelo alejarse de sus ojos a una velocidad trepidante, como si estuviera ascendiendo en un ascensor increíblemente veloz. Sus dedos cedieron a los de él sin ni siquiera pensarlo, al igual que todo su cuerpo, su alma y su corazón cedieron a sus siguientes palabras.

—Si no te beso ahora mismo, creo que voy a morir.

La nariz había abandonado su pelo y se deslizaba por su cuello. Sofía se dijo que todo aquello era producto de la fiebre, que realmente no se había levantado de la cama, que aún no se había recuperado y que estaba viviendo un delirio o una alucinación. Y si era así, ¿por qué no entregarse por completo?

—Entonces, ¿a qué estás esperando?

Apenas había girado la cabeza hacia él a la vez que le había exigido lo que ella también anhelaba con frustración, apenas si sus ojos se habían cruzado un instante, y Fran ya había deslizado

una mano por su nuca, enterrándola en su pelo a la vez que hundía su lengua en la boca hambrienta de Sofía. Era tal el calor que no sintió cómo la manta que cubría sus hombros se deslizaba y caía al césped mientras él la giraba para apretarla de frente contra su cuerpo, arrinconándola contra la barandilla. Sus brazos se enredaron, y sus cuerpos se fundieron mientras sus bocas lamían y mordían como si no hubieran probado bocado en siglos. Algún gemido se escapaba en los vagos segundos que se permitían separar sus labios para respirar, y ese sonido no hacía sino incrementar el deseo, el ansia, la necesidad.

Fran la arqueó contra sí, inclinó su espalda hacia atrás y la devoró como una fiera a su presa. Ella se sintió como en una película antigua, se vio a sí misma en blanco y negro, en los brazos de un hombre que superaba con mucho a cualquier actor de cine clásico.

«¡Sí, sí!», gritó todo su cuerpo cuando una de las manos de él se deslizó por su espalda, por debajo de la camiseta de su pijama. Esa mano no encontró ningún obstáculo, ninguna otra prenda, solo piel tersa y ardiente, que lo invitaba a seguir explorando. La dirigió hacia adelante, rodeando uno de los pechos de Sofía y, tras abarcarlo con suma delicadeza con su enorme mano, lo apretó ligeramente y pellizcó el pezón a la vez que le mordía el labio y tiraba suavemente de él.

La punzada de placer que atravesó el cuerpo de Sofía le hizo abrir los ojos y encontrar los de él mirándola fijamente, transmitiendo un mensaje no pronunciado cargado de promesas salvajes y demoledoras. El mundo pareció detenerse en ese cruce de miradas y, cuando recobró el aliento, Sofía no dudó en cuáles iban a ser sus palabras.

—Llévame a la...

—¡Fran! ¡Fran! ¡Ric se ha caído de la silla y le sangra la cabeza!

Sin ser capaces de soltarse, ambos se miraron un par de segundos en los que poco a poco sus mentes volvieron a la realidad. Sofía casi cayó al suelo cuando él la soltó de repente y se frotó los ojos como si se acabara de despertar.

—Vístete. Rápido. Ponte cualquier cosa. Coge tu bolso, allí están las llaves de tu coche, y ven al jardín de Ric. Tu coche sigue allí. Lo llevaremos al hospital de inmediato. De mientras le haré una primera exploración o... lo que haga falta. Date prisa. Puede ser grave.

Dicho esto salió como una bala y ella hizo punto por punto lo que le había dicho, procurando no pensar, de momento, en lo que acababan de hacer, a pesar de que el cuerpo no le dejó de temblar ni un instante.

El coche de Sofía volaba por la carretera, adelantando a cada vehículo que se cruzaba en su camino como en una carrera. Lucas, con un pañuelo blanco asomando por la ventanilla del copiloto, se debatía entre el miedo por Ric y la satisfacción de poder ir delante, solo por esa vez, con la responsabilidad de anunciar con un pañuelo la prioridad de su vehículo.

Atrás, tumbado todo lo largo que era y sobre el regazo de Fran, el accidentado hacía todo lo posible por mantenerse despierto.

—Sigue hablándome de tu trabajo, Ric. ¿Qué escena es la última que has escrito?

Ric se sentía extraño. La mano izquierda de Fran sujetaba unas gasas contra su sien con tanta fuerza que notaba su sangre latir a su paso. Por el contrario, la mano derecha aferraba la suya con delicadeza y ese contacto le hacía sentir completamente relajado. Algo le decía que todo iba a salir bien. Aquel extraño don suyo era sorprendentemente efectivo.

—Estoy un poco atascado en un capítulo crucial de esta novela —confesó—. Los protagonistas discuten y no sé cómo hacer que el culpable de esa situación recupere la confianza de su... amigo.

Fran, que no supo leer entre líneas, ya que desconocía el paralelismo entre el curso de la novela y la vida real de Ric, le respondió con sinceridad.

—¿No se te ha ocurrido que el causante de la discusión se disculpe?

—Sí, claro que sí. Solo que no sé cómo hacer que resulte convincente.

—Que pruebe a ser sincero. O que haga algo muy novelero y el otro no tenga más remedio que

acceder a perdonarlo. Tú eres el creativo. Seguro que se te ocurre algo inesperado.

—Algo inesperado y sincero —rumió Ric, maquinando un par de cuestiones y sonriendo ante las posibilidades que tenía ante sus ojos. Al final, su vecino iba a ser toda una fuente de inspiración. ¿Quién lo hubiera dicho? A simple vista parecía de lo más normalito. Le echó un vistazo a su rostro. Tenía las facciones muy marcadas y con ese pelo casi largo y esos ojos como el acero, bien podría ser el rostro de uno de sus protagonistas. El rictus de su boca era demasiado severo, pero, dadas las circunstancias, no podía culparlo.

—Tienes sangre en el labio. —Ric se señaló el suyo propio en el punto exacto donde Fran lucía una gota de sangre. Él se la lamió y no volvió a brotar ninguna otra gota—. ¿Te has mordido del susto o qué?

—Será eso. Sigue hablándome y no cierres los ojos, ¿vale?

—No ha sido para tanto. —No creía que fuera a desmayarse—. Soy duro de mollera.

—Ya, pero toda mollera tiene su tope de golpes en menos de cuatro meses.

—¿Son acumulativos? —Ni se le había ocurrido algo semejante.

—¿Cuántas veces puedes golpear un huevo sin que se rompa? —le expuso como ejemplo Fran.

—Espero que estemos hablando de huevos de gallina.

Fran rio e incorporó a Ric de su regazo para ayudarlo a salir en cuanto Sofía frenó en la puerta de urgencias.

—Si estás de buen humor es que no te duele tanto tu dura mollera.

—Ven, Ric, cariño, apóyate en mí. —Sofía pasó uno de los brazos del herido sobre sus hombros y ayudó a Fran a sacarlo del coche.

Lucas había ido por su cuenta al interior del hospital y venía encantado con una silla de ruedas, seguido de cerca por dos celadores que pretendían darle caza.

—Te sangra el labio, Sofía —murmuró Ric algo mareado mientras le sentaban en la silla. Desde abajo, miró alternativamente a Sofía y a Fran—. ¿Habéis estado jugando a los vampiros?

Sofía se llevó la mano a la boca y comprobó dónde le sangraba el labio. Esta vez la sangre volvió a brotar ligeramente donde, al parecer, Fran la había mordido.

—¿Cómo se juega a los vampiros, mamá? —preguntó Lucas mientras empujaba la silla junto a uno de los celadores, quien acabó cediendo y le dejó ayudarlo.

—Voy a aparcar bien el coche —indicó, eludiendo responder a su hijo—. Vuelvo enseguida. Lucas, ven conmigo.

—¡No! Tengo que cuidar de Ric —expuso con voz temblorosa—. Se ha caído por mi culpa.

—No ha sido por tu culpa, chaval. Ha sido por esa piedra que hace años que pienso en quitar y nunca encuentro el momento. Si alguien tiene la culpa, soy yo.

Celador, herido y el que había estado, según Ric, jugando a los vampiros miraron al niño con lástima. A Sofía se le cayó el mundo encima al ver la expresión dolida de su hijo. Pero ya le explicaría eso de la culpabilidad cuando aparicara el coche en un sitio donde no bloqueara a las ambulancias.

—Vale, pero no te separes de Fran. ¿De acuerdo?

—Sí, mami.

Acompañaron a Ric hasta donde les dejaron y se sentaron a esperar en una pequeña salita.

—¿Se pondrá bien, verdad?

Los suplicantes ojos de Lucas se centraron en los de Fran, buscando consuelo, aunque también sinceridad.

—Sí. Es un tío duro. —A pesar de la optimista respuesta, el niño emitió un sollozo y a Fran se le cayó el alma a los pies—. No llores. A Ric no le gustaría verte llorar. Pensaría que no confías en que sea duro de verdad.

—Es que ha sido culpa mía —insistió cabizbajo—. Si no hubiera querido jugar conmigo...

—Yo he estado jugando con vosotros. ¿También es culpa mía?

—No. Tú ya te habías ido —razonó.

—Entonces, tal vez... si me hubiera quedado, no se habría caído.

Lucas lo meditó unos instantes antes de negar con la cabeza rotundamente.

—Pero quiso coger un rebote que yo había tirado muy mal. Ha sido culpa mía.

Fran suspiró, y pensó en lo único que se le ocurrió.

—Sabes, yo tuve un hijo. Y una mujer.

—¿Ya no los tienes?

—No. Murieron hace dos años.

La cara del muchacho empalideció. Fran creyó romper a llorar cuando le dio la mano y se la apretó con un gesto cariñoso que sin duda había aprendido de su madre.

—No lo sabía. Lo siento mucho.

—Gracias. —Liberó su mano y le acarició la cabeza—. Yo también me sentí culpable mucho tiempo. Por no estar con ellos, por no haber podido evitarlo, por haber discutido con mi mujer justo antes de que ocurriera.

—¿Cómo murieron?

—Los atropelló un coche.

—¿Cómo a Ric?

—Parecido, pero ellos no tuvieron tanta suerte. —Suspiró y, una vez más, se sintió agradecido de dejar salir esas palabras de dentro de él. Poder hablar de ello sin hundirse era todo un alivio—. ¿Tú crees que fue culpa mía?

—No —la respuesta fue categórica—. Tú no conducías. ¿O sí?

—No. Pero no estaba con ellos. Y mi obligación era cuidar de mi familia.

—No podías saberlo. Nadie puede adivinar que va a pasar... eso.

Exacto. Y ahí era adonde pretendía llegar.

—¿Cómo se ha caído Ric?

—Por la piedra que hay bajo el roble —respondió tras un par de vueltas a sus recuerdos.

—¿Quién la puso ahí?

—Nadie. —Se encogió de hombros—. Saldría de la tierra. No es un ser vivo, es inerte. Lo he estudiado en el colegio.

—Pero Ric no la quitó a tiempo. ¿Es culpa suya?

—No... bueno, lo iba a hacer... pero no encontró el momento.

—Entonces, o es un accidente, o es culpa de la piedra. ¿Tú qué crees?

Lucas notó que Fran usaba el tono que había empleado en más de una ocasión en la que le había estado ayudando con los deberes. Sabía que solo una de las respuestas era la correcta. Y no podía fallar.

—¿Un accidente?

—Exacto.

—Yo quitaré esa piedra por él. —Pensó cómo hacerlo y se dijo que si Ric no lo había hecho hasta ahora no iba a ser tan fácil como levantarla sin más—. ¿Me ayudarás?

Fran estudió la cara esperanzada de un niño que le había robado el corazón de un modo muy distinto a su madre, pero con una fuerza similar.

—Cuenta con ello, campeón.

Sofía llegó corriendo y Fran contuvo un escalofrío mordiéndose su propio labio al volver a ver otra gotita de sangre brotando del de ella.

—Aún no sabemos nada. —Se adelantó para que respirara y no preguntara. No debía hacer sobreesfuerzos—. Pero, ahora que estas aquí, voy a utilizar mis influencias de médico para que me dejen pasar. Este era mi hospital —reveló, y se alejó por un pasillo.

Apenas se había sentado junto a su hijo cuando el teléfono de Sofía sonó dentro del bolso.

—Paula, hola.

—¿Se puede saber dónde demonios estáis? He tocado el timbre de casa de Fran y de Ric y no hay nadie. ¿Ha pasado algo?

Mordisqueándose el labio inferior nerviosamente, Sofía buscó el modo menos alarmante de explicarle lo sucedido.

—Sí, Pau. Ha pasado algo...

Ric dejó que Fran empujara su silla hasta la salida. Una vez allí, se levantaría por su propio pie. Estaba harto de las sillas de ruedas. Además, el golpe no había sido para tanto. Él se encontraba casi perfectamente.

—Desde luego, últimamente no me dais más que disgustos. —Paula se apartó de su sobrino, al que sostenía por los hombros desde que habían visto aparecer a ambos hombres por la puerta, y se detuvo de frente a Ric—. ¿Es posible que te quede alguna neurona viva ahí dentro?

Ric hundió el cuello entre los hombros cuando Paula le dio dos golpecitos en la única parte de la cabeza que no llevaba vendada.

—Ay —se quejó. Igual sí le dolía un poquito.

—En principio solo ha sido una herida superficial —explicó Fran a ambas mujeres y al niño, que se acercaba fascinado a inspeccionar el aparatoso vendaje—. Le han tenido que dar seis puntos. Como no parece haber daños internos, nos dejan llevarlo a casa con la condición de tenerlo vigilado.

—Vaya suerte la tuya tener un vecino médico —observó Paula con los brazos cruzados sobre el pecho.

Ric comprendió que estaba enfadada con él. Por su torpeza, supuso.

—Y ahora que Sofía ya puede volver a su casa, tendrá tiempo para vigilar que no te vuelvas a tirar de cabeza.

—No me tiré de cabeza. La silla volcó —se excusó ofendido—. ¿Y a ti ya te ha dado el alta nuestro médico? —bromeó mirando a Sofía.

—Supongo que sí —respondió el propio Fran, aunque añadió con inseguridad—: ¿Volvéis a casa? ¿Hoy mismo?

Sofía asintió con la cabeza. No había razón para retrasarlo más. Así lo había pensado ella esa mañana, y así lo había razonado también con Paula en la sala de espera. Claro que delante de Lucas no iba a explicarle lo sucedido en el balcón. Miró a Fran con culpabilidad.

—Os acompañamos, recogemos nuestras cosas y nos vamos. Además, mañana es lunes —continuó, pues se veía en la obligación de dar toda serie de argumentos lógicos—. Yo me reincorporaré a mi trabajo y así Paula podrá volver al suyo.

—Vuelta a la normalidad —confirmó su amiga, mirando fijamente a Ric como si ese mensaje fuera exclusivamente dirigido a él.

¿Normalidad?, pensó Ric. Nada volvería a ser como antes. Él no estaba dispuesto a que así fuera. Solo necesitaba unos pocos días más para recuperarse y... Bueno, aún tenía que idear una estrategia de seducción. Pero la encontraría.

—Pero... —Lucas se acercó a Fran y le susurró al oído, lo que no impidió que todos lo oyeran—. Tú y yo tenemos aún algo que hacer. ¿Verdad que sí?

—Claro. —No iba a desatender su promesa de ayudarlo con la traicionera piedra—. Cuando quieras. Pero pídele permiso a tu madre —le advirtió de inmediato.

—¿Permiso para qué?

Lucas se acercó a Sofía y volvió a susurrar sin mucho éxito.

—En casa te lo cuento. Es secreto.

Capítulo 9

A pesar de la lluvia que chorreaba por su frente entrándole irremediablemente en los ojos, Fran pudo ver el coche de Sofía aparcado en casa de Ric. Era jueves por la mañana, por lo que se preguntó qué hacía ella allí si ese no era uno de los días que trabajaba para su vecino. Calado hasta los huesos, entró en casa casi de puntillas. Había salido a correr a las ocho de la mañana. Y una hora más tarde, había vuelto igual que como se había ido, solo que ahora estaba exhausto. Apenas había pegado ojo en toda la noche, consciente de que esa tarde Sofía iría a su casa a cumplir con sus tareas de cuatro a ocho. ¿Y qué se suponía que debía hacer él mientras tanto? ¿Irse y dejarla trabajar? No se habían llamado ni se habían visto desde que trajeron a Ric del hospital. Él quería haberla llamado, incluso estuvo tentado de pasar por casa de Ric el lunes y el miércoles sabiendo que estaría trabajando allí, pero no le pareció un lugar apropiado para lo que tenían que hablar, y menos con otro hombre delante.

Ella tampoco le había llamado a él. Lo había comprobado en el móvil y en el contestador del teléfono fijo. Varias veces al día. ¿Estaría arrepentida de lo que había sucedido entre ellos? ¿Se sentiría avergonzada? No parecía una mujer tímida en absoluto. Pero él temía que el problema principal fuera que, de alguna manera, primara entre ellos la relación jefe-empleada. Dejando al margen la semana que había pasado cuidando de ella y de su hijo como lo hubiera hecho un novio o incluso un marido, ella trabajaba para él y había dejado bien claro que lo más importante en su vida eran su hijo y el trabajo que le permitía vestirlo, educarlo, que le daba un techo y alimento. ¿Crearía que podía perder uno de sus trabajos, aunque no fuera al que más horas dedicaba, si entre ellos sucedía algo más personal?

El mar de dudas le inundaba la cabeza al igual que el agua de los charcos había anegado sus zapatillas de correr. Se las sacó de un puntapié y caminó de puntillas hasta el baño del piso de abajo, para no mojar toda la casa de camino a la ducha de arriba. Se dijo que debía ducharse deprisa y, casualmente, pasar a visitar a su vecino, para ver qué tal se encontraba. Y, de paso, le dejaría caer a ella que tenían que hablar, en su casa, a solas. Sí, era un buen plan. Al menos, el único que tenía.

Sofía salió de casa de Ric apenas media hora después de haber llegado. Ese día no había acudido allí a trabajar, sino a negociar. Y entre los dos habían reorganizado con éxito sus horarios de tal forma que a ella le encajaban con su nueva situación laboral, pero sin dejar desatendidas las necesidades de Ric. Ojalá todos sus jefes fueran como él. Sabiendo que él era así, lo había dejado para el final, de forma que los horarios de su casa fueran, de alguna manera, los sobrantes del cuadrante semanal que ella había dibujado minuciosamente. Ahora le quedaba la peor parte. Hablar con Fran. Y se sentía absolutamente miserable por ello. No quería que pensara que lo que había pasado entre ellos la había llevado a tomar esa decisión. Pero era la más lógica, si se pensaba fríamente. Si no se hacía con frialdad, parecía que lo estuviera abandonando, cuando lo que ella más deseaba en esos momentos era todo lo contrario.

Usó su llave para entrar después de llamar varias veces y que no respondiera. Había luz en la entrada, por lo que Fran debía de estar en casa. Tal vez estuviera con los auriculares puestos y subido a una de sus máquinas de gimnasio. La sola idea de imaginarlo sudoroso y con la respiración agitada por el ejercicio hizo que su corazón se acelerara estrepitosamente.

Lo llamó y se dirigió a la cocina. Después al salón. No estaba allí. Subió entonces al primer piso

y comprobó enseguida que en el cuarto que usaba de gimnasio no había nadie. Llamó tímidamente a la puerta cerrada de su habitación y, al no obtener respuesta, la abrió. La cama estaba hecha. A las nueve de la mañana. ¿No había dormido en casa esa noche? Llamó entonces a la puerta del baño, con un debate interno entre querer o no encontrárselo allí. Una silueta musculosa detrás de una cortina mojada apareció en su mente lascivamente imaginativa. Abrió la puerta casi sin llamar previamente y sintió más decepción que alivio cuando vio que no había nadie allí tampoco. ¿Dónde demonios se habría metido? ¿Se habría ido de casa y habría olvidado apagar la luz de la entrada?

Necesitaba hablar con él. En persona, no podía decirle aquello por teléfono. Le dejaría una nota. Que la llamara o le mandara un mensaje y le dijera cuándo podría encontrarlo en casa. Entonces ella iría a verlo para hablar de... temas laborales. Sí, ese término era el más apropiado. Convencida de su plan, se dispuso a bajar la escalinata para buscar el bloc de notas del cajón de la cocina.

Nada más apoyar los dedos en el pasamanos, lo vio. Aun así, no pudo evitar bajar tres o cuatro escalones impulsada por la inercia de sus movimientos y el impacto de la visión. Fran subía por la escalera en ese momento, aunque se detuvo en seco en cuanto la vio, en el tercer o cuarto peldaño, por lo que solo les separaban unos cinco. Distancia más que corta para que los ojos de Sofía la delataran. ¿Cómo le decía una a un hombre semidesnudo, del cual está enamorada como una quinceañera, que lo abandona, aunque solo sea laboralmente?

—Hola. No te he oído entrar.

Fran, con una toalla no muy grande a la cintura y otra aún más pequeña en los hombros y con la cual se había estado secando el pelo despreocupadamente hasta un segundo después de verla, subió un peldaño más con la mirada clavada en la de ella.

—He llamado varias veces —se justificó Sofía e inmediatamente retrocedió un paso, recriminándose haber encerado tan a conciencia el pasamanos y que ahora sus dedos se resbalaran hacia él.

—Estaba en la ducha de abajo. —Señaló con el pulgar sobre su hombro—. He salido a correr. Y he vuelto tan mojado que...

—Si te duchabas abajo, no solo harías por fin uso de ese cuarto de baño olvidado, sino que así no mancharías las escaleras ni el pasillo. Además, reducías las posibilidades de coger una pulmonía al pasar menos tiempo mojado... aunque solo fueran unos segundos, y aunque ahora yo te haya hecho quedarte ahí... con tan poca ropa.

¿Qué narices estaba diciendo? ¿Por qué no podía parar de parlotear de tonterías? Sofía se mordió la lengua para no seguir hablando.

—Más o menos. —Fran dio otro paso hacia ella y Sofía tropezó con el escalón superior, lo cual la hizo tambalearse y volverlo a bajar torpemente.

—Me temo que lo que hayas manchado hasta hoy... será lo último que vaya a limpiar.

Fatal, había sonado absolutamente horrible, incluso ofensivo, tanto para él como para ella. ¿Quién demonios la había dejado volver a hablar?

—¿Cómo? —Fran subió otro escalón.

Sofía trató de concentrarse mejor para explicarle con claridad la conclusión a la que había llegado con respecto a su relación laboral. Pero una gota de agua se estaba deslizando por un mechón de su pelo hasta que le cayó en la mejilla, haciéndola parecer una lágrima. Se sintió terrible y absurdamente culpable de lo que iba a decirle y apartó la vista de la presunta lágrima. Pero fue aún peor, porque entonces vio otras gotitas deslizarse por su torso, un torso más que estupendo, y la boca se le secó por completo.

—A ver si soy capaz de explicarme... Una de las chicas de la frutería donde trabaja Paula y donde yo trabajo a veces ha encontrado otro empleo y Paula me ha propuesto para que la sustituya. El jefe está de acuerdo, así que empiezo el lunes. Con contrato indefinido después de un mes de prueba.

—Caramba... Eso es estupendo. Enhorabuena.

—Gracias. Pero eso implica una reestructuración total de mis horas laborales. Trabajaré una

semana de mañana y otra de tarde, de lunes a sábado, por lo que tendré que hacer malabarismos con los dos chalets, las sesiones de plancha que hago en mi casa y pasar solo una en lugar de tres veces por semana por casa de Ric. Estando como está, no puedo dejarlo colgado ahora mismo.

—Por supuesto que no.

—Así que, si le sumamos mi propia casa, mi hijo y dormir al menos seis horas al día —enumeró con los dedos de una mano—, me resulta imposible seguir trabajando aquí cuatro horas semanales.

Fran levantó una ceja y deslizó la toalla de sus hombros hasta apartarla a un lado. Después se secó la frente con ella y se echó el pelo hacia atrás.

—Lo comprendo —dijo tras unos segundos de silencio.

Por su tono, a Sofía le pareció que lo que decía comprender no era lo que ella quería explicar.

—No es porque tu casa sea la última que he aceptado ni por ninguna otra cosa, nada más allá del simple hecho de que no dispongo de ese tiempo y tú, realmente, no me necesitas.

La ceja de Fran subió aún más alto y sus pies avanzaron otra escalera.

—¿Estás segura de eso?

Evidentemente, no estaban hablando de lo mismo. Sofía empezó a temblar.

—Quiero decir que... —¡Cielos! ¿Cómo arreglarlo ahora?—. Tú te las apañas solo perfectamente. Lo poco que hago aquí los jueves a la tarde ya lo haces tú el resto de la semana. Excepto la limpieza de los baños, la cocina un poco más en profundidad, y el tema de la ropa, eres un amo de casa la mar de perfecto. —Eso le había sonado raro, pero prosiguió—. Aun así, si realmente necesitaras que siguiera con la plancha, podría ver dónde encajar un par de horas a la semana y hacerlo en mi casa. Me la llevaría cuando viniera a casa de Ric y te le traería dos días después, a ver, podría ser los martes o...

Completamente fascinado, Fran observó cómo Sofía sacaba una hoja del bolso, donde había una tabla llena de colores como el horario escolar que había visto pegado en la carpeta de Lucas. Sin que ella pudiera evitarlo, ya que no lo esperaba, se lo arrebató y lo leyó.

—Esto está milimétricamente calculado y cerrado. ¡Me temo que no tienes dos horas a la semana para mí!

Perfecto. Eso había sonado realmente mal, o eso le pareció a Sofía. Si él quisiera, tendría muchas más horas para él, pero no precisamente para plancharle la ropa.

—Es revisable, de verdad. Vaya, me siento fatal. Si en serio lo necesitas, tengo un par de amigas que se ocupan de algunas casas y...

No la dejó seguir. Metió el folio doblado por la mitad de nuevo en su bolso, para lo cual tuvo que subir otro peldaño, y deslizó la mano que no sujetaba la toalla por el pasamanos, aproximándola sinuosamente a la de ella.

—¿Esto significa que, desde este preciso momento, ya no trabajas para mí?

—Supongo que... así es. Imagino que no tendré que avistarte con quince días de antelación ni nada parecido, o escribir una carta de dimisión o... —tragó saliva—. La tarde de hoy podría hacerla de todas formas.

Él la detuvo, sujetándola por la muñeca antes de que retrocediera más.

—¿Significa que ya no soy tu jefe?

—Sí. No. Quiero decir que... —¡Por Dios! ¿Por qué estaba tan nerviosa? ¿Y por qué él la miraba de esa forma? No pretendería... Ay, sí, sí parecía que pretendía... algo—. Ya no eres mi jefe, ni yo tu empleada.

—Muy bien.

Con los ojos como platos, Sofía le vio tirar la toalla que tenía en la mano y deslizarle la correa del bolso por el hombro hasta que cayó al suelo.

—Eso nos deja en igualdad de condiciones.

Aún estaba asimilando sus palabras cuando se sintió levantada por la cintura y depositada en su hombro como un saco.

En un suspiro estaban en su habitación y Fran cerraba la puerta de una coz. Se vio a sí misma

reflejada en el espejo que había sobre la cómoda, al igual que vio sus anchas espaldas un segundo antes de caer como una muñeca contra la cama y, casi al mismo tiempo, sentir a Fran gatear de rodillas sobre ella.

—Creo que el otro día nos habíamos quedado precisamente en este punto. ¿Era aquí donde querías que te llevara?

No pudo contestar, ya que su boca la asaltó y sus manos comenzaron a desnudarla febrilmente. La ropa voló más rápido que si se la hubiera quitado ella misma, y en su embotada mente hubo un segundo para pensar si no la habría rasgado en vez de desabrocharla.

—Dios, estos zapatos horribles empiezan a parecerme de lo más sexis.

—Yo opino lo mismo de tu toalla —alegó ella, con las manos abarcando los músculos de su espalda.

—¿Qué toalla?

Cuando abrió los ojos, Sofía vio que Fran lanzaba la prenda bien lejos, cayendo junto a sus horribles zapatos.

—Llevo toda la semana pensando en esto —confesó ella jadeante, recorriendo sus hombros, su espalda y su pecho sin cesar.

—Yo lo llevo pensando desde hace bastante más —admitió él mientras le lamía la garganta—. Prácticamente desde la primera vez que te vi. Incluso cuando aún pensaba que eras la esposa de Ric.

—Eso está muy mal —bromeó ella, fingiendo un gesto escandalizado y apartándolo ligeramente para mirarlo a los ojos.

—Lo sé. —Le mordió la barbilla y le besó la punta de la nariz—. Suerte que no seas la mujer de otro.

Esas palabras la hicieron arder tanto como la boca de él bajando por su cuello y deteniéndose en sus pechos para darse un festín con esa sensible parte de su anatomía.

—¡Dios! Soy tuya, solo tuya —gimió, retorciéndose ante la exquisita tortura a la que la estaba sometiendo Fran.

Sus enormes y cálidas manos se deslizaron por su vientre y, levantándole por las caderas con un brazo, usó la otra mano para buscar otra parte sumamente sensible, completamente mojada y dispuesta para él.

—He soñado con tu sabor cada noche desde que te besé —murmuraba Fran mientras bajaba más y más depositando pequeños besos por todo su cuerpo—. Quiero saborearte más, y quiero que grites de placer mientras lo hago.

No fue difícil cumplir sus peticiones. Con una pericia que debería premiarse con algún tipo de trofeo, la boca de Fran hizo maravillas entre las piernas de Sofía, obligándola a retorcerse y gritar tal y como él había solicitado, y mucho más.

Cuando parecía que no iba a poder sentir más de lo que estaba sintiendo, Fran sustituyó su boca por dos dedos y la distrajo mientras buscaba en el cajón de la mesilla algo que hacía mucho que no usaba, pero que había dejado allí al día siguiente de haberla besado, por si el milagro de tenerla en su cama llegaba a sucederse.

—Hace mucho que no estoy así con una mujer —susurró en su oído a la vez que se subía sobre ella—. No te extrañe si... Bueno, estoy terriblemente excitado.

—Fran... Esta vez la que se va a morir soy yo... si no me penetras ahora mismo.

Contuvo una carcajada, pero descubrió que la necesidad de ella no había sido en absoluto exagerada. Sintió cómo sus piernas envolvían sus caderas aferrándolo a ella, exigiendo que entrara más profundamente. Con más fuerza. Con más velocidad. Y cumplió sus deseos al igual que ella había satisfecho los de él.

Fran se dejó llevar y se olvidó de todo, pensando solo un instante que tendrían tiempo, todo el del mundo, para repetirlo todo más lentamente, para saborear cada segundo y cada centímetro de piel.

Rodaron en la cama, ella se subió a él antes de que él volviera a rodar para mantenerla debajo

de nuevo. Fue una lucha que parecía una danza y, cuando ya no pudo más, se dejó vencer por ella, dejándose ir por completo bajo su abrazo, bajo su cuerpo montado en el de él. La vio arquearse hacia atrás en la última embestida, y pensó que tenía el cuerpo más hermoso del mundo. Que estaba completamente embrujado por esos ojos que ahora lo miraban con complicidad. Y que la vida por fin volvía a sonreírle.

Sin salir de ella, giró y la abrazó acurrucándola contra su pecho. Se dijo a sí mismo que ese sería el lugar donde ella estaría de ahora en adelante. Porque allí era donde pertenecía. Nadie podría hacer que no fuera así. Esa era una promesa que se hacía a sí mismo.

—¿Le diste pecho a Lucas?

—¿Qué? —Sofía se revolvió entre los brazos de Fran—. ¿A qué viene esa pregunta?

—No lo hiciste.

—Claro que lo hice —carraspeó algo incómoda—. Quiero decir que tuve la suerte de poder hacerlo. Hasta que tuvo año y medio. Luego tuve que trabajar para mantenerlo.

—Parece mentira que lo hicieras.

Ella se giró lo justo para mirarlo a los ojos.

—¿Se puede saber por qué?

—Tienes unos pechos perfectos, erguidos, del tamaño justo para mis manos. —Los abarcó para demostrárselo—. Estás diseñada para mí.

—¿Si no lo hubieran sido no encajaríamos? —La idea la ofendía.

—Encajamos en todos los sentidos. En todos. —La atrajo más hacia sí y sintió su erección enorme de nuevo entre sus nalgas—. Este es uno de muchos. Uno especialmente agradable. —Lo más rápido que pudo, se colocó un preservativo y la penetró desde atrás con decisión—. ¿No estás de acuerdo?

—Totalmente.

La invasión fue sumamente profunda por la postura, pero Fran necesitaba más, ansiaba más, y giró hasta retenerla firmemente bajo él. Sofía gritó con la boca amortiguada por la almohada, pidiendo más, alzando como podía las caderas en busca de más.

Cuando Fran se clavó por última vez con fuerza en ella, su boca se abrió camino entre su desmadejada melena hasta alcanzar su oreja y susurrar:

—Sí, te daré más. Mucho más —respondió a sus recientes exigencias—. Esto es solo el principio de todo lo que deseo hacerte. Solo el principio.

—Tengo que irme —jadeó Sofía tras el tercer encuentro de esa mañana.

Habían bajado a la cocina a comer algo y habían acabado sobre la mesa, desnudos de nuevo, en honor a una cuenta pendiente que ambos tenían sobre ese mueble.

Fran la ayudó a incorporarse y la besó posesivamente.

—¿Cuándo volveré a verte?

Si su cuerpo no estuviera ya como la plastilina, se habría deshecho entre sus brazos en ese preciso momento.

—Mañana iré a casa de Ric. Lucas lleva toda la semana dándome la vara con vuestra misión secreta con esa dichosa piedra. Podríais dedicar un rato a ello y después...

—Quedaros el fin de semana.

—¿Qué?

—Todo el fin de semana. Había pensado que podríamos pintar la piedra con temperas y colocarla en la entrada de casa de Ric, como un obelisco de bienvenida. A Lucas seguro que le encanta la idea.

—¿Y vais a dedicar todo el fin de semana a eso?

Mientras recuperaba su ropa tirada por todas partes, Fran la siguió hasta volver a atraparla entre sus brazos.

—No. Ratitos sueltos. Otros pretendo dedicártelos a ti.

Un mordisco en el lóbulo de su oreja la hizo estremecerse de arriba abajo.

—Así que vuestra misión es solo una excusa —chasqueó la lengua—. No me gusta mentirle a mi hijo.

—¿Prefieres que le digamos que voy a colarme en tu cama en cuanto él se duerma?

—Será yo en la tuya —corrigió—. Ya no estoy enferma. Debería ser yo la que durmiera en el cuarto de dos camitas con él.

—¿Y privarnos de nuestras charlas de hombre a hombre antes de dormir? Ni hablar.

—¿Qué charlas? —No podía estar más perpleja.

—¿No te ha contado nada? —Sonrió de oreja a oreja cuando ella lo negó y se llevó las manos a las caderas—. Entonces no seré yo quien delate a mi confidente.

Sofía sacudió la cabeza y trató de no darle muchas vueltas a aquellas revelaciones. Su hijo y el hombre del que estaba completamente enamorada se llevaban a las mil maravillas. Aquello era demasiado bueno para ser verdad.

Ya con todas sus pertenencias recuperadas, se dirigió a la salida escoltada por Fran.

—¿Te pasarás luego a echarle un ojo a Ric? Antes me ha parecido que tenía la venda mal puesta, como si se la hubiera quitado y vuelto a poner.

—Sería la tercera vez esta semana. No aguanta el vendaje.

—¿Y no podrías quitárselo? —solicitó con un puchero infantil.

—Ya veremos. —Fran puso gesto serio—. El cuerpo se toma su tiempo. Y no porque él tenga prisa por quitarse los puntos, para lo que sea que se traiga entre manos con tu amiga Paula, va a sanar más rápido.

Sofía lo miró con los ojos como platos.

—¿Y tú cómo sabes... eso?

—Saber no sé nada en concreto. Pero él no para de decir que tiene algo muy importante que hacer. Y el día que estuvimos en el hospital, era obvio que entre ellos dos había pasado algo. De hecho —meditó—, aquella vez que cenamos en su casa nada más conocernos ya se percibía cierta tensión entre ellos.

—Menudo ojo el tuyo —farfulló Sofía.

—Me parece que harían una buena pareja —divagó en alto—. Pero no pienso meterme en sus asuntos. Y tú tampoco deberías —alegó al ver en su rostro que ya había algo pasándole por la cabeza.

—Es mi amiga —se justificó—. La ayudaré en lo que pueda.

Calló las protestas de Fran dándole un delicioso beso antes de marcharse con sus saltitos de Caperucita por el jardín.

—Os espero para el fin de semana —le recordó él mientras atravesaba la verja.

Ella se giró, le sonrió de aquella maravillosa forma que le atravesaba el corazón y lo saludó con la mano.

—Y para el resto de mi vida —declaró para sí.

Capítulo 10

—Sofía ha pasado toda la mañana en tu casa —se decidió a dejar caer Ric mientras Fran le quitaba con sumo cuidado los puntos de la última herida de su cabeza—. Su coche ha estado aparcado en mi jardín hasta casi la una.

—Lo sé. Yo también estaba allí —dijo con voz casi tan cortante como su bisturí.

—¿Tanto os ha costado reorganizar las horas que va a trabajar para ti?

Fran esperó a cortar el punto que se le estaba resistiendo antes de responder.

—No va a volver a trabajar para mí.

—Lo imaginaba. —Tras unos segundos de silencio, continuó su interrogatorio—. ¿Entonces qué habéis estado haciendo? ¿Jugar a los vampiros otra vez?

Fran contuvo las ganas de arrancarle el último punto de cuajo. Contó hasta diez, terminó su labor y, tras aplicarle el desinfectante cuidadosamente, se plantó delante de Ric.

—¿Qué eres ahora? ¿Su hermano mayor?

Ric no se amedrentó a pesar de la severa mirada de su vecino.

—Solo un amigo que se preocupa por ella y que no quiere que le hagan daño.

—Yo nunca le haría daño.

—Tal vez no intencionadamente —le concedió, pues Fran le parecía un buen tipo, y lo había demostrado en multitud de ocasiones—. Pero si para ti es solo un juego y ella acaba sintiendo algo más, sufrirá.

—No hemos estado jugando a nada. No tenemos quince años.

—Y además está Lucas —insistió Ric, obviando su comentario.

—Créeme que no lo he pasado por alto ni un solo segundo.

—Vale. Solo quería asegurarme.

Ric se levantó y se inspeccionó la cicatriz en el espejo del baño. Una más a la colección.

—Van a pasar este fin de semana en mi casa —decidió confesarle Fran. En el fondo, se alegraba de que Ric pretendiera proteger a Sofía de un posible sufrimiento, aunque eso a él no le dejara en muy buen lugar.

—¿Así que ya es oficial? ¿Tenéis una relación?

Fran se dio cuenta de que había dejado marchar a Sofía sin definir con palabras qué era lo que tenían exactamente. Ocultó su mirada confusa en los utensilios que se dedicó a limpiar y recoger.

—¿Sois novios, pareja, amantes...?

—¿Y Paula y tú? —contraatacó al sentirse acorralado—. ¿Habéis definido lo vuestro?

Ric se golpeó el pecho con un puño.

—*Touché.*

—Os he visto juntos y se ve que os traéis algo. Algo complicado. Y que por alguna razón ella está enfadada.

—Caramba. ¿Tu don trae consigo la capacidad de leer la mente?

—No, solo las miradas. Y vosotros os atravesáis con los ojos.

Ric resopló y salió del aseo para dejarse caer sobre el sofá. Fran lo siguió al cabo de un rato y se sentó a su lado.

—¿No le habrás hecho nada malo? —quiso asegurarse, devolviéndole la moneda.

—La verdad es que sí. —Se frotó la cara con rabia y soltó un pequeño grito bajo sus manos—. Le he mentado durante varios años.

Fran lo observó en silencio. Se le veía arrepentido, incluso algo deprimido.

—Nunca hubiera dicho que eras de los que mienten —dijo con convicción.

—Y no lo soy. Es algo que no pude evitar.

—¿Y no puedes decirle la verdad ahora?

—Sí. Pero no sé cómo. —Lo miró esperanzado—. A lo mejor a ti se te ocurre alguna idea.

—No creo... —se apartó instintivamente un poco de él.

—Tú solo escucha la historia, ¿vale? Y guarda mi secreto. Ni se te ocurra decirle nada a Sofía.

—Empezamos mal —protestó, pero antes de poder negarse, Ric ya estaba confesándose.

—Conocí a Paula el día que entré por primera vez en la frutería que trabaja. Me atrajo la perfección de los productos que vendían, pero en cuanto la vi a ella detrás de un mostrador, la fruta ya me dio completamente igual.

—Amor a primera vista —concluyó Fran con una sonrisa.

—Sí. Y en ese momento, me dio la sensación de que aquel flechazo había sido mutuo. Así que volví cada semana a hacer mi compra, tratando de conocerla un poco más cada vez. Ella me dejaba flirtear abiertamente, como si fuera un juego inocente, aunque en el fondo ambos sabíamos que no era eso.

»Pero aquello se vio interrumpido por un viaje de un mes para promocionar una de mis novelas. Y cuando volví, antes de ir a verla con la decisión de pedirle una cita, acudí a un concierto al que iban varios amigos míos. Uno de ellos, Álex, llevaba meses diciéndome que tenía que conocer a su mujer. Y ese día estaba en aquel concierto también.

—Oh, oh —se le escapó a Fran, imaginándose lo que venía a continuación.

—Ella no me vio. Yo estaba saludando a otros amigos en ese momento y cuando volví al círculo donde estaba Álex, lo vi rodeándole los hombros con un brazo y diciéndole algo al oído antes de darle un beso en los labios.

—¿Y qué hiciste?

—Me marché inmediatamente. Y evité por todos los medios a Álex siempre que pude. Tampoco volví a la frutería en un par de meses, hasta que no pude más. Tenía que volver a verla. No entendía que se hubiera comportado así conmigo estando casada con mi amigo, que es un tío majísimo. Además de ese estilo que atrae a las chicas de inmediato, ya sabes, atractivo.

La verdad era que, aunque Fran conocía a Paula de poco tiempo, tampoco le había dado la impresión de que fuera capaz de algo así.

—¿Seguiste flirteando con ella?

—No. Ya no volví a comportarme así. Simplemente hacía mi compra y listo. Hasta que un día, sin que ella y una de sus compañeras se dieran cuenta de que había entrado un cliente, las oí hablando de su separación.

—Así que Paula está separada. —Aquello le produjo un pequeño alivio. Aconsejar en ese caso le iba a resultar menos complicado.

—Lo último que sé es que Álex apareció hace dos años en mi casa, borracho como una cuba, llorando porque ella le había enviado los papeles del divorcio. Él me aseguró que no los firmaría jamás. Que seguía enamorado de ella y que, tarde o temprano, la reconquistaría.

—Vaya panorama. —El alivio le duró poco—. ¿Y qué pasó después?

—No he vuelto a saber de él directamente. Solo sé que lleva todo el año en Estados Unidos. Es surfista, hijo de padres ricos. No trabaja para vivir, no sé si me explico.

—Sí, me hago una idea. —Fran analizó la situación—. Así que no sabes si Paula está divorciada o solo separada.

—No.

Eso lo carcomía por dentro.

—Pero sabes que lleva al menos un año sin verlo.

—Probablemente.

—Aunque no sabes por qué quiso el divorcio.

—Álex nunca me lo dijo. —Aún no entendía por qué—. Y yo no he hablado nunca de eso con ella.

—Pero te consta que siente algo por ti —sentenció Fran, sin saberlo a ciencia cierta.

Esta vez Ric dudó antes de decirle la verdad tan detalladamente.

—Nos hemos besado, dos veces. Y ella me dijo que... quería algo más que ser solo mi amiga.

Fran golpeó el hombro de Ric con un puñetazo de camaradería.

—Eso está muy bien.

—Pero luego me dijo que no se creía que yo quisiera algo más con ella, porque nunca había demostrado que así fuera.

—Al principio de vuestra relación sí.

—De eso hace más de cuatro años. —Se rascó la cabeza pero se detuvo en cuanto rozó la recién cerrada cicatriz. Contuvo un escalofrío de aprensión—. ¿Qué hago, Fran?

Su vecino lo miró comprensivamente. El asunto era peliagudo. Pero tal vez fuera porque él estaba flotando en esos momentos en su propia nube del amor que le pareció que Ric tenía amplias posibilidades de triunfar también.

—Yo, en tu lugar, le demostraría hasta qué punto me interesa. No me limitaría a decírselo y ya está.

—¿Cómo? —exigió saber.

—Ya estás mejor. —Golpeó su rodilla con los nudillos—. Puedes andar sobre la muleta con cierta soltura.

—Es cierto. —Para demostrarlo, se puso en pie y dio varias vueltas al sofá mientras Fran seguía con sus conclusiones.

—Y si te peinas hacia abajo, no se te verá esa cicatriz.

—Es importante estar guapo.

—Suele ayudar. —Rio—. Así que yo me presentaría en su casa sin avisar y le llevaría un enorme ramo de flores. No falla, por algo es un clásico. Y una vez allí, le diría lo que siento, sin tapujos.

Ric se volvió a sentar como si de pronto se hiciera pequeñito.

—Hay un problemilla con eso —murmuró.

—¿Es que no sabes lo que sientes?

—No, eso lo tengo clarísimo. —Se rio de sí mismo—. Me he estado engañado, a veces más y otras menos, pero la verdad siempre sale a flote. Sobre todo cuando la tengo delante.

—¿Entonces cuál es el problema?

—No tengo ni idea de dónde vive.

Fran se rio a carcajadas y le dio otro puñetazo de camarada en el hombro.

—Si ese es el único de tus problemas, estás de suerte. Porque yo fui un día de la semana pasada a buscar a Lucas a casa de su querida tía Paula. Y, casualmente, sé que esta semana trabaja de mañana. Lo que significa que...

—Es posible que esté en su casa ahora mismo. —Se levantó de golpe, como impulsado por una fuerza renovada—. Perfecto. Me ducho y... ¿me llevas en tu coche a una floristería antes de acercarme a su casa? ¿Por favor? —añadió con cara de niño bueno.

Fran parpadeó confuso, preguntándose cómo se había metido en ese lío.

—Claro —aceptó sin ver posibilidad alguna de escapar.

—Tardo diez minutos.

Mientras lo veía cojear de vuelta al baño, Fran se dijo que acababa de desoír el consejo que esa misma mañana le había dado a Sofía. No meterse en los asuntos de los demás.

Cuando el timbre de la entrada sonó, Paula dejó la plancha sobre la tabla y bajó el volumen de la tele. No había quedado con Sofía hasta la hora de la cena. Pero como el motivo era celebrar su nuevo contrato en la frutería, imaginó que querría empezar los festejos cuanto antes.

—¡Que empiece la juerga! —exclamó según abría la puerta.

La sonrisa de bienvenida se le borró en cuanto vio a Ric apoyado contra el marco. Con un ramo de flores enorme pero algo deshojado en una mano y las muletas en la otra. Con la cara desencajada y sudorosa. Casi sin aliento.

Después de unos instantes de impacto, ató cabos y se llevó las manos al rostro con horror.

—¡Dios mío! ¡El ascensor! Sigue estropeado... ¿verdad? —Él solo asintió con la barbilla y extendió el ramo hacia ella, quien lo cogió con ambas manos—. Pasa, pasa.

Lo vio caminar con suma dificultad apoyado en las muletas. En cuanto pudo cerrar la puerta, Paula apoyó las flores en una mesa y se dedicó a quitar los montones de ropa doblada que acababa de planchar.

—Siéntate aquí —le indicó, sosteniéndole de un brazo para ayudarlo.

—Gracias —jadeó antes de dejarse caer contra el sofá—. ¿Por qué vives en un noveno?

Paula volvió a llevarse las manos a la cara y rio sin poder evitarlo.

—Era el mejor piso en alquiler que encontré cuando... necesité un piso en alquiler —explicó sin mucho detalle—. Te traeré un vaso de agua. Y una toalla —decidió después de ver cómo se quitaba una elegante chaqueta y, bajo esta, la camisa lucía visibles ronchones de sudor.

En cuanto volvió con ambas cosas, desenchufó la plancha y apagó la tele. Finalmente, se sentó a su lado en el sofá.

—No has tocado el timbre de abajo. Te habría avisado de que el ascensor no funcionaba.

—He estado esperando a que saliera un vecino. Quería darte una sorpresa.

Desde luego, se la había dado. Una enorme.

—¿Y no poder usar el ascensor no te ha disuadido? —prosiguió, pues era algo totalmente inaudito.

—Ya estaba aquí. No iba a darme la vuelta —explicó y señaló las flores—. Se me han caído un par de veces.

—No importa. Son preciosas. —Se levantó y las colocó en un jarrón con agua. Después volvió a su lado—. Ric, ¿qué haces aquí?

—Tú y yo tenemos que aclarar algunas cosas.

De pronto se puso muy serio. Ella tragó saliva con dificultad al verse atravesada por esos ojos azules como el cielo.

—¿Cómo cuáles?

—Me pareciste maravillosa desde el primer instante en que te vi.

—No me digas... —respondió con humor, aunque él no sonreía ni una pizca.

—Recordarás que te tiraba los tejos cada vez que iba a la frutería. Hasta que un día dejé de hacerlo.

—Sí. —Ella también se puso seria. Aquello aún le dolía—. Nunca supe qué hice mal para que tu actitud hacia mí cambiara.

—Nada. Solo que yo descubrí que estabas casada.

Ric esperó a oír su réplica. Quería decirle toda la verdad, pero confesarle que le había ocultado su amistad con su ex tanto tiempo era algo difícil de plantear.

—Se llamaba Álex —dijo al fin, tras unos segundos en silencio. ¿Cómo se habría enterado él de eso?—. Aún estaba con él cuando te conocí, pero ya teníamos muchos problemas. Al poco tiempo me separé. Y hace año y medio que firmamos los papeles del divorcio.

Oír aquello de sus propios labios le dio un empujoncito para continuar con la verdad.

—Sé... Hace tiempo que sé que estás separada —confesó dubitativo—. Os oí hablar a ti y a una de tus compañeras un día que entré en la tienda. Aun así, no quise ser un obstáculo en tu relación con... él.

—Créeme, tú no fuiste el problema en nuestra relación. —Paula se pasó la melena de un lado al otro en un gesto de frustración—. Sofía y yo éramos unas crías cuando conocimos a Álex y a Martín. Nos colgamos como unas tontas, porque eran mayores, guapos, surfistas... Martín la dejó

embarazada y desapareció en cuanto lo supo. Álex, en cambio, se casó conmigo en cuanto fui mayor de edad, pero me hizo daño de otra forma.

El dolor que Ric vio en el rostro de Paula lo hizo erguirse de golpe en el sofá.

—¿Qué quieres decir? ¿Te... él... te pegó? —Los puños se le cerraron de pura rabia.

—¡No! —Le agarró ambas manos para calmarlo—. No me pegó. Más bien, me la pegó. Con otra. En nuestra cama —soltó a bocajarro.

—No puede ser.

«Él me dijo que estaba enamorado de ti», estuvo a punto de decir, pero se calló.

—Eso mismo pensé yo por un segundo. Pero mis ojos me dejaron claro qué era lo que estaba pasando. Me fui de casa y no volví. Después de un par de meses viviendo con Sofía y Lucas, encontré este piso y me mudé.

—¿Él no intentó que le perdonaras?

—Sí. Y fue bastante insistente —recordó pesarosa—. Pero considero que algo así es imperdonable. Además, yo ya no le quería. Y él a mí tampoco, por mucho que me jurara que así era.

—Lo siento mucho.

—Gracias. Pero ya lo he superado.

«Ya está por fin todo dicho», pensó Paula, ajena al debate interno que tenía Ric en esos momentos.

Él había ido hasta allí para hablarle de su amistad con Álex, al que había respetado durante mucho tiempo, no queriendo tocar a la mujer que, a pesar de estar separados, seguía considerando suya. Pero su supuesto amigo le había ocultado una infidelidad, nada menos que en la cama donde dormía con Paula. Repugnante. El cabreo que tenía en ese momento le impedía mencionar nada más de su relación con Álex.

—¿Y ahora qué? —le dijo Paula con cierta ansiedad.

Él trató de tranquilizarse para pensar con claridad. Ella lo miraba con ojos esperanzados. Y él se sentía incapaz de soltarle la bomba que le quedaba por decirle. Decidió esperar a un momento mejor. Ya había pasado años en silencio, ¿qué podía importar unos días más?

—¿Qué juerga se supone que iba a empezar cuando has abierto la puerta?

Paula le explicó entre risas la cena que tenía prevista con Sofía y Lucas esa noche.

—Bueno, si estás ocupada hoy, tendremos que empezar de cero mañana.

—¿Empezar de cero?

—Exactamente. —Ric se giró hacia ella y le ofreció una mano que ella estrechó divertida—. Hola. Me llamo Ricardo Olarra, aunque soy escritor y uso el seudónimo Ricardo M. Remington para firmar mis novelas. Remington es mi cuarto apellido, y la eme...

—Es en homenaje a tu abuela materna Margarita, lo sé. Me lo contaste un día. —Con una sonrisa tímida, pues se notaba que el hecho de que recordara ese detalle llenaba de satisfacción a Ric, Paula se apoyó en sus hombros y le acarició con dos besos ambas mejillas—. Yo soy Paula Salgado. Y soy tu lectora número uno.

—¿De verdad? Me encanta charlar con mis fans. Nunca dejan de sorprenderme los detalles que les llaman la atención de mis obras.

Ella lo miró con una ceja alzada, principalmente por el uso de la palabra «fan», que ella no había empleado en ningún momento.

—Y dígame, señorita Salgado, ¿no estará usted casualmente libre mañana por la noche?

Capítulo 11

—¿No tendrás tú nada que ver con que Ric y Paula hayan salido a cenar juntos esta noche, verdad?

—¿Yo? —Fran detuvo la mano que acariciaba la columna desnuda de Sofía, acurrucada sobre su pecho—. ¿Qué podría tener yo que ver con eso?

Ella alzó la vista para mirarlo a los ojos. La escasa luz de una lamparita no dejaba claro si fingía la inocencia que emanaba su mirada gris.

—Ayer mismo hablábamos de que pasaba algo entre ellos y esa misma tarde, después de que tú le quitaras los puntos a Ric, se presenta en su casa con un ramo de flores. Y —añadió antes de que él lo volviera a negar— Paula me ha dicho que fuiste tú quien se chivó de dónde vivía.

—Culpable —admitió—. Aunque fue Ric quien me metió en sus asuntos, yo no quería.

«Sí, claro», pensó Sofía con una carcajada.

—Luego decís de las mujeres...

—Pero ha salido bien, ¿no?

—Sí. —Desde luego, esperaba que así fuera y que Paula se lo contara todo con pelos y señales en unas pocas horas—. Excepto que Ric casi sufre un infarto subiendo nueve pisos andando.

—¡No!

Sofía le explicó lo sucedido y, aunque con lástima, ambos rieron con la boca cubierta por sus manos para amortiguar el sonido de sus carcajadas. No querían despertar a Lucas, dormido en la habitación de dos camas de casa de Fran.

—Ella lleva años loca por él —le explicó Sofía, contenta por su amiga.

—Creo que es recíproco —aportó Fran, también aliviado de que su intervención hubiera sido para bien.

—En cambio tú y yo —comenzó Sofía algo temerosa— nos conocemos desde hace solo unos meses.

—¿Eso importa?

Ella se incorporó para encararlo.

—¡Claro que sí! Tenemos que conocernos más.

Él la besó en la punta de la nariz antes de obligarla a acurrucarse tal como estaba antes. Le encantaba tenerla desnuda, pegada a su pecho y rodearla con sus brazos.

—Muy bien. —Pensó en lo primero que se le vino a la cabeza—. Háblame... de tu familia.

—¡Ja! Precisamente de mi familia —se quejó con sorna—. Tú lo has querido.

Sofía cogió mucho aire y le hizo un amargo resumen.

—Mi padre se casó con mi madre porque se quedó embarazada de mi hermano Jorge. A los dos años nació yo. Pero no lo recuerdo, porque al poco se marchó de casa. Mi madre nos culpó a nosotros de su huida y nos hizo la vida imposible. Así que mi hermano se hizo a la mar en cuanto quisieron contratarlo. Aún trabaja de marino mercante. Y cuando yo me quedé embarazada, tal como te conté, mi madre me echó sin más. Dijo que el padre era quien debía hacerse cargo de la criatura, no ella. Pero Martín se desentendió por completo, me acusó de mentir, que no podía ser suyo. Después desapareció sin dejar rastro.

La única respuesta al silencio de Sofía fue un abrazo más fuerte de Fran. Ella prosiguió.

—Cuando Lucas tenía un año, conocí a Daniel. A él no pareció importarle que fuera madre, pero tampoco se mostró nunca muy paternal con Lucas. Convivimos casi dos años. Hasta que un día, dijo

que no estaba preparado para ser padre. Y se fue.

—¿Qué viste en esos hombres, Sofía? —Sintió cómo ella se ponía rígida—. No pretendo juzgarte, solo entenderte.

¿Cómo explicarle a un hombre al que no se quiere defraudar tus errores de juventud? Simplemente con la verdad, se dijo cuando sintió las manos de él acariciándola con cariño. Aquella dulzura la desarmaba por completo.

—De Martín me enamoré cuando tenía diecisiete años. Era fascinante, un surfista de veinte años guapo a rabiar. Me encandiló con su labia, su cochazo, su soñadora visión de la vida. Era muy joven, y fui estúpida.

—Te engañó —sentenció Fran.

—Me dejé engañar —lo corrigió ella, pues así lo había asumido—. Paula y yo caímos en unas redes parecidas, solo que ella se casó con un amigo de Martín, y él acabó engañándola con otra. Pero esa es otra historia.

Fran pensó en lo que Ric le había contado, y se preguntó si Paula y él se habrían sincerado ya.

—¿Y Daniel?

—Él se portó muy bien con nosotros al principio. No estábamos enamorados, pero era una vida cómoda, compartíamos gastos, responsabilidades... Me dejé llevar por la idea de una familia. Pero el decidió un día que eso no era lo que buscaba todavía. Sinceramente —añadió con un chasquido de indiferencia—, tampoco fue una gran pérdida.

Fran se quedó desconcertado al notar que se reía. Al parecer ya tenía todo aquello más que superado.

—¿Y qué hay de ti? —se interesó entonces ella.

—Pues... tengo una hermana y una sobrina, como te dije. Pero mi cuñado es estadounidense y cuando se casaron se mudaron a Nueva York. Mi padre murió de un ictus hace cuatro años, y como mi madre tiene Alzheimer, mi hermana me convenció de que estaría mejor cuidada allí. Está en una residencia muy cerca de su casa y la visitan casi a diario.

—¿Cuánto hace que no los ves?

—Desde la muerte de Rosa y Carlos. Vinieron al funeral.

Esta vez la que lo abrazó con fuerza fue ella.

—¿Y a ti no se te ocurrió marcharte allí un temporada?

—No tenía ánimos. Y tras el accidente, Eva, una amiga de toda la vida, estuvo muy pendiente de mí. Me apoyó muchísimo y, no sé cómo, acabamos empezando una relación. Yo estaba tan trastocado por lo ocurrido que me dejé llevar. Pero cuando comprendí lo que estaba haciendo, tuve que dejarla. Ella esperaba de mí algo que yo no iba a poder darle nunca. Pasé unos meses sin saber qué hacer con mi vida, hasta que decidí romper con todo. Vendí mi piso, cogí la excedencia y me mudé aquí.

Sofía jugueteó con los rizos que se arremolinaban en el pecho de Fran. Cada cual había tenido su dosis de relaciones fallidas y tortas de la vida. Sin embargo, ahora estaban allí, juntos, abrazados, dispuestos a darse otra oportunidad a sí mismos. Ojalá fuera cierto eso de que a la tercera iba la vencida.

—¿Puedo preguntarte algo más? —dijo Sofía cuando Fran ya pensaba que se había quedado dormida. Asintió con un gruñido—. ¿Puedes explicarme aquello que empezaste a contarme sobre tu don?

Fran enredó un dedo en un mechón de su pelo, jugueteando con él. Ella notó su nerviosismo en ese gesto y besó dulcemente el centro de su pecho.

—Tú lo reactivaste —comenzó en cuanto sintió la cálida caricia de sus labios—. Lo sospeché la primera vez que te toqué, pero ahora estoy seguro de que fue el contacto con tu mano lo que lo trajo de vuelta a mí.

—No comprendo.

—Contigo creo que no funciona —continuó—. A no ser que el efecto que tenga en ti el hecho de

que yo te toque sea... diferente.

Ella se concentró en los brazos que la rodeaban.

—Cuando me tocas, es como si...

—¿Qué? —quiso saber con impaciencia.

—Como si llevara toda la vida esperando ese contacto. Como si estar contigo fuera lo correcto, lo que tenía que ser. Como si mi piel reaccionara a la tuya con una respuesta eléctrica. —Se sorprendió a sí misma con aquellas palabras que habían salido sin más—. Te parecerá una locura.

—No. Yo siento exactamente lo mismo. Y algunas cosas más.

Ella se estremeció cuando él le rozó un seno con la punta de los dedos.

—Sí, eso también —admitió Sofía ya excitada por solo aquel leve contacto.

—Pero hay algo distinto que las personas suelen sentir cuando yo les doy la mano. Me ha ocurrido desde que era adolescente. La primera vez fue en una excursión del colegio. Un compañero de clase sufrió una caída y se golpeó una ceja. Sangraba mucho, y otro alumno fue a buscar ayuda mientras yo me quedaba con él, frenando la hemorragia y calmándolo con palabras de ánimo.

»Pero él estaba muy asustado, la sangre le provocaba aprensión. No fue hasta que le cogí de la mano que se calmó. Días después, me dijo que nada más tocar mi mano supo que todo iba a salir bien. Yo le transmití eso.

—Vaya. —Sofía cogió su mano y la inspeccionó—. Es alucinante.

—Pensé que simplemente sería algo que él se habría imaginado. Pero cuando empecé de voluntario en Cruz Roja, pude comprobar que no era casualidad. La gente sentía esa calma y seguridad en que las cosas iban a salir bien cuando yo les daba mi mano. Por eso quise estudiar Enfermería. Y después, trabajar en ambulancias. En las emergencias es donde creo que puedo ser más útil.

Ahora comprendía por qué ser médico no era lo que le motivaba.

—¿Pero me has dicho que perdiste tu don?

—Cuando las cosas comenzaron a ir mal con Rosa, cuando empecé la carrera de Medicina, o cuando me di cuenta de que era infeliz. No sé cuando lo perdí exactamente, pero creo que esos pudieron ser los motivos por los que, de pronto, dejé de transmitir esa paz que yo mismo no sentía.

Sofía trató de imaginar cómo sería poseer algo tan único y maravilloso y perderlo sin más. Aunque recordó que aún habría sido peor la pérdida de su familia. ¿Cuánto había sufrido ese hombre? Sintió unas terribles ganas de consolarlo y se acurrucó contra él con más fuerza.

—¿Y cómo sabes que lo has recuperado?

—El día que nos dimos la mano saltó una chispa. ¿No la notaste?

—Sí —reconoció, aunque ella había pensado que era otra cosa.

—Tú también tienes algo especial, Sofía. Sea lo que sea, hizo que pudieras devolverme la paz que había perdido.

No pudo evitar ruborizarse. Le pareció que le estaba otorgando demasiado mérito. Pero no podía negar que era cierto, tenía evidencias de que lo había recuperado.

—Oí decir a Ric, cuando lo llevábamos al hospital en mi coche, que tu don era muy efectivo.

—Sé que le estaba transmitiendo calma a través de nuestras manos. Cuando lo hago, la siento fluir. Es difícil de explicar.

—Es algo absolutamente maravilloso, Fran. Es... un milagro divino.

—El milagro es tenerte aquí conmigo.

Sofía creyó derretirse al oír esas palabras. Se deshizo en sus brazos definitivamente cuando él reclamó su boca y la giró para ponerse encima de ella.

—¿Eres de verdad o estoy soñando? —le preguntó antes de deslizarse por su garganta y perderse entre sus senos.

—Ahora mismo, no lo tengo muy claro —gimió y se aferró a sus largos mechones de pelo cuando él apretó un pezón con sus dientes.

Tras varios minutos de deliciosa tortura, se hundió en ella, quien lo recibió totalmente preparada

para él.

—Esto... esto tiene que ser real —ronroneó entregada a la pasión con la que él la poseía—. Dime que es real.

—Nunca he estado más despierto en toda mi vida, Sofía. Todo mi ser se ha despertado para ti. Por ti.

La cadencia de sus movimientos se volvió frenética y ella tuvo que hundir el rostro en su hombro para evitar chillar con desesperación.

—Te quiero —pronunció Sofía sin aliento, pero sus palabras quedaron amortiguadas por su piel.

Sin embargo, aun estando segura de que no la había oído, supo que él era consciente de que ella lo amaba. Al igual que ella sentía que él la amaba a ella mientras la abrazaba antes de caer dormidos.

Tal vez, su don entre ellos funcionara así, una comunicación muda que fluía a través del contacto físico. O, simplemente, esa era la primera vez que ella amaba de verdad, y que era correspondida.

Ric y Paula decidieron caminar desde el restaurante hasta la casa de ella. No estaba muy lejos y, aunque la noche era fresca, estaba despejada. Ella se sintió algo decepcionada por no poder dar ese paseo agarrada de su brazo, pues él precisaba ambas manos para usar sus muletas y poder caminar. Pero habían acordado empezar de cero, ir despacio, y esa era una primera cita. Una cita amistosa pero muy prometedora, llena de miradas cargadas de intención. Ya habría tiempo para el contacto físico en las siguientes.

—¿Ya te han arreglado el ascensor? —preguntó Ric al llegar al portal.

—No, ¿por qué? —Paula sintió un hormigueo por todo el cuerpo.

—Por esos tacones que llevas.

—¡Oh! —soltó, algo cohibida por haberse imaginado otros motivos para su pregunta. «*Mal pensada*», se recriminó—. Me los quitaré para subir.

Él la imaginó quitándose los zapatos, y después el ajustado vestido que se ocultaba bajo su abrigo. Cuando sus miradas se cruzaron, ambos fueron conscientes de lo que estaban pensando.

—Quedamos en ir despacio. Pero va a costarme —declaró Ric antes de apoyar sus muletas contra la pared y acercarse a ella—. Aunque sí voy a permitirme esto.

Cuando aquellas enormes manos se posaron sobre sus mejillas, Paula dejó de respirar. Y cuando tomó su boca sin ningún preámbulo, introduciendo directamente su lengua entre sus labios, el aire le salió de golpe desde lo más profundo de su pecho.

¡Santa Madre de Dios! ¡Qué manera de besar! Nada que ver con su tímida respuesta en su casa, cuando ella lo había abordado a él. Ni con la suavidad de su segundo beso, una leve caricia tentadora. Eso fue todo lo que puedo pensar. A partir de ahí, se limitó a sentir.

Tembló como una hoja de papel a merced del viento cuando las manos de él se deslizaron por sus brazos hasta rodearla y alzarla, tratando de acercarla más a su boca. Entonces ella le echó los brazos al cuello y se pegó a su pecho para darle lo que le pedía, contacto y cercanía, voracidad, intensidad... y unas ganas acumuladas que se asemejaban demasiado a lo que ella misma sentía.

—Buenas noches —dijo una voz, y ambos se separaron de golpe.

Paula se sintió enrojecer al descubrir a su vecina de abajo salir en bata a tirar la basura. Ric contuvo la risa y le señaló con la mirada las zapatillas rosas con pompones de la mujer de sesenta años que volvía ya del otro lado de la calle, donde estaban los contenedores.

—Buenas noches —dijeron ambos a la vez.

La mujer les echó una miradita de complicidad antes de desaparecer escalera arriba, después de dejarles la puerta abierta encajada en el tope.

—Muy cómodas para subir las escaleras, podrías ponerte unas.

Descolocada, Paula se preguntó cómo podía hablar de un par de pantuflas después de besarla

de semejante manera.

—No tienen talón. Las perderá cien veces antes de llegar al octavo y...

No dijo más porque su boca estaba otra vez ocupada con la de él, quien la había atacado a traición por segunda vez y, ahora, la empujaba portal adentro.

—Odio las interrupciones cuando tengo algo importante entre manos —murmuró en sus labios y la ocultó en un rincón oscuro del portal.

Algo parecido le había contado un día en la frutería, recordó como un fogonazo, cuando otro cliente se quejó de unas llamadas comerciales que irrumpían la tranquilidad de su hogar. Él odiaba estar escribiendo y que sonara el teléfono o la puerta, así que solía dejarlo desconectado y la puerta ni la atendía.

Y, de nuevo, cuando sus manos se colaron bajo su falda, acariciándole ambos muslos hasta subirla a su cintura, volvió a perder el hilo de sus pensamientos y se concentró en sentir.

—Ric... —sollozó al notar su erección clavada en el punto más sensible de su cuerpo.

—No sé qué me haces —siseó—, pero siento que ya no me duele nada. Nada en absoluto.

Un golpe de su cadera la subió unos centímetros a lo largo de la pared. Y al momento, se sintió descender hasta estar de pie en el suelo.

—Aquí no —dijo Ric de pronto, como para sí—. Además, me gustaría estar en plena forma cuando te... —se mordió el labio—. Lo siento, no debería dar por hecho que vamos a...

Ella se rio de sus frases inacabadas, orgullosa de dejar sin palabras a un hombre que se ganaba la vida con ellas. Lo besó en los labios fugazmente. Después se recompuso la ropa.

—No me siento ofendida. Creo que he dejado claro que yo también tengo eso en mente. Pero acordamos ir despacio.

—Sí, sí. —Sacudió la cabeza—. Concédeme solo un capricho, ¿quieres?

Se agachó con dificultad, doblando una pierna y estirando la otra, y la acarició desde las pantorrillas hasta los tobillos. A ella le fallaron las rodillas y tuvo que agarrarse a sus hombros. Él le levantó un pie y le sacó un zapato, después hizo lo mismo con el otro. Se incorporó con lentitud y se los entregó.

—Muy bonitos.

Ella dio por hecho que se refería a los zapatos, hasta que continuó:

—Pero no deberías hacerlos sufrir con esta tortura de calzado.

—Quería que me sacaras menos altura —confesó cabizbaja.

—Estoy lo suficientemente recuperado para acercarte a mí cuando haga falta. —Le guiñó un ojo—. Ahora sube antes de que lo vuelva a hacer.

Tras unos segundos de duda, ella se encaminó hacia las escaleras. Después se giró y lo miró una vez más.

—En serio, podría llevarte en mi coche —repitió por enésima vez esa noche.

—Cogeré un taxi. ¿Ves? Lo estoy llamando. —Marcó el número en su móvil.

Finalmente, Paula asintió y comenzó a subir, consciente de que él tenía la mirada clavada en ella. Por fin.

Capítulo 12

—Muy bien, Lucas. Un poco más, ya casi no se nota.

Una vez que el niño terminó de rellenar el socavón que había dejado la enorme piedra del jardín de Ric después de lograr extraerla, Fran usó la pala para aplanar la tierra que habían llevado de su propio terreno. Ahora la cancha de baloncesto era completamente segura.

—Corre. Vámonos, antes de que Ric se levante de la cama.

Bajo las primeras luces del amanecer, niño y hombre caminaron con sigilo, cargados con sus herramientas y con su tesoro, ocultos bajo unas ropas oscuras que Fran había propuesto llevar para que la misión fuera aún más secreta. Había hecho levantar a Lucas muy temprano para ser sábado, pero contaba con que aquella forma de plantearle la sorpresa que quería darle a Ric le resultara una pequeña aventura. Él mismo se estaba divirtiendo de lo lindo.

Mientras dejaban que la roca se secara al sol después de haberla lavado bien y eliminado todo resto de césped, barro, y algún que otro inquilino vivo, Fran cogió el último de los libros de Ric que había leído desde que se había mudado al lado de su creativo vecino. Buscó la página que le había inspirado aquella loca idea y comenzó a leer en alto para Lucas.

—«Zafios, amorales, mas desconcertantemente inteligentes, los koruwaris dominaban el arte de la navegación desde hacía milenios. Sus avanzadas técnicas les permitían desviar la órbita de cada asteroide que invadían, haciendo de él no solo su guarida, sino también su nave de guerra. El escuadrón que capitaneaba Stein, un koruwari excepcionalmente corpulento para su mediana especie, se había hecho con el control de Nasier B, uno de los más preciados asteroides de la galaxia, dotado de fuerzas magnéticas y superficie cultivable a partes iguales».

Fran se detuvo antes de seguir con la descripción del cuerpo rocoso que iban a reproducir. Lucas lo miraba con gesto desconcertado. No era de extrañar, pues Ric no escribía precisamente historias para niños.

—¿Qué significa «zafios y amorales»? —preguntó Lucas, sin comenzar aún su primer boceto de la que iba a ser la decoración definitiva de la piedra.

—Bárbaros y sin ninguna norma en la que basar su conducta. Vamos, muy mala gente.

—Como los piratas —concluyó Lucas con media sonrisa de fascinación.

—Exacto.

—¡Guay! —exclamó lleno de entusiasmo antes de comenzar su dibujo—. ¡Sigue leyéndome!

—¡No abras los ojos!

—Vale.

—¡Promételo!

—Lo prometo.

Con una carcajada, Ric se dejó arrastrar por Lucas desde su porche hasta la entrada de su casa. Lo había despertado de su sagrada siesta de domingo por la tarde, colándose en su casa como una tromba, sin llamar al timbre siquiera, y dándole un susto de muerte.

Pero el entusiasmo del crío era tal que no había podido regañarlo por la irrupción, ni negarse a concederle lo que le solicitaba.

—¡Ya! —le indicó, tironeando de la manga de su chaqueta.

Ric abrió los ojos y se encontró a Fran y Sofía delante de él, mirándole con una sonrisa muy

sospechosa.

—¿Qué pasa aquí? —Ric no entendió nada hasta que Fran aupó a Lucas y este señaló la columna derecha que flanqueaba la verja de la entrada, donde estaba anclado su buzón. Alzó un poco más la vista y, en lo alto, encontró algo que nunca había estado ahí—. ¿Es...? ¡No! ¡Es Nasier B!

—¿Qué? —preguntó Sofía muy bajito.

—El nombre del asteroide, mamá —replicó molesto Lucas—. No te enteras.

—¡Oye! —Fran lo hizo brincar en sus brazos con una escueta reprimenda.

—Lo siento —se disculpó de inmediato Lucas, y Sofía se acercó para darle un ruidoso beso.

—Dame uno, bien grande —le exigió ella con su tono más estricto.

El niño obedeció y abrazó el cuello de su madre para darle un enorme beso de disculpa. Seguidamente se estiró para poder tocar el muro donde reposaba su obra de arte.

—Fue idea mía quitar la piedra de tu jardín, para que no volvieras a hacerte daño —empezó Lucas—. Le pedí ayuda a Fran y a él se le ocurrió hacer esto porque lo leyó en tu novela. Lo hemos pintado entre los dos. ¡Hemos tardado dos días!

—Estoy... impresionado. —Los ojos le chispearon y la nariz comenzó a picarle—. ¡Habéis hecho hasta una figurita de Stein!

—Con arcilla —aportó Lucas, orgulloso—. Todo lo que no es pintura o piedra, es arcilla.

—Yo... No tengo palabras. —Se giró hacia el adorable niño y le revolvió el pelo antes de decidirse y darle un beso en uno de sus blanditos mofletes—. No sé cómo puedo agradeceréte. Agradecéroslo —se corrigió, y le tendió la mano a Fran, quien se la estrechó negando con la cabeza, queriendo quitarle importancia.

—¡Podrías venir el próximo sábado a mi fiesta de cumpleaños! ¿Verdad, mamá? ¿Verdad que puede?

Sofía se quedó algo descolocada. Ni siquiera le había mencionado a Fran lo de la fiesta.

—Es una merienda para niños, sus amiguitos del colegio. No sé si a Ric algo así podría...

—¡Me apunto encantado! —intervino él, divertido por la idea.

—También estarán mamá y tía Paula.

Así que eso de que eran solo niños no era del todo cierto, pensó Lucas.

—Y Fran también vendrá. ¿A que sí? ¡Ya cumpla siete años!

Mirando al niño a los ojos, Fran sonrió con un intenso calor desbordándose a raudales desde lo más profundo de su corazón.

—Si me invitaras a tu fiesta, no me la perdería por nada del mundo.

—Entonces te invito —declaró con rotundidad, alzando la barbilla—. Y podrás probar la tarta de mamá. El año pasado me hizo una con coches por encima, ¡y que se podían comer!

—¡Eso no puede ser! —Fran puso cara de profunda incredulidad y Lucas asintió enérgicamente con la cabeza—. ¿Y cómo va a ser la tarta este año?

Sofía se rascó una sien y dudó. Había tenido tantas cosas en la cabeza que el tema de la tarta de cumpleaños de su hijo era algo en lo que aún no había pensado. Esquivó su esperanzada mirada con algo de culpa royéndole por dentro. Entonces se encontró con el rostro aún fascinado de Ric, que no dejaba de mirar el simulado asteroide que ahora presidía la entrada de su casa.

—Se me está ocurriendo una idea justo ahora mismo —murmuró con media sonrisa.

Cuando el último ruidoso e hiperactivo niño abandonó el piso de Sofía y Lucas, los adultos comenzaron a recoger los restos de la fiesta, que más bien parecían las devastadoras consecuencias de una batalla campal.

—Marcharos ya, Paula, o no llegaréis a tiempo a la cena.

Su amiga, y madrina del homenajeado, no soltó la escoba y el recogedor que manejaba por todo el pasillo. ¿Eso era un chicle pegado? Sofía debería haberle hecho caso y quitar todo lo

potencialmente destructible del alcance de esos animales. Cortinas, cuadros y, sobre todo, alfombras.

—Aún son las nueve. Y no tenemos mesa hasta las diez y media —le explicó mientras rascaba con una uña el pegote rosa. ¡Qué asco!—. Además, he comido tanta tarta estelar que no sé si me queda sitio para la cena.

—¿Pretendes cancelar nuestra segunda cita? —protestó Ric desde la puerta del salón, con las manos cargadas con dos enormes bolsas de basura—. ¡De eso nada! Despídete, nos vamos.

Con una carcajada, pues sabía que la indignación y el autoritarismo que pretendía mostrar no eran más que una exageración, Paula terminó su tarea y fue a darle un beso a su ahijado.

—Ha sido la mejor fiesta de la historia de las fiestas de cumpleaños —alabó Ric cuando se acercó a despedirse también.

—¿Os tenéis que ir ya? —la voz de Lucas se llenó de tristeza.

—Sí, cariño. Ha sido un día muy largo, y tú tienes que acostarte pronto —le explicó Paula a la vez que lo abrazaba con fuerza.

—No estoy cansado —farfulló, cruzándose de brazos.

—Eso lo dices ahora. Pero, en cuanto te tumbes en la cama, te dormirás como un bendito.

Sofía posó su mano en su hombro, pero Lucas tiró de la manga de Fran y le puso la mejor de sus caras de niño bueno. Con su madre y su tía no solía fallar.

—¿Tú te quedarás un ratito más, verdad?

Fran miró a Sofía antes de responder. Ella se limitó a sonreír sin poder evitar ruborizarse.

—Solo si prometes comerte las verduras que tu madre ha preparado para la cena. Hay que limpiar de ese cuerpo chiquitajo todo el azúcar con el que lo has atiborrado.

Cuando Fran comenzó a hacerle cosquillas por la barriga, Lucas rompió a reír hasta que logró escabullirse y esconderse tras su madre.

—¡Vale! Un plato pequeño —trató de negociar, pues no tenía hambre después de comerse tres enormes trozos de la increíble, alucinante, megafantástica tarta que su madre le había preparado.

Al principio sus amigos habían mirado el postre con recelo, pues la forma y el color no eran muy apetecibles. Sin descontar los seres con forma de roedor que, tal como había explicado a sus compañeros, eran los koruwari. Pero una vez que les había contado toda la historia, no solo habían devorado la deliciosa tarta de bizcocho, chocolate, nata y fondant, sino que habían querido saber el título del libro de Ric para poder saber más sobre Nasier B.

Para disuadirlos de esa idea, dado que no era una novela para niños de siete años, Ric había tenido que readaptar la historia a una versión narrada de viva voz, resumida y suavizada de su novela más exitosa.

Ese había sido el único rato que los niños habían estado quietos y callados. El resto de la tarde había sido el caos.

Tras despedirse de su tía y de Ric en la puerta, dándoles las gracias una vez más por su compañía y sus regalos, Lucas solicitó que Fran jugara con él un rato antes de cenar. Tenía muchos juguetes nuevos, y estaba deseando estrenarlos.

—Esto está buenísimo. Pero estoy tan llena que si pruebo un bocado más, explotaré como el asteroide de tu historia.

Paula bebió un buen sorbo de vino para pasar el último trozo de codorniz en salsa de castañas. A través de su copa pudo ver a Ric, mirándola con aquellos ojos que parecían acariciarla con cada pestaño. Desprendía un aura realmente cautivadora. Y estaba claro que no era la única que la captaba, pensó, recordando cómo había logrado que todos los niños lo rodearan sentados en el suelo mientras él, con un entusiasmo y expresividad envidiables, les contaba el cuento más increíble que aquellos críos habían escuchado jamás.

Ella misma se había quedado fascinada, y eso que ya había leído la versión más cruenta y

terrorífica de aquella historia. Pero Ric era un hombre de muchas caras. Podía ser fiero y dulce a la vez, como había demostrado mientras narraba la destrucción de Nasier B, pero salvaba a los personajes con quienes los niños se habían encariñado ya. Exigente y amable, como cuando se había negado a una supuesta cancelación de su cita, pero no había salido de la casa sin antes asegurarse de que todo estuviera recogido y llevarse consigo todos los desperdicios de aquella gran fiesta. Misterioso y sencillo con solo un parpadeo, pues tan pronto la estaba mirando como ella a él, con un gesto enigmático que podía significar mil cosas, como de repente se levantaba y le ofrecía su mano al oír las palabras de la cantante y pianista que amenizaba la mágica velada en aquel encantador restaurante.

—El último tema antes de un breve descanso va dedicado a este pequeño rincón de la ciudad que me dio mi primera oportunidad.

Al ver que Paula no se levantaba, Ric alzó una ceja y acercó más su mano a la de ella, que se aferraba con fuerza a la mesa.

—Vamos. La gente ya me ha visto levantarme y pedirte un baile. No querrás dejarme en ridículo rechazándome.

A Paula le empezaron a sudar las manos. ¿Acaso se había vuelto loco? Nadie más bailaba, y no era de extrañar. Allí no había nada parecido a una pista de baile. El espacio más amplio era el que separaba su mesa del escenario donde la pianista ya había comenzado a tocar una pieza que Paula identificó como *Calling you*, de Jevetta Steele. Casualmente, un tema lento y sobrecogedor que a ella le encantaba.

—El ridículo lo vamos a hacer nosotros. Yo, porque no sé bailar agarrado. Y tú, porque aún cojeas, a pesar de haberte negado a sacar las muletas de mi coche.

Él se limitó a sonreírle de forma tan arrebatadora que ella no tuvo fuerzas para seguir resistiéndose. Tomó su mano y se dejó arrastrar hasta que quedó completamente pegada a él.

—Me moría por bailar contigo —susurró en su oído antes de hacerla girar sobre sí misma con elegancia y volverla a atraer hacia sí.

Se deslizaron al compás de los suaves acordes y de las cada vez más potentes notas de la majestuosa voz de la artista. Se mantuvieron la mirada en todo momento, logrando evadirse de todo, excepto de la música y de la excitante sensación de estar tan cerca y, a la vez, no poder dar un paso más allá de ahí.

De pronto, Ric cerró los ojos y se aproximó a su cuello lentamente. Paula sintió que toda su piel se prendía en llamas cuando sintió su aliento en su oreja.

—Estoy tratando de contenerme para no besarte —confesó como si le hubiera leído la mente, después la besó entre ambas cejas, tratando de que ella no arrugara el gesto y poder seguir contemplando aquella belleza en su rostro—. Tengo miedo de no poder parar y tener que llevarte a los baños nada discretamente.

La canción concluyó y el restaurante al completo irrumpió en aplausos mientras la pianista se levantaba y se despedía de su público. Les dirigió a los inesperados bailarines una mirada cómplice acompañada de una sonrisa de agradecimiento y se marchó a hacer su descanso.

—Se acabó el espectáculo —susurró Ric, y se llevó a Paula a la mesa sin soltarle la mano ni un instante, ni siquiera cuando ya estuvieron sentados, pidieron un postre que compartieron y dejaron que la velada se alargara hasta que la música de fondo llegó a su fin.

Era increíble lo que se podía llegar a transmitir solo con el contacto de dos manos, pensaron ambos mientras sus dedos jugueteaban, se enredaban, se acariciaban y se obligaban a detenerse de pronto, rogando un segundo de tranquilidad en aquella frenética comunicación táctil. Era el más puro deseo del cuerpo entero concentrado en unos pocos centímetros de piel. Piel que envolvía una sangre que palpitaba enfebrecida y desatada. Ansiosa. Incapaz de esperar más.

—¡Pero no quiero irme a dormir aún! —protestaba por enésima vez Lucas mientras Sofía lo

arrastraba por el pasillo.

Fran tuvo que hacer auténticos esfuerzos para poder mantenerse serio al ver como el niño se aferraba con ambas manos al marco de la puerta de su habitación para que Sofía no pudiera meterlo dentro.

—Si no te sueltas ahora mismo, el próximo año no tendrás fiesta de cumpleaños.

—Tú no me harías eso —razonó Lucas sin soltarse.

—Tú prueba y verás.

Le echó un mirada de súplica a Fran, que seguía en el pasillo, atónito por el espectáculo.

En cuanto vio que el hombre asentía con la cabeza, confirmando la posibilidad de que su madre pudiera castigarle con algo tan horrible, Lucas se soltó de inmediato.

Sofía, que seguía tirando de él por la cintura, estuvo a punto de caer en cuanto su hijo dejó de oponer resistencia.

—Nunca subestimes la palabra de tu madre —le advirtió Fran mientras ayudaba a Sofía a ponerle el pijama, pues el niño había hecho huelga de brazos caídos y se negaba a colaborar.

—No es justo —protestó Lucas, pero no pudo contener un bostezo.

—Exagerado. —Fran le dio un beso en la frente cuando se recostó sobre la almohada y acarició la espalda de Sofía mientras esta lo arropaba—. Es casi medianoche. Pero si te quedas dormido antes de que acabe el día de tu cumpleaños, soñarás toda la noche que tu fiesta aún no ha acabado.

—¿De verdad? —Si Fran lo decía, debía ser cierto.

—Tú concéntrate en dormirte rápido, y ya verás.

—¡Vale! —La perspectiva era de lo más alentadora—. Pero mamá me tiene que leer antes de dormir, como siempre por mi cumpleaños.

—Es una tradición —le explicó Sofía, que ya estaba yendo a por un libro.

—Las tradiciones están para perpetuarlas. —Acarició de nuevo la espalda de Sofía, esta vez a modo de despedida—. Buenas noches. Y feliz cumpleaños otra vez, campeón.

—Buenas noches, Fran. —Lucas lo despidió con una radiante sonrisa.

Sofía se giró hacia él, haciéndole un gesto con la mano indicándole que se llamarían por teléfono. Él asintió en silencio, salió del dormitorio y cerró la puerta.

De camino a la salida, pasó por delante de la cocina, donde la luz se había quedado encendida. Vio que, a causa de la insistencia de Lucas en que ambos jugaran con él a sus nuevos juegos, ninguno se había molestado en recoger los platos de la cena.

Sabiendo que Sofía estaría muy cansada después de aquel agotador día y que, tal como era, no se iría a dormir sin dejar su cocina impecable, se remangó la camisa y se puso manos a la obra lo más silenciosamente que le fue posible.

Como ya esperaba, su hijo había caído rendido enseguida. No obstante, aunque ya estuviera dormido, Sofía se había quedado contemplándolo como cada año. Y ya iban siete. Los ojos se le llenaron de lágrimas al ser consciente de que ese había sido el cumpleaños más maravilloso que Lucas había tenido jamás. Aquella idea la alegraba y aterraba a partes iguales.

Fran estaba empezando a ser muy importante para ella, pero también para su hijo. Si las cosas no salían bien, a ella le dolería como nunca. Pero no podría soportar que Lucas sufriera esa pérdida. Fran le aportaba un cariño paternal que ningún otro hombre, ni siquiera su hermano Jorge, le había ofrecido jamás. ¿Era Fran consciente de que, con cada pequeño gesto que hacía por él, se iba ganando un lugar más privilegiado en su corazón? ¿Y más profundo en el de ella?

Secándose las lágrimas, salió con sigilo del dormitorio jurándose a sí misma que no se amargaría la felicidad de ese día, que había sido mucha.

Cuando se dirigía a recoger los platos de la cena antes de acostarse, oyó un ruido en el recibidor. Asustada, alargó la mano para encender el interruptor de la cocina y la escasa luz que se proyectó hasta la entrada iluminó el perfil de Fran. El hombre recogía su abrigo que, al parecer, se le había

caído al suelo.

—Creía que ya te habías marchado —susurró ella sin moverse del sitio.

—Ya me iba. —Alzó la prenda como prueba—. Pero me he entretenido un poco recogiendo la cocina.

Sofía desvió la vista hacia el interior de la estancia y observó que, efectivamente, todo estaba en su sitio.

—He guardado las verduras que han sobrado en la nevera. Aunque no creo que Lucas quiera comérselas mañana —comentó con voz divertida.

—No... —Bastante sobrecogida, caminó lentamente hasta situarse a un paso de él—. No tendrías que haberte molestado.

Él se encogió de hombros y cambió de brazo su abrigo, como si aquel sencillo gesto lo pusiera nervioso.

—Yo también he cenado aquí. Y no quería que te pusieras a fregar después de medianoche. Es lo que ibas a hacer justo ahora, ¿cierto?

—Totalmente.

Cuando la vio sonreírle con esos labios que, a pesar de la escasa penumbra, se dibujaban sumamente tentadores sobre su angelical rostro, Fran salvó la escasa distancia que los separaba hasta posar una mano bajo su mandíbula.

—Ese pequeño retraso me va a dar la oportunidad de llevarme algo que delante de Lucas no me he atrevido a robarte. —Deslizó el pulgar a lo largo de su barbilla—. Mi beso de buenas noches.

La caricia fue tierna, casi estática, solo sus labios sobre los de ella.

—Buenas noches —respondió al alejarse de él, pues se había detenido incluso antes de lo que ella había esperado.

Pero él no le soltó el rostro. Se quedó contemplándola como hipnotizado, trazando pequeños círculos con su pulgar en la suave mejilla que, poco a poco, se iba a arrebolando.

La barbilla le tembló como la primera vez que él estuvo a punto de besarla, y el recuerdo lo impulsó a volver a reclamar su boca, más ávidamente. Como realmente necesitaba.

Sofía correspondió a su arrebató, aferrándose al largo pelo que le sobrepasaba ya la nuca, y que ella se debatía entre pedir que se lo cortara y no permitirle jamás que lo hiciera.

Fran la apretó contra sí, lanzando lejos su abrigo para poder rodearla sin ningún obstáculo.

Tras largos minutos del más puro frenesí, sus bocas se dieron una tregua sin que sus cuerpos se permitieran alejarse ni un solo centímetro.

—Buenas noches —logró pronunciar Fran, tratando de apaciguar su corazón.

Sin embargo, Sofía se aferró a los cuellos de su camisa cuando él trató de dar un paso atrás. De puntillas, pegó su mejilla a la de él, áspera por su barba, y susurró lo que más deseaba.

—Quédate.

El corazón se le iba a salir del pecho. ¿Realmente se lo había pedido? Si él rechazaba aquella invitación, a ella se le resquebrajaría el alma.

—¿Estás segura?

—Muy segura —reafirmó y, casi antes de poder terminar de hablar, su boca fue invadida por una carnosa y húmeda lengua.

Se sintió alzada de tal forma que sus pies no tocaron el suelo en el corto camino hasta su dormitorio, donde él la depositó con cuidado sobre una alfombra y cerró la puerta con suavidad.

Ella encendió una lamparita de noche y, cuando iba a comenzar a desnudarse, sus muñecas fueron atrapadas por las manos de él.

—Quiero hacerlo yo —le indicó, y comenzó a desvestirla con tortuosa lentitud.

Cada caricia de sus dedos en su piel desnuda fue acompañada por tiernos besos y largos suspiros. Ella se dejó hacer. Y cuando no le quedó una sola prenda encima, al ver que él se llevaba las manos a los botones de su propia camisa, ella apartó sus manos con una exigencia muda, desabrochándole la prenda con dedos temblorosos.

Tuvo que pegarse a su pecho para poder deslizar la prenda por sus hombros, rozando su torso con las puntas de sus senos. Fran sufrió una convulsión que lo recorrió entero, deteniendo los movimientos de ella para apretarla contra él y besarla con urgencia.

—Fran —gimió desmadejada entre sus brazos, colapsada por el torbellino de sensaciones que se agolpaban en su interior.

—Sofía. —Con una mano en su cintura y la otra en su nuca, miró aquel bello y extasiado rostro, dejando fluir las palabras que pugnaban por brotar de sus labios—. Te quiero.

Los mismos labios que habían confesado una verdad que le ardía en el pecho secaron con besos las lágrimas que se deslizaron raudas por las mejillas de Sofía.

—No llores —suplicó angustiado, recorriendo todo su rostro, ojos, nariz, labios, con pequeños y rápidos besos—. No me digas que esto te pilla por sorpresa.

Ella luchó por contener el traidor llanto que convertía un momento de felicidad como ningún otro en algo aparentemente triste.

—No es lo mismo sentir que tú también lo sientes a oírte decírmelo —trató de explicar.

—Bueno, pues será mejor que te vayas acostumbrando. —La alzó en brazos y la depositó sobre la cama. Terminó de quitarse la ropa y se subió sobre ella—. Te quiero —dijo de nuevo, mirándola a los ojos—. Te quiero —y deslizó su nariz por su garganta, hasta llegar a uno de sus lugares favoritos.

No paró de repetírselo mientras la tomaba con sus manos, su boca y su sexo. Ella no pudo evitar dejar escapar algunas lágrimas más. Y cuando el éxtasis los encumbró a ambos, Sofía pudo sentir unas lágrimas que no eran suyas deslizándose en el hueco de su cuello, donde Fran había hundido la cabeza.

—Y yo te quiero a ti, Fran.

Capítulo 13

Paula encontró sitio para aparcar justo delante de su casa, cosa que era de agradecer, pues era más de la una de la mañana y hacía un viento helado.

—Ya que insistes en que no te lleve a casa —comenzó, molesta por esa tontería que para ella no era más que machismo encubierto por caballerosidad—, ¿quieres que llamemos al taxi ya y esperemos dentro del coche a que llegue?

—No. —Ric salió y rodeó el vehículo hasta llegar a la puerta de ella y abrirla—. Quiero acompañar a la dama hasta su casa y dejarla segura allí.

Poniendo los ojos en blanco, cogió su bolso y salió dando un pequeño portazo.

—Como quiera, caballero sin carnet de conducir ni coche —le recriminó sin molestarse en mirarlo siquiera—. Pero esperaremos dentro del portal. Hace un frío que pela.

Abrió y entró directamente, sosteniendo la puerta a la espera de que él entrara tras ella. En cuanto lo hizo, ella exageró un gesto con la mano invitándolo a pasar.

—¿Por qué te molesta tanto que intente ser galante contigo?

—No me molesta. —Realmente le gustaba que fuera atento—. Pero aún tienes una rodilla mal y... —Miró hacia fuera y se golpeó la frente—. Tus muletas. Están en el asiento trasero.

—Ahora no las necesito.

Caminó hacia ella en la oscuridad del portal hasta alcanzar su mano. Sus dedos se entrelazaron, retomando en un instante el juego de caricias que habían iniciado en el restaurante. Solo que ahora eran libres de ir más allá sin el pudor de ser observados. O casi, pues en cualquier momento algún vecino podría entrar o salir de su casa.

Las otras manos se encontraron de mutuo acuerdo, y la electricidad que surgió de ese contacto aceleró los corazones de ambos.

Paula se quedó esperando un beso que parecía no llegar nunca, sabiendo que él la miraba en la oscuridad, directamente a los labios.

—Si no me besas tú, Ric, lo haré yo —le advirtió con voz ronca.

Él tiró de ella hasta tenerla bien cerca, agachándose para alcanzar su altura.

—Este caballero estaba esperando oírte decir eso —declaró justo antes de que ella atrapara su labio inferior entre los dientes, lo mordiera llena de frustración e introdujera su lengua en aquella deliciosa boca que la mataba de deseo.

El resto fueron manos deambulando por cada rincón, lenguas entrando y saliendo de bocas jadeantes, recorriendo gargantas y lóbulos antes de dejar paso a susurros en el oído, palabras ardientes motivadas por sus anhelos más profundos.

—Sabía que tu piel sería suave. —Tras desabrochar el abrigo de Paula, los dedos de Ric se deslizaron bajo su blusa, esquivando el sujetador y alcanzando su preciado objetivo, haciéndola ronronear—. Pero esto es pura seda.

—Tócame, así —suplicó ella cuando su otra mano se coló bajo su falda y dos de sus dedos largos y fuertes apartaron la escasa tela de entre sus piernas—. Justo ahí, sí... ¡Oh, Ric!

—Tengo que tenerte.

Las uñas de Paula se clavaban en uno de sus potentes bíceps, mientras con la otra mano buscaba un camino que le permitiera abarcar la imponente hinchazón que oprimían sus pantalones.

—Pero aquí no, maldita sea. —Detuvo su mano antes de que le bajara la cremallera—. No voy a follarte como un animal contra una pared. No quiero hacerte eso.

Sus frentes se mantuvieron pegadas mientras sus respiraciones se relajaban, aun cuando las manos de ambos se dejaron caer a ambos lados de sus cuerpos.

Paula resopló con fuerza y se apartó dos pasos de Ric. Recuperó el bolso que se le había caído hacía rato y se recolocó la ropa.

—Tenemos tres opciones, entonces.

Él dejó de mirar al suelo y centró sus ojos en ella mientras la escuchaba.

—Despedirnos hasta otro día. Ir a tu casa. O subir a la mía. Pero te recuerdo que el ascensor no funciona.

Ella abrazó su bolso contra su pecho, a la espera de una respuesta que mantenía un nudo en su garganta.

Ric negó con la cabeza. Bajo la casi inexistente luz que se colaba en el portal, Paula creyó ver brillar una chispa en sus ojos azules, oscurecidos por el deseo.

—No puedo esperar a llegar hasta mi casa. Por lo que acabaría desnudándote en el coche y haciéndote de todo en alguna cuneta. Y tampoco quiero eso.

Ella no tuvo tiempo ni de tragar saliva. Él la cogió por una muñeca y tiró de ella para comenzar a subir las escaleras. Ya en el primer piso, ella le sacó ventaja. Antes de alcanzar el tercero, él tuvo que detenerse a descansar.

—¿Te duele? —se interesó Paula, acariciándole la rodilla.

—Solo necesito parar un minuto —respondió ahogadamente, pero la rodeó por la cintura y la besó durante esos sesenta segundos.

Tras reanudar el ascenso, tuvieron que detenerse en cada piso, sin excepción. Y cada parada, en lugar de usarse para descansar, se convirtió en los preliminares de lo que iba a suceder en cuanto cruzaran la puerta del noveno A.

La camisa de él, además de la blusa y el sujetador de ella, ya estaban desabrochados cuando por fin llegaron al piso de Paula. Ella lo arrastró hasta su dormitorio y lo empujó contra la cama, consciente de que su rodilla necesitaba reposo cuanto antes.

—Dame un momento y... —comenzó él, cuyo corazón iba a salirse por su boca y cuyos pulmones no daban más de sí.

—Lo siento, pero ahora soy yo la que no puede esperar.

Tras quitarse solo las botas, Paula se afanó en desnudarlo de pies a cabeza. Le echó una mirada que le otorgaba su más rotunda aprobación y comenzó a devorarlo, empezando por el cuello y saboreando cada rincón a su paso, sin dejarse un solo punto por el camino.

—Paula, espera un momento, yo...

Volvió a dejarlo sin palabras cuando no se detuvo al llegar a su ombligo, cuando, con decisión, atrapó su virilidad, primero con una mano, después con la boca abierta.

Él no pudo contener unos gemidos descontrolados, aún con la respiración y el corazón desbordados. Ella se regodeó en aquella sensación de poder, a pesar de que él le sujetaba la cabeza con manos temblorosas, debatiéndose entre apartarla o seguir desliziándose sobre su lengua hasta hundirse en su garganta.

Cuando sintió que se tensaba, Paula se apartó y se desnudó para él, recreándose en cada movimiento que él seguía con minuciosa atención. Aprovechó para encender una tenue luz en su mesilla justo cuando fue a sacar un preservativo que le puso con delicada lentitud.

—No te muevas —ordenó Paula al ver que él pretendía incorporarse.

Ric tragó saliva y dejó que ella se subiera sobre él, frotándose contra su desmesurada erección y llevándolo a la locura.

—Muy bien, como quieras —aceptó vencido cuando ella impidió que él la tocara, sujetando sus manos contra la cama.

Lo besó en la boca hasta que notó que él parecía ir a ahogarse y, justo entonces, se ensartó en él.

Lo cabalgó sin soltar sus manos, hasta que la necesidad la pudo y se las llevó a sus pechos, guiándolas con las de ella para que los abarcara y calmara la necesidad que la apremiaba.

—En cuanto me recupere, te juro que te vas a enterar —la amenazó con los dientes apretados. Y aunque ella soltó una leve carcajada, él logró apoyarse en su pies y alzarla en el aire con unas últimas brutales embestidas que eran un adelanto de lo que, efectivamente, le esperaba esa misma noche, cuando él recobraría un mínimo de sus fuerzas.

—¡Mami!

Sofía se despertó por el grito de su hijo. Se oía desde su habitación, pero enseguida escuchó sus pies resonar descalzos por el pasillo.

Por suerte, un estruendoso trueno amortiguó el sonoro impacto de Fran contra el suelo cuando ella lo empujó por puro instinto y lo tiró de la cama, seguido del cobertor, para tratar de esconderlo.

—¡Mami! ¡Truenos! —dijo Lucas al abrir la puerta de par en par, dejando entrar luz en el dormitorio.

Fran se incorporó de golpe, sobresaltado y sin comprender qué ocurría. Estaba profunda y plácidamente dormido cuando, de pronto, había sentido un fuerte golpe contra algo duro y frío. En cuanto logró sacar la cabeza de debajo del cobertor, vio a Lucas y comprendió todo.

—¿Fran? —se sorprendió el niño, a medio camino entre la puerta y la cama de su madre.

—Lucas. ¿Ya es por la mañana?

—No. —No quiso decir más. De pronto, sentir miedo de la tormenta le parecía algo que esconder ante Fran—. ¿Qué haces durmiendo en el suelo?

El hombre, consciente de qué él se había puesto los calzoncillos después de hacerle el amor a Sofía pero que ella se había quedado dormida entre sus brazos completamente desnuda, se levantó y lanzó el cobertor de nuevo sobre la cama, tapándola todo lo que pudo.

—Me quedé un rato más anoche, recogiendo los platos de la cena —comenzó a explicar, mirando con los ojos muy abiertos a Sofía, quien parecía horrorizada—. Justo después se puso a llover a cántaros, no ha parado todavía —inventó y señaló hacia la ventana, y un relámpago iluminó las rendijas de la persiana.

El trueno no tardó en llegar, y Lucas tembló. Fran se derritió de puro instinto de protección.

—Con este tiempo tan horrible, y de noche, no era aconsejable que cogiera mi coche. —Se acercó a Lucas y le puso una consoladora mano sobre el hombro, tratando de que dejara de temblar—. Mira lo que le pasó a Ric un día de tormenta.

—Lo pilló un camión —recordó el niño, angustiado. Después posó su mano sobre la de Fran, como si pensar que eso le pudiera pasar también a él lo atemorizara más que lo truenos—. Pero podrías haber dormido en el sofá, o en mi cuarto. Aquí en el suelo estarás muy incómodo.

Sofía se llevó las manos a la cara y Fran contuvo la risa.

—El sofá es muy pequeño para mí. Y tampoco quería despertarte. Por cierto —hiló a propósito—. Si aún no es por la mañana, ¿qué haces levantado?

—Yo...

—¿No te darán miedo los truenos?

Lucas agachó la mirada y después buscó la de su madre. Ella le sonrió y con un suave pestañeo, le indicó que podía confesar la verdad. No como ella, pensó con culpabilidad.

—Un poco —susurró avergonzado.

—¿Y pretendías dormir con tu madre porque está tronando?

—Siempre lo hago.

Fran miró a Sofía y ella se encogió de hombros. Fran la miró fijamente a los ojos, avisándole de que pretendía hacer algo y que solicitaba su colaboración.

—¿No acabas de cumplir siete años? —Se agachó frente a él y lo obligó a mirarlo a la cara. El niño asintió—. Pues los chicos de siete años ya no duermen con sus madres.

—¿Nunca más?

—Bueno... —Fran se rascó detrás de la oreja, justo donde se había llevado el peor golpe—.

Hay una sola excepción. Que tengas fiebre muy alta. Entonces ella puede dormir en tu cama, pero tú en la suya no. ¿Ahora no estás malo, verdad?

Lucas negó con la cabeza e hizo un puchero cuando un trueno, esta vez casi inmediato al relámpago, resonó haciendo vibrar las ventanas.

—Pero —Fran se levantó y apoyó de nuevo una mano sobre su hombro— hasta que un chico cumple los diez años, se le puede hacer compañía en su habitación hasta que se vuelve a dormir. ¿Quieres que te acompañe y te cuente por qué a veces puedes ver luces antes de un trueno y otras no?

—¿Y te quedarás hasta que me duerma?

—Tardes lo que tardes —aseguró Fran.

Sofía los vio marchar sin ni siquiera mirarla antes de salir. Había faltado muy poco para que su hijo viera algo que no tenía edad para entender, pero que tarde o temprano le tendría que explicar de forma que su cabecita lo aceptara. Porque entre ella y Fran había cambiado algo esa misma noche. Y ya no había vuelta atrás.

—¿Ya se ha dormido?

Fran volvió a la cama en menos de quince minutos y se aseguró de que ella se hubiera puesto algo de ropa.

—Sí. Estaba agotado. —Encendió la lamparita y la hizo girarse hacia él—. ¿Puedes explicarme por qué me has tirado de la cama?

Ella volvió a taparse la cara con las manos, completamente avergonzada.

—Lo siento, lo siento muchísimo. Lo he hecho sin pensar. —Le acarició la mejilla y se la besó como disculpa—. Gracias por seguirme la corriente. Lucas no habría comprendido que...

—¿Que tú y yo estamos juntos?

—Eso puedo explicárselo de otra forma más suave. No hace falta que me vea desnuda en la cama contigo.

—Entonces se lo explicaremos mañana. Los dos.

—Está bien —aceptó al ver la rotundidad de su propuesta.

—Pero te parece mal —interpretó él de su sumisa respuesta.

—No. Claro que no. Tiene que ver con normalidad que tú pases más tiempo aquí, o que vayamos más a tu casa. Es mejor que se lo digamos cuanto antes.

Fran se incorporó en la cama, pensativo. Ella se apoyó sobre un codo.

—¿Qué pasa?

—Te quiero. Y eso implica que quiero todo lo que eres, todo lo que haces, todo lo que tú amas. —La miró a los ojos y ella pudo ver pesar en ellos—. Lucas es... tú, parte de ti. Lo que tú más amas.

—Lo es.

—Y también lo quiero. No solo por ser parte de ti. Sino por él mismo. Es un niño... único. Y creo que él podría llegar a quererme también.

Los ojos de Sofía se anegaron en un segundo.

—Creo que ya te quiere —la voz apenas le salió.

—¿Y no te parece bien? —Parpadeó, evitando que le cayera la lágrima que ya sentía emerger—. ¿No crees que yo... podría ser un buen padre para él?

Sofía se arrodilló en la cama y se abrazó a Fran para su propio consuelo además del de él.

—Dudo que estuviera tan locamente enamorada de ti si no creyera que puedes serlo.

—Quiero serlo —su voz era un quejido—. Pero ansío aún más que tú quieras que lo sea. Que él quiera que lo sea.

Sofía acunó su rostro con dulzura y lo besó en los labios.

—Vamos a darle un poco de tiempo para que se haga a la idea de cuál es exactamente la

relación que tenemos —propuso tras pensarlo concienzudamente—. Y cuando lo tenga asumido, tú mismo podrás preguntárselo. No me cabe duda de que le encantará la idea de que seas su padre. El único que jamás tendrá.

—¿Quieres hielo? ¿O una pastilla? ¿O alguna pomada?

Ric hundió un poco más la nariz en la densa y perfumada melena rubia de Paula, de espaldas a él y pegada a su pecho.

—Ya me he dado cuenta de que eres un poco salvaje en la cama —le susurró al oído—, pero no creo que necesitemos nada de eso para seguir disfrutando como locos.

Ella le clavó el codo en la tripa sin demasiada fuerza, pero él exageró la protesta con un fingido aullido de dolor.

—Sabes de sobra que me refiero a tu rodilla. No frivolices. Sé que te has hecho daño. —Como él no respondió, ella se giró un poco para mirarlo a los ojos—. No deberías haberte puesto encima. La has forzado.

Ric la cogió por ambas muñecas y se deslizó sobre ella, quedando de nuevo en la misma postura que la última vez que habían hecho el amor. Toda ella se estremeció ante aquel recuerdo.

—Mi rodilla era la única parte de mi cuerpo que no ansiaba estar así, sobre ti. —Le hundió la cabeza en la almohada al besarla con tantas ganas que el cuerpo de ambos reaccionó de nuevo—. Y se acabó dejando convencer. Así que estoy bien.

—Hay cientos de posturas que podemos hacer sin que tengas que forzar tu pierna.

—¿Cientos? —Ric se apoyó en los codos y la miró alzando una ceja y la comisura de sus labios a la vez.

—Miles —se corrigió—. Además de otras cosas muy interesantes para las que ni siquiera tendrías que moverte.

Paula rodó sobre él de forma que sus piernas quedaran estiradas y libres de cualquier presión. Lo miró unos segundos, pensativa, y finalmente se levantó de la cama para ir hasta su armario. Cuando volvió, Ric vio que traía un pañuelo largo en sus manos.

Dejó que Paula volviera a colocarse sobre él, gloriosamente desnuda, y estudió su rostro un instante antes de que ella cubriera sus ojos con aquel pañuelo.

—Menos mal que mañana es domingo, porque si no tendrías que inventar una excusa para no ir al trabajo —fueron las últimas palabras de Ric antes de rendirse a las exigentes caricias que le obligaron a morderse los labios para no gritar y despertar a todo el vecindario.

Lo que él había dicho, insistió. Salvaje. Y, además, osada y creativa. Si no estuviera ya loco por ella, aquello lo habría puesto a sus pies sin la menor oportunidad de huir.

Capítulo 14

Lo de ir despacio parecía un chiste ahora que ya había pasado casi una semana desde la primera vez que habían hecho el amor, porque era viernes y Ric y Paula no habían vuelto a dormir solos ni una sola noche. La del jueves había sido la primera que habían pasado en casa de Ric. A su vuelta del trabajo, ella se encontró la comida en la mesa, y a Ric esperándola con solo un delantal sobre sus calzoncillos.

Tras una carcajada, le dio un beso, pero se sentó a degustar la misteriosa pasta que humeaba en dos platos. Se moría de hambre, y ya tendrían tiempo de jugar durante toda la tarde. Y parte de la noche.

Paula no recordaba una semana en la que hubiera dormido tan pocas horas en total. Pero no se quejaba. En absoluto. Se sentía capaz de convertir aquella maratón carnal en su día a día.

Mientras comían el experimento de Ric con un gesto de aprobación que a él le supo casi tan bien como sus besos, recordaron entre risas los comentarios de Lucas, ahora que le habían explicado — más o menos— su relación, tanto la de ellos como la de Fran y Sofía.

—Sois novios y os dais besitos —canturreaba el niño de repente, cuando nadie se lo esperaba, y salía corriendo por si le caía alguna regañina por la burla que, sin duda, habría oído en el colegio.

Como la noche anterior no habían estado interesados más que en una estancia de la casa, el dormitorio de Ric, Paula quiso explorar el resto de dependencias después de comer. Sobre todo, aquel lugar del que tantas veces le había hablado Ric: su guarida.

Con él como guía, conoció su rincón favorito, su sofá de pensar, un mueble a todas luces fabricado a su medida. También había una cama allí, esta meramente funcional, para las intensas jornadas de escritura continuada que le proporcionaban sus momentos de mayor inspiración.

En el medio de aquel inmenso lugar había dos mesas con dos ordenadores, uno portátil y otro de escritorio. Descontando esos muebles y unas cuantas estanterías repletas de libros, el resto de la habitación era como una enorme tienda de juguetes del futuro.

Ella ya sabía que era así como él conseguía las detalladas descripciones con las que se explicaba en sus novelas, pero verlo era como viajar dentro de un sueño. Pues a ella sus historias siempre la habían hecho soñar.

—Esto es impresionante. Deberías organizar visitas guiadas para tus lectores. Ya sabes, para todos tus fans —se burló, haciendo referencia a un comentario de él.

—Mi casa entra dentro de mi ámbito personal, no profesional. Y tú solo estás aquí por asuntos estrictamente personales —recalcó, acorralándola contra una de las mesas.

—Ahora mismo, me interesa más revolver entre tus cosas que entre tu ropa —le dio un rápido beso y se escabulló antes de que pudiera volver a atraparla.

—Por eso no me he puesto nada más que el delantal —protestó con los brazos en alto, haciéndola reír a carcajadas mientras seguía curioseando todo lo que se iba encontrando por el camino.

Un teléfono sonó sobre uno de los escritorios y Ric, farfullando algo que Paula no llegó a comprender después de ver la identificación de llamada, pulsó un botón de la base del aparato y habló sin dirigirse a ningún punto en concreto.

—Hola, Joana. ¿Qué tal?

—¿Que qué tal? ¿Y te atreves a preguntármelo? ¡Llevo toda la semana llamándote y no sé nada de ti! Pensé que te había vuelto a atropellar un camión.

Paula se tapó la boca para que no la oyeran reír por el altavoz, pero miró a Ric con gesto de reproche. No estaba bien andar preocupando a la gente que, al parecer, se interesaba por él, fuera quien fuera esa tal Joana.

—Estoy perfectamente. Mejor que nunca, de hecho —añadió, lanzándole un beso a Paula, quien se ruborizó y dejó un muñeco alado para dirigirse a las estanterías—. Pero he estado fuera de casa por... asuntos personales.

—¿Asuntos más importantes que tu trabajo? —gritó la mujer aún más alto.

—Mucho más importantes.

Paula no lo sintió acercarse. Pero lo notó pegado a su espalda, justo antes de que hundiera el rostro en su melena, de aquella forma que a él parecía embriagarle y que a ella le ponía la piel de gallina.

—Muy bien. Tú sabrás —aceptó finalmente la mujer que, Paula dedujo, era su agente—. Pero, después de estos meses de retraso por tu accidente, que entiendo que has necesitado para recuperarte, tengo que saber cómo llevas tu última novela. Quiero datos concretos. Y una fecha aproximada.

Ric suspiró antes de susurrarle a Paula al oído que volvía en un rato. Se dirigió a la mesa y se llevó un teléfono inalámbrico por el que continuó la conversación en cuanto salió por la puerta.

—Sobre papel tengo bien poco —oyó que decía justo antes de arrimar la puerta—, pero en la cabeza lo tengo prácticamente resuelto.

Paula desconocía si aquello eran buenas o malas noticias para la estricta Joana, así que los dejó con su conversación laboral y se dedicó a investigar entre los libros de Ric. Encontró varios ejemplares de sus propias obras, primeras impresiones y ediciones especiales, pero también numerosos libros de otros autores. Se fijó en cada uno de ellos para descubrir qué clase de literatura le gustaba. Le sorprendió comprobar que muchos de esos libros estaban firmados y dedicados para «un colega con mucho talento», «una joven promesa de la narrativa», o «mi más duro competidor».

Paula se preguntó cómo sería Ric en esos círculos sociales tan selectos. A ella siempre le había parecido un hombre cercano, nada engreído. La fama no se le había subido a la cabeza, y era algo que ella agradecía. No podría soportar que se convirtiera en un petulante snob. Ese no sería el hombre del que ella se había enamorado.

En una estantería más alta encontró varios álbumes de fotos. Llena de curiosidad, cogió unos cuantos y se sentó en una de las mesas en busca de fotos de Ric de pequeño. Seguro que había sido una ricura de niño.

Los minutos volaron contemplando cómo un bebé regordete y de enormes ojos azules iba haciéndose un niño gordito y, según mostraban muchas fotos llenas de cosas rotas, travieso. Este dio paso a un adolescente más esbelto y deportista, con medallas de diferentes competiciones, rodeado de amigos y compañeros. Con jovencitas monísimas abrazadas a él, sonrientes y claramente enamoradas, aunque apenas ninguna de ellas salía más de una vez en las diferentes fotos.

«Menudo rompecorazones», se dijo, con el pecho rebosante de felicidad, pues ahora él era suyo.

El último álbum era el más actual. Tenía fotos de su licenciatura, firmas de libros y entregas de premios. Identificó unas cuantas en las que salía una anciana que, ella recordaba perfectamente, era la señora Marifeli, su vecina hasta hacía un par de años. Tristemente, había fallecido, pero ella había tenido el placer de conocerla en alguna ocasión que había acompañado a Ric a la frutería.

Después halló algunas fotos de fiestas de fin de año, barbacoas al aire libre, festivales y conciertos musicales. Siempre salía en esas fotos con muchísima gente, no sabía si amigos o solo conocidos, pero tanto hombres como mujeres lo abrazaban por un hombro o la cintura, expresando claras muestras de afecto. Ese era Ric, pensó, un hombre que se hacía querer.

Supo que había estado sonriendo durante todo el visionado de fotos cuando la sonrisa le desapareció de golpe del rostro y el gesto le resultó doloroso. Pero más doloroso aún fue la punzada que sintió en el pecho cuando ató cabos y comprendió la enorme mentira que se cernía sobre su cabeza.

Tuvo el impulso de levantarse y salir corriendo de aquella casa, pero las piernas no le respondían. Seguía clavada en el asiento cuando Ric entró por la puerta con el teléfono aún en la oreja.

—Sí, Joana. En una semana te mando algo. Sin falta. Recuerdos a Esteban. Adiós.

Colgó y suspiró antes de frotarse la cara.

—Se me acabaron las vacaciones forzosas —comentó. Cuando centró su mirada en Paula, se le secó la boca—. ¿Qué te pasa? Tienes mala cara. ¿No te habrán sentado mal mis fetuccini? He seguido una receta de internet. Paso por paso. Lo juro.

Ella tragó saliva y puso toda su concentración en hablar sin derramar una sola lágrima.

—Ten cuidado con lo que juras, Ric —comenzó, y un dolor agudo atacó su garganta—. Porque voy a preguntarte esto una sola vez y quiero que me digas la verdad.

Ric no entendía nada, pero cuando Paula giró un álbum de fotos hacia él y señaló la fotografía en la que él estaba con dos amigos, el suelo se abrió bajo sus pies.

—¿Sabes que este hombre de aquí, el que te abraza con la confianza de un amigo, es mi exmarido?

—Sí —confesó sin tardar un segundo de más.

—Vale. No necesito saber nada más. —Se levantó y se dirigió a la puerta.

Ric se le adelantó y la cerró, poniéndose en medio.

—Aparta ahora mismo o no respondo.

—Lo supe ese día. Ese mismo día, en ese concierto. Por eso desaparecí de tu vida una temporada. Pero tenía que verte y volví a la frutería. Aunque ya no me volví a comportar como hasta entonces. Eras la mujer de un amigo. No podía ser.

La mirada que ella le echó habría congelado el mismísimo infierno.

—¿Eso fue lo que él te dijo? ¿Que no miraras a su mujer, que no le hablaras, que no podía tener amigos?

—¿Qué? —Aquello le sonó a algo que ella aún no le había contado. Un marido posesivo, que no la dejaba vivir su vida. Tal vez aquellos fueran sus primeros problemas de pareja. Antes de la infidelidad de él—. No. Él no sabe nada. Ni siquiera que nos conocíamos.

Ella frunció el ceño. Al parecer no se había esperado eso.

—Recuerdo ese concierto. Discutí con él porque yo quería ir con mis propios amigos, y él insistió en que fuera con los suyos. Por supuesto, hice lo que yo quería, él no era mi dueño. Pero nos encontramos allí. Le he dado vueltas, y recuerdo que él estaba muy pesado con presentarme a un amigo suyo, un escritor. Pero no me dijo tu nombre, dijo otro. No logro recordarlo.

—Te diría «Richi». —Se mordió el labio, nervioso—. Es como me llaman los amigos que tenemos en común.

—Puede ser —aceptó, pero no lo miró a la cara.

—Iba a presentarnos, y yo iba a ir encantado. Pero justo lo vi a tu lado, besándote, y te reconocí. Fui un cobarde, y me largué. Jamás le mencioné nada. Ni siquiera cuando vino llorando a mi casa, borracho, porque tú querías el divorcio. Por supuesto, se cuidó mucho de no mencionar que te había sido infiel. Si no lo habría noqueado de un solo puñetazo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Curioso, porque eso mismo es lo que tengo ganas de hacerte yo a ti.

—Lo siento —marcó cada sílaba—. No sabía que os habíais llegado a divorciar, y él me aseguró la última vez que lo vi que iba a hacer lo que fuera por reconquistarte. No tenía derecho a meterme en medio, por eso trataba de ignorarte cada vez que nos veíamos.

—¿No se te ocurrió que yo podría tener algo que opinar en todo aquello? —Odiaba que decidieran su vida por ella.

—Creí que, si no te mencionaba nada, yo no era un rival en potencia y tú volverías con él, que ya era tu marido.

—¿Y no se te ocurrió dejar de comprar en mi tienda? —La obviedad le parecía innecesaria de

mencionar, pero aun así lo hizo—. No verte cada puñetera semana habría sido mucho más efectivo.

—Fui débil. —Se moría por tocarla, pero sabía que no podía hacerlo. De momento—. Me justificaba a mí mismo diciéndome que ninguna otra frutería de Vigo tenía la calidad de vuestros productos. Pero era una excusa. Necesitaba verte, aunque solo fuera eso.

No iba a ablandarla, ni con esas palabras ni con esos ojos suplicantes.

—¿Y cuando te conté todo en mi casa? Te confesé su infidelidad, te dije su nombre. ¿No crees que habría sido un buen momento para contarme la verdad?

—Sí. —Aquello lo mortificaba desde el momento en que decidió callar—. Y eso era precisamente lo que iba a hacer cuando fui a tu casa. Pero estaba medio mareado por el esfuerzo de la subida, luego tú me dijiste que Álex se había acostado con otra en vuestra cama... Y yo no supe cómo reaccionar. Pensé... pensé que podría decírtelo más adelante.

—¡Pues te equivocaste! —le gritó con todas sus fuerzas.

—Lo sé. Y lo siento. He pensado en decírtelo cada día, pero no sabía cómo. No quería estropear esto que estaba surgiendo entre nosotros.

—¿Esto? —Hizo un gesto con ambas manos, como si eso a lo que se refería no fuera importante—. ¿El sexo desenfrenado?

—¡No! Sabes que no es solo eso. —Dio un paso hacia ella, pero fue rápida y retrocedió—. No me vengas con que es solo eso, Paula, porque lo dos sabemos que es mucho más.

—Yo ya no sé nada, Ric. —Se dio la vuelta y caminó hacia una ventana—. No sé quién eres, no sé qué quieres de mí. No sé si puedo volver a confiar en ti. Porque no sé si hay más mentiras entre nosotros o si las volverá a haber.

La rodilla mala le tembló, como si aquellas palabras lo hubieran atacado en su parte más débil. Después se dio cuenta de que no le había dolido el corazón porque, de pronto, era como si ya no estuviera dentro de él. Ella se estaba alejando, y se lo llevaba consigo.

—No te he dicho más mentiras jamás, ni lo volveré a hacer. Mi único secreto ha sido amarte en silencio y ocultártelo de la misma manera que te he ocultado los motivos para hacerlo.

Ella se giró, caminó hasta él y se lo quedó mirando. Acababa de decirle que la amaba, pero ella no podía creerle.

—¿Qué puedo hacer para que me perdones? —le dijo Ric, estirando una mano hacia ella.

Supo que su corazón seguía dentro de él cuando ella rechazó su contacto y un pinchazo lo atravesó como una espada.

—Necesito tiempo, Ric. Para pensar en esto.

—Lo entiendo. —Tras un largo minuto observándola, se hizo a un lado y le dejó libre el acceso a la puerta—. Pero no me rendiré, Paula. Hay errores que no tienen perdón. Pero creo que lo que tú y yo tenemos merece que nos demos otra oportunidad. Que tú me perdones y me des otra oportunidad —concretó.

—Ya te llamaré. —Con esas frías palabras, salió de su casa y, por el momento, de su vida.

Y hasta que no estuvo en el coche, lejos de allí, no se permitió romper a llorar como hacía años que no lloraba.

Un atasco de lo más inoportuno hizo que Sofía llegara tarde a recoger a su hijo a la salida de la escuela. Le consolaba la idea de que era viernes y, a menudo, varios compañeros de Lucas se quedaban jugando al fútbol en el patio mientras los padres y madres peleaban por darles la merienda y charlaban entre ellos.

Solo lo vio de espaldas, pero lo reconoció como si no hubiera pasado ni un solo día desde la última vez que se había cruzado en su vida. Tal vez lo recordara tan bien porque él le dio la espalda al marcharse, literal y figuradamente, dejándola sola y embarazada a los diecisiete años.

Caminó rauda, a pesar de que las rodillas le temblaban, y se juró ser fuerte antes de plantarse entre aquel hombre y su hijo, al que se había atrevido a acariciar la cabeza, como si tuviera derecho

a mirarlo siquiera.

—Soy un viejo amigo de tu madre —oyó que le decía a Lucas justo antes de verla.

—Martín —la voz le salió firme, pero no le pareció la suya—. ¿Qué haces aquí?

—Sofía. —Le sonrió con un gesto lobuno, nada que ver con la sonrisa de hacía ocho años. Después notó un extraño tic en su mandíbula—. Estás preciosa. Mucho más que antes.

—No puedo decir lo mismo de ti. —Cogió a su hijo de la mano y le indicó que fuera a jugar con sus compañeros—. ¿Qué haces aquí? —repitió, encarándolo esta vez, en cuanto Lucas estuvo lejos.

—Quería conocer a mi hijo.

El corazón de Sofía se saltó un latido. Había temido que aquel momento pudiera llegar algún día. Pero solo eran pesadillas, se había repetido una y mil veces.

—Él no es tu hijo.

La cara de Martín dibujó una horrible sonrisa de suficiencia.

—Yo creo que se parece bastante a mí. ¿Qué crees que dirían unas pruebas de paternidad?

Aquello no la amedrentó.

—¿Qué quieres? Porque te recuerdo que me abandonaste cuando no tenía nada ni a nadie, a pesar de que te juré que era tuyo. Ahora no puedes venir a reclamar a un hijo que rechazaste voluntariamente. Ninguna ley respaldará una petición como esa.

—Era joven y egoísta. Pero ahora estoy arrepentido.

—Ve a otra con ese cuento. Y no vuelvas a acercarte a mí o a mi hijo. O llamaré a la policía.

—Quiero que me conozca, que pase tiempo conmigo —le gritó cuando ella se alejaba ya de él, pensando que con la amenaza de llamar a la policía lograría disuadirlo.

—¿Por qué? —No podía entenderlo, no después de tanto tiempo.

—Porque soy su padre. Y es mío.

Furiosa, se acercó a él y prácticamente pegó su cara a la suya. Visto así de cerca, parecía enfermo, nervioso, algo ido. Tal vez se hubiera vuelto loco.

—Hace falta mucho más que un poco de semen para ser de verdad un padre, Martín. No sé qué idea se te ha metido en la cabeza, pero si lo que quieres es un hijo, ve a buscarte con quién. Lucas es solo mío, porque tú así lo decidiste. Ya es tarde para cambiar de parecer.

—Sofía... —Estiró una mano para sujetarla por un brazo, pero ella se había girado bruscamente, por lo que enganchó la correa de su bolso y, en el forcejeo, este salió volando por los aires, cayendo todo su contenido por el patio encharcado.

—¡Aléjate de mí! —gritó mientras se arrodillaba en el suelo para recoger sus pertenencias.

Él le entregó la cartera, y ella se la arrancó de cuajo de la mano. Su intención era seguir ayudándola, pero cuando vio que varios padres se acercaban a ver lo que había pasado, mirándole a él con cara de sospecha, se marchó.

—¿Estás bien, Sofía? —Sintió sobre el hombro la mano de la madre de uno de los niños que había acudido al cumpleaños de Lucas—. ¿Te ha hecho algo ese hombre?

—Estoy bien. —Aceptó todos los objetos que le iban entregando, algo mojados por el agua de los charcos, y los guardó en su bolso roto—. Ha sido solo... un malentendido.

Fran se despertó cuando su móvil sonó sobre su mesilla. Las doce treinta y siete, leyó en su despertador digital. Muy tarde para llamar, a pesar de ser viernes.

Pensando que algo malo podría haberle pasado a Sofía o a Lucas, se apresuró a coger el teléfono. Cuando vio el nombre de Paula en la pantalla, no pudo evitar pensar en Ric y en la larga tarde que habían pasado charlando sobre su monumental metedura de pata. Aunque dudaba que ella quisiera desahogarse hablando por teléfono con él.

—¿Sí?

—¿Fran? Espero no haberte despertado.

Él decidió ser cortés con una mentirijilla piadosa.

—Acababa de acostarme. ¿En qué puedo ayudarte?

—Verás... —comenzó, dudosa—. Llevo horas dándole vueltas a la cabeza, pensando en si debía llamarte o no. Pero teniendo en cuenta lo que está suponiendo para mí que me hayan ocultado una verdad importante, creo que lo mejor que puedo hacer es contarte lo que ha pasado.

Fran se quedó callado unos segundos. No entendía muy bien a qué venía aquello.

—Si te refieres a lo que ha pasado entre Ric y tú, ya me lo ha contado todo él. Yo no quiero meterme en vuestros asuntos, y creo que tienes todo el derecho del mundo a enfadarte y estar dolida. Pero sí puedo decirte que él pretendía decirte la verdad el día que te llevó las flores. No sé qué le hizo callarse en el último momento, pero sí sé que está muy arrepentido. Y que lo último que quiere es hacerte daño.

Paula escuchó aquellas palabras con algo de amargura. Pero, al menos, oír a Fran hablar de esa manera hizo que se reafirmara en su decisión de hacer esa llamada. Era un buen hombre, y merecía que fueran sinceros con él. Y su amiga se merecía a un hombre así de bueno. Al igual que Lucas se merecía un padre como Fran.

—Gracias, Fran. Pero no llamo para hablarte de mis problemas con Ric.

—Ah, ¿no? Entonces...

—Ha pasado algo. Con Sofía y Lucas.

—¿Qué? —Salió de la cama de un salto—. ¿Están bien?

—Sí, están bien. Pero Sofía ha venido a verme muy preocupada para contarme algo. Y me ha hecho prometer que guardaría su secreto hasta que supiéramos más. Pero no puedo hacerlo. Tú tienes que saberlo.

—Por Dios, Paula, explícate de una vez.

—Es Martín. El tipo que dejó embarazada a Sofía —explicó, pues no estaba segura de que conociera su nombre—. Ha vuelto. Y quiere a Lucas.

Capítulo 15

Fran esperó el sábado, y el domingo. Pero Sofía no llamó. Él se prometió no llamarla, convenciéndose a sí mismo de que tarde o temprano ella lo haría, o se presentaría en su casa para contarle lo sucedido. Él formaba parte de sus vidas ahora. ¿Por qué no quería hablar con él sobre su terrible encuentro con ese sinvergüenza?

Estaba dando vueltas por su casa, como una fiera en una jaula, cuando oyó el característico sonido del motor de coche de Sofía. Era lunes por la tarde, así que podía estar allí simplemente para trabajar en casa de Ric. Muy bien, que lo hiciera, pero antes iba a tener unas palabras con él.

Salió de la casa y la vio aparcar detrás de su coche en el jardín. Solo ese hecho lo contuvo lo suficiente como para morderse la lengua y dejar que fuera ella la primera que hablara. No obstante, se quedó sin palabras cuando Sofía corrió hacia él, sin esperar siquiera a que Lucas saliera del asiento trasero, y se echó en sus brazos, llorando a mares.

—¡Fran! —Temblaba como un pajarillo, buscando el cobijo de su abrazo—. Me... me...

No podía hablar, estaba hiperventilando y él temió que le diera un ataque de ansiedad.

—Respira, despacio —le ordenó, mirándola a los ojos—. Dentro, fuera —explicó mientras él respiraba de esa misma manera.

El niño se acercó con el balón de baloncesto que le había regalado Ric por su cumpleaños bajo el brazo y los miró con curiosidad.

—¿Por qué no vas a ver si Ric quiere echar unos tiros, campeón? —propuso Fran, no queriendo que el niño viera así a su madre—. Yo me apunto dentro de un rato.

Lucas, que era pequeño pero no tonto y había visto a su madre muy nerviosa todo el fin de semana, y aún peor desde que lo había recogido esa tarde del colegio, miró a Fran a los ojos un largo rato sin responder. Finalmente, echándole una mirada de reojo a su madre, se giró y se marchó botando su balón de una mano a la otra, como Ric le había enseñado.

Fran lo vio alejarse con un sabor amargo en la boca. Qué niño tan listo, pensó, y qué cantidad de cosas era capaz de transmitir con solo una mirada. Le había dejado claro con esos enormes ojos que se iba porque él quería, porque sabía que eso era lo que debía hacer para que su madre se pusiera bien. Pero que más le valía cuidarla. Que solo la dejaba allí con él porque confiaba en que él pudiera ayudarla.

Sofía recuperó la cadencia de la respiración y Fran la separó un poco de él para dejarle más espacio para respirar.

—¿Mejor?

Ella asintió con un leve gesto de la barbilla. Abrió la boca y echó a borbotones todo lo que había pasado.

—Me han echado, Fran. A la mañana de los chalets y esta tarde de la frutería. —Un sollozo trató de escaparse de su garganta y ella se lo tragó con un jadeo—. Los Suárez y los Rubio quieren denunciarme. Dicen que me meterán en la cárcel.

—¿Qué? —Y él pensando que iba a hablarle del tal Martín. No entendía nada—. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Fran la hizo sentarse en una de las sillas del porche, se acuclilló frente a ella y le tomó ambas manos. La escuchó explicarle cómo había acudido esa mañana al chalet de los Rubio y, cuando iba a sacar las llaves para abrir, se dio cuenta de que no las tenía. Pensando que las habría olvidado en casa, probó a llamar por si algún miembro de la familia no se había ido aún a trabajar. Cuando

abrieron, estaban todos allí. El matrimonio y los tres hijos. Uno de ellos abogado. Le contaron que, cuando volvieron de esquiar el domingo por la tarde, descubrieron que les faltaban varios objetos de valor y dinero en efectivo. Pero que ninguna cerradura había sido forzada. Y que, cuando llamaron a varios vecinos para saber si había habido más robos, solo los Suárez confirmaron que ellos habían sufrido el mismo tipo de hurto. Sin destrozos, sin puertas ni ventanas forzadas, solo joyas y dinero desaparecidos.

—Casualmente las dos familias para las que trabajas tú. Vale, pero esa no es prueba suficiente —concluyó Fran, indignado.

—Gonzalo Rubio, el que es abogado, me preguntó por qué había llamado al timbre y no había abierto con mis llaves. Y antes de que pudiera decirle que las había olvidado, me acusó de tener una coartada planeada. Alegar que las había perdido o que me las habían robado.

—¿Y las has perdido?

—Creo que sí. —Suspiró poco profundamente, no le cabía el aire en los pulmones—. Después de que me echaran, advirtiéndome de que volvería a tener noticias de ellos porque me iban a denunciar, me fui a casa y las busqué, pero no las encontré por ningún lado. Y eso que es un llavero enorme, con varias llaves de los dos chalets. —Se frotó la cara. Le dolía la cabeza, le ardían los ojos. Aquello era una pesadilla—. Luego me llamaron de la frutería y me dijeron que no volviera por allí. Que no querían ladronas en su tienda. Seguro que en cualquier momento la policía viene a buscarme.

Fran se puso en pie. Dio unos cuantos pasos por el porche, pensando. Vio a Lucas al otro lado de su jardín, botando el balón y lanzándolo al aire por encima de la verja abierta, como si se lo pasara a sí mismo. Tal vez Ric no estuviera en casa.

—Vamos a pensar con claridad. —Trató de concentrarse—. ¿Cuándo fue la última vez que usaste esas llaves?

—El viernes a la mañana —respondió de inmediato—. Me marché a las dos de casa de los Suárez. Me fui a comer y a las cuatro y media fui a recoger a Lucas.

Fran apretó la mandíbula, esperando que ella le contara lo sucedido a continuación. Pero se mantuvo callada. Incluso cuando alzó la vista y él la atravesó con los ojos, no le dijo nada. Aquello lo enfureció.

—¿Y las llevabas encima cuando fuiste a recoger a Lucas? —soltó de pronto, recordando punto por punto la conversación telefónica con Paula. Empezaba a imaginarse qué podría haber pasado—. ¿Las tenías en tu bolso, Sofía? —Lo señaló, apoyado en su regazo—. ¿En ese bolso que llevas con una correa remendada?

—Es posible, pero... —Se llevó ambas manos a la cara. La mirada de él lo decía todo—. Lo sabes. Paula te lo ha contado.

—Sí, me lo ha contado. ¡Y veo que tú no tenías ninguna intención de hacerlo! —No pudo evitar gritarle—. Ni siquiera ahora, cuando es posible que sea él quien te las ha robado.

—¿Qué? —Ella había pensado que se habrían quedado en el suelo del patio y que cualquiera las habría cogido. Pero, ¿cómo saber de qué casas eran? No había ninguna indicación en el llavero. Solo alguien que la conociera bien podría imaginárselo.

—Piénsalo bien. Todo lo que hay en tu bolso se cae. Y él está ahí, incluso te ayuda a coger algunas cosas. —Razonó Fran, todo cuadraba ahora—. Después tus llaves no están por ningún lado. Y él ha dado contigo, ha logrado encontrar el colegio donde estudia Lucas. También puede haber descubierto dónde trabajas.

—Es... cierto. —El mundo se le vino encima—. ¿Pero por qué haría algo así?

—Para hacerte daño. —Para él era más que obvio—. Quiere a Lucas. Si cree que lo necesitas, si logra dejarte sin trabajo, tal vez lo dejes volver a entrar en vuestras vidas.

—Eso nunca va a ocurrir —sentenció Sofía, poniéndose en pie.

—¿No? —La cogió por los brazos—. ¿Si te metieran en la cárcel por robar, por ejemplo, qué sería de tu hijo?

Eso mismo se había estado planteando ella desde esa mañana. Ese era su mayor miedo.

—¿Se quedaría con su tía Paula? —respondió él mismo—. Ella estaría encantada, pero si el padre biológico lo reclama, tendría prioridad sobre ella. O sobre el novio de su madre —añadió, rechinando los dientes—. Lo sé, lo he consultado con un amigo abogado este fin de semana.

Sofía se escurrió entre sus manos. Él había dado muchos pasos por su cuenta. Pero no podía recriminárselo, era ella quien le había ocultado la verdad.

—No quiero que Martín se quede con mi hijo. —Sofía no pudo más y se derrumbó de rodillas sobre el porche—. No dejes que se lo lleve.

—No permitiré que Lucas quede bajo la custodia de un desconocido, de un padre que tuvo la cobardía de abandonarlo, y menos aún de un drogadicto. —Sofía lo miró extrañada cuando se arrodilló junto a ella—. Paula me dijo algo sobre que le viste muy mala cara, además de unos tics extraños en la mandíbula. ¿Podrías tratar de imitarlos?

Ella hizo unos movimientos con la barbilla, como si tuviera la mandíbula desencajada. Después alzó la cabeza, como si señalara con el gesto.

—Lo imaginaba. Estaba con el mono. Toma cocaína o pastillas.

Sofía sufrió una náusea.

—Madre de Dios, Fran. Esto no puede estar pasando.

—Vamos a arreglar las cosas, Sofía. Te lo prometo. Pero no tienes que volver a ocultarme nada, ¿entiendes? Si no, no podré ayudarte.

—Lo siento. Tenía vergüenza, o miedo a lo que pudieras pensar.

—¿No confías en mí? —Eso era lo que le había demostrado ese largo fin de semana sin llamarlo.

—Sí, claro que sí —respondió de inmediato.

—Vosotros sois mi familia, Sofía. —La hizo levantarse y le acarició las mejillas—. No dejaré que nadie me la robe.

Iba a besarla cuando el móvil sonó dentro del bolso. Ella se apartó para cogerlo.

—Paula, hola. ¿Qué? Sí, es cierto, me han echado. También de los chalets. Estoy hablando con Fran, y creemos que Martín es el causante de todo.

Alzó la vista y vio a Fran bajar corriendo las escaleras del porche con una mano en alto y la cara desencajada.

—¡Cuidado! —le oyó gritar, mientras daba zancadas por el jardín—. ¡Carlos! ¡No!

El móvil se deslizó entre sus manos y cayó al suelo mientras asimilaba esas palabras y veía a Lucas en mitad de la carretera, persiguiendo su balón. El chirrido de un vehículo al frenar en seco le hizo daño en los oídos, repitiéndose en su cabeza una y otra vez, como si la frenada fuera un bucle sin fin.

Se tropezó con sus propios pies al bajar los escalones y sintió que se arrastraba sobre el césped del jardín. El corto trayecto se le hizo eterno mientras veía a Fran envolver con sus brazos a Lucas, interponiéndose entre el coche y el niño. Se oyó un ¡bum!, y Sofía creyó que iba a desmayarse en ese momento.

Cuando llegó allí, el conductor se bajaba ya del vehículo, casi tan asustado como ella. A un palmo del capó, Fran y Lucas se abrazaban el uno al otro, de rodillas en el suelo.

—¿Están todos bien?

—¡Mami! —sollozó Lucas, mortalmente asustado.

Fran lo soltó y dejó que corriera hacia su madre, quien lo arrastró hasta la acera.

—Gracias a Dios, lo único que he atropellado ha sido el balón —comentó el hombre, sacando los restos de goma de debajo de una rueda delantera—. ¿Está usted bien?

—Sí. Gracias. Váyase tranquilo. Por suerte, no ha pasado nada.

El hombre se fue y Fran caminó tambaleante hacia Sofía, que besaba a Lucas compulsivamente.

—¿Estás bien, campeón?

—Métete en el coche, Lucas. Nos vamos. —Sofía se levantó y empujó a su hijo hacia el jardín.

—No creo que sea necesario llevarlo al hospital —aportó Fran, mirándolo caminar con normalidad—. No ha llegado ni a rozarle.

—Me lo llevo a casa, Fran. No es un sustituto de tu hijo muerto.

Aquellas palabras fueron como un puñetazo en el estómago, uno tan fuerte como para lanzarlo a un metro de distancia.

—¿Qué estás diciendo?

—El que no sabe lo que dice eres tú —le recriminó con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Le has llamado Carlos! ¡Carlos!

—No... no me he dado cuenta.

—Ese es el problema. ¿Qué pasará cuando estemos haciendo el amor y me llames Rosa? ¿Sin darte cuenta?

—Eso nunca pasará. —Fue contundente, pero ella ya no creía en sus palabras—. Esto ha sido distinto. Porque era demasiado parecido a lo que sucedió, Sofía. Ha sido como verlo a él ahí, en la carretera y...

—Creí que realmente te habías enamorado de mí, por mí misma, y que Lucas era capaz de despertar en ti el amor de un padre. Pero nunca pensé que lo que estuvieras buscando fuera llenar un vacío, y que nosotros fuéramos las piezas que encajábamos perfectamente en él. He sido una tonta.

Ella se dirigió a su coche y Fran la persiguió.

—No es nada de eso. ¿Cómo puedes pensar algo así? —La obligó a girarse—. Estás en shock, Sofía, por lo que acaba de pasar, y por todo lo que te ha pasado esta mañana. Realmente no sientes lo que me estás diciendo.

—No me digas lo que siento o dejo de sentir.

—¡Tú tampoco me lo digas a mí!

Al ver que levantaba la voz, miró dentro del coche y vio a Lucas llorando.

—No quiero que mi hijo presencie esto. —Abrió la puerta del conductor y lo miró antes de entrar—. Ya hablaremos, Fran. Tengo muchas cosas que resolver ahora mismo.

Lleno de impotencia y frustración, Fran la vio marchar. Y vio a Lucas mirarlo desde la ventanilla con cara triste y asustada.

Ella necesitaba pensar y darse cuenta de que aquello no tenía sentido. Habían pasado muchas cosas de golpe y no la dejaban pensar con claridad, eso era. Así que él sería el que pusiera cordura a la situación. Y lucharía por su familia. Su nueva familia. Tal como le había prometido hacía solo unos minutos.

Oyó un ruido en las escaleras del porche y fue a comprobar qué era. El móvil de Sofía vibraba contra la madera. Una foto de Paula aparecía en la pantalla.

Fran vio aquella llamada como una señal. Ya sabía por dónde podía empezar.

—¿Paula? No, soy Fran. Escucha, necesito tu ayuda.

Ric terminó de vestirse y fue a atender el timbre de su casa, que sonaba ya por tercera vez. Imaginaba que sería Fran, que volvía de la dirección que Paula le había facilitado, tal como le había explicado hacía unas horas. Él había pasado el fin de semana trabajando para llevarle los primeros capítulos de la novela a su agente ese mismo lunes. Y en ese tiempo había sucedido de todo.

Como amigo de Sofía, de Lucas y de Fran que era, se había ofrecido a ayudar en lo que pudiera. De momento, tenía a algunos colegas periodistas tirando de sus fuentes para dar con el posible camello del tal Martín, además de un contacto en la policía que les iba a mantener al corriente sobre los avances de la investigación del robo en los chalets.

Abrió la puerta tras un cuarto timbrado y la boca se le abrió casi a la vez.

—¡Richi! ¡Pero si estás de pie!

—Eh... ¡Álex! —El hombre se abalanzó sobre Ric para darle un fuerte abrazo—. ¿Qué haces

aquí?

—¡Visitar al atropellado! —exclamó con las manos en alto—. Pero ya veo que estás como una rosa.

Sin que Ric le dijera nada, él se metió en su casa y fue entonces cuando vio que había una mujer hablando por el móvil en el porche.

—¿Y esa quién es?

La sonrisa de Álex se amplió hasta cubrirle casi todo el rostro.

—Charline. Nos hemos casado en Las Vegas hace un mes. ¿A que es un bombón?

Los saludó con una mano de larguísimas uñas, mientras hablaba casi a gritos en inglés y masticaba un chicle con la boca abierta. El abrigo de piel que llevaba ocultaba su figura, pero el rostro maquilladísimo no lograba disimular que era muy joven. Veinte años a lo sumo.

Ric arrió la puerta lo justo para no oír la verborrea del nuevo fichaje de su amigo y se dirigió a la cocina para sacar unas bebidas.

—Llegué hace unos días a Barcelona. Allí me encontré con Julio, Paco y los demás —comentó, refiriéndose a los amigos que tenían en común, otros deportistas a través de los cuales se habían conocido—. Y me dijeron lo de ese camión que te hizo volar por los aires.

—Sucedió hace casi cuatro meses. —Fue a sacar tres cervezas de la nevera. Pero al darse cuenta de que en Estados Unidos estaba prohibido el alcohol para los menores de veintiuno, acabó sacando dos y un refresco. Abrió los dos botellines y le ofreció uno a Álex—. Ya estoy casi recuperado.

—Me alegro, tío. Mogollón.

Le dio un par de palmaditas en el hombro y Ric no pudo más.

—La última vez que pisaste esta casa, borracho y llorando, me aseguraste que ibas a recuperar a tu mujer y que jamás firmarías el divorcio. —Le dio un largo trago a su bebida sin dejar de mirar aquellos ojos negros que iluminaban su bronceadísimo rostro de actor de Hollywood—. ¿Y ahora te presentas con una cría y me dices que te has casado con ella?

—Tiene diecinueve años. —La voz y el rostro se le ensombrecieron—. Es modelo y actriz desde los quince. Sabe lo suficiente de la vida como para saber lo que hace.

—¿Estás enamorado de ella?

—¿A qué viene eso? —Álex se carcajeó con ganas.

—Responde.

—¡Claro! Nos hemos casado.

—¿Y qué hay de tu exmujer? ¿Cuándo te olvidaste de ella?

El interrogado soltó la cerveza de golpe contra la encimera y se acercó a Ric con gesto ofendido.

—Ella me pidió el divorcio, se negó a volver conmigo por mucho que se lo rogué. Me marché del país y rehice mi vida. ¿Qué tiene eso de malo?

—Nada. —Ric dio otro sorbo a su cerveza antes de soltarla sobre la mesa—. Solo quería asegurarme de que no pretendes volver a su vida. Porque ahora está conmigo.

Mil expresiones pasaron en un momento por el rostro de Álex. La última debería haber sido suficiente aviso para Ric, pero realmente no creyó que su amigo fuera a hacer algo así. Pero se equivocó. Y el puñetazo que le propinó en el ojo izquierdo estuvo a punto de tumbarlo en el suelo. Por suerte, la mesa frenó su caída. Aun así, se quedó mareado unos cuantos minutos.

—No te quites el hielo o se te hinchará el ojo como un globo —le advirtió en inglés Charline, que había entrado en la cocina justo a tiempo de presenciar el puñetazo—. Habría sido mejor que este orangután te hubiera abierto la ceja. Pero ahora, toda la sangre se te irá acumulando sobre el párpado, como a los boxeadores. —Acarició la mejilla de Ric con sus dedos de largas y afiladas uñas. De pronto, dio un brinquito—. ¡Uy! Mi teléfono. Tengo que dejaros otra vez.

Álex esperó a que su mujer se fuera al salón. Miró a Ric a los ojos y suspiró.

—Perdona —carraspeó—. Pero ha sido imaginarnos juntos y me he vuelto loco.

—Ya. —Ric se palpó el ojo, ya estaba empezando a inflamarse—. Pero supongo que Paula no se lió a golpes ni contigo ni con la mujer que te estabas follando en vuestra cama cuando os descubrió juntos.

Álex sintió que, con esas palabras, Ric le devolvía el puñetazo. Habría preferido que se lo hubiera dado de verdad.

—Fui un cabrón. Y ella jamás me perdonó.

—Yo me enamoré de ella antes de saber que era tu mujer. —Decidió explicárselo todo—. Luego lo descubrí por casualidad y me propuse no intentar nada con ella, que ni se imaginara lo que sentía. Incluso traté de dejar de sentirlo. Y hasta hace cosa de un mes no he dado un solo paso hacia ella. Aunque, realmente, fue Paula quien dio el primer paso hacia mí.

Álex rio sin ganas. Su Paula siempre tan decidida.

—¿Está enamorada de tí?

—Lo estaba. Hasta que el viernes pasado encontré una foto tuya y mía entre mis cosas. Yo no le había mencionado aún que nos conocíamos. Lo había ocultado tanto tiempo que no sabía cómo decírselo. —Se apartó el hielo unos segundos. El frío le estaba adormilando toda la cara—. Y ahora no sé si conseguiré que me perdone.

—¿Y tú estás enamorado de ella?

Ric rio. Ahora él le lanzaba la misma pregunta que el propio Ric le había hecho hacía unos minutos.

—Desde el primer momento en que la vi.

Capítulo 16

El vecindario era de lo mejorcito que Fran había visto en toda su vida. Y la taza de porcelana china que tenía en la mano, con un café que olía a las mil maravillas, debía de costar más que todo lo que él llevaba puesto encima. Dio un sorbo y sonrió con gratitud a la doncella de cofia y mandil que esperaba su aprobación o la petición de más leche.

En cuanto una mujer vestida como una enfermera de los años cincuenta entró en el saloncito empujando a una anciana en su silla de ruedas, Fran dejó la taza a un lado y se puso en pie.

—Siéntese, por favor —solicitó la mujer con un gesto de la mano—. Podéis retiraros —le indicó al servicio, y esperó a que cerrara la puerta—. Usted dirá, señor...

—Francisco. —Le tendió una mano que ella aceptó sin mucha fuerza y con la suya helada—. Llámeme Fran, por favor, señora Márquez.

—Muy bien, Fran. Ha despertado usted mi curiosidad. —La anciana lo miró de arriba abajo. El contacto de su mano le había provocado una especie de escalofrío, pero uno muy agradable. Tranquilizador—. ¿Qué es eso tan importante que tiene usted que decirme sobre mi nieto Martín?

—La verdad es que esperaba que usted pudiera ayudarme a encontrarlo.

La señora Márquez, abuela paterna de Martín y su tutora legal desde que el muchacho quedara huérfano de padre y madre a los diez años, observó a su visitante con ojo crítico. No se parecía en nada a los sinvergüenzas que lo habían acompañado en sus últimas visitas. Ni siquiera a los amigos que había tenido de más joven, otros niños ricos sin oficio ni beneficio.

Aquel hombre le parecía una persona de bien. Y ella no solía equivocarse en sus estimaciones.

—Si quiere verlo, déjeme su teléfono y le haré llamar la próxima vez que mi nieto venga a tratar de sacarme dinero. No creo que tenga que esperar mucho.

Fran se quedó callado unos instantes. No se había esperado que fuera fácil dar con él, pero tampoco que la situación con el único pariente que Paula le había dicho que le quedaba a Martín fuera tan tensa.

—Parece sorprendido. ¿Acaso no conoce a mi nieto?

—No. No en persona.

Aquello despertó aún más la curiosidad de la mujer quien, salvo por los disgustos que le daba su único nieto y los sobresaltos que sufría su delicado corazón, tenía una vida de lo más aburrida y monótona.

—¿Y qué le lleva entonces a querer encontrarlo?

—Le ha hecho daño a dos personas muy importantes para mí —explicó sin más detalle—. Y pretendo obligarle a enmendar su error.

La señora Márquez se quedó gratamente impresionada.

—No le resultará fácil lograr semejante proeza. Por mucho que dé con él, me temo que ha perdido la poca conciencia que le quedaba. —La anciana tosió con dificultad y Fran se apresuró a levantarse y ofrecerle un vaso de agua que había junto a las tazas de café—. Se ha metido en asuntos turbios, con gente de los bajos fondos. Cuando volvió al país después de años sin verlo, vino a pedirme dinero. Debía una suma importante a unos usureros. Más tarde supe que eran asuntos de drogas.

—Sospechábamos que consumía, pero no que tuviera problemas económicos por ello.

Tal vez el robo hubiera sido solo para conseguir dinero, pensó de repente Fran, y no para hacer que echaran a Sofía del trabajo. Pero entonces, ¿por qué decirle que quería recuperar a Lucas?

¿Acaso pensaba sacarle dinero a ella para que la dejara en paz?

—Le he estado ayudando varios meses. Pero la última vez que vino, le advertí que no le daría un solo céntimo más. Y que a mi muerte no heredaría nada que yo pudiera evitar que cayera en sus manos. —A la anciana se le llenaron los ojos de lágrimas—. Desde que cumplió los dieciocho años, se ha estado gastando todo lo que heredó de mi único hijo.

Fran analizó esas palabras. Y el tema de la herencia le despertó una idea. Una que sospechaba que era la clave de todo.

—¿Y no habría nada que pudiera hacerle cambiar de parecer? —Cuando la mujer entrecerró los ojos, Fran decidió hablar sin tapujos—. ¿Qué ocurriría si, por ejemplo, Martín apareciera con un hijo? ¿Su biznieto?

—Precisamente... —La señora Márquez se inclinó hacia Fran, intrigada por la curiosa elección de sus palabras—. Eso fue exactamente lo último que le dije antes de echarlo de aquí. Le advertí de que solo si tuviera un biznieto me plantearía poner la herencia a su nombre. Me queda poco tiempo, ¿sabe? —Se palmeó el pecho—. Unos meses, quizás un año. Esa sería la única alegría que podría iluminar mis últimos días en este mundo.

Los ojos de la mujer reflejaron auténtica tristeza. Ella era una prueba fehaciente de que el dinero no daba la felicidad. Fran decidió que, según estaban las cosas, tal vez esa señora fuera la única esperanza para poder ayudar a Sofía.

—Yo perdí a mi mujer y a mi hijo hace unos años. Y pensé que nunca más podría sentir alegría en toda mi vida.

—Lo lamento —susurró la señora Márquez con pesar en la mirada.

—Pero conocí a una mujer increíble, una madre soltera. Ella y su hijo volvieron a traer luz a mi vida. Quiero casarme con ella y adoptar a su hijo, que sea tan mío como si yo lo hubiera engendrado.

—Eso está muy bien, Fran. —La anciana le ofreció una amable sonrisa, y Fran creyó ver un destello de Lucas en ese gesto—. Enhorabuena.

—El problema es que su nieto Martín pretende impedírmelo. —Sacó su móvil y buscó una foto en la galería de imágenes—. Estos son Sofía y Lucas. Martín la dejó embarazada a los diecisiete años y, en cuanto lo supo, se largó, dejándola completamente sola con su hijo en las entrañas.

—¿Cómo? —La mujer se llevó una mano al corazón. Su marcapasos amenazaba con saltar de su pecho en cualquier momento.

—Lucas es su biznieto. Acaba de cumplir siete años. —Buscó una foto en la que se lo viera más de cerca y se la mostró—. Me temo que Martín pretende usarlo para sacarle más dinero a usted. Y no le importa a quién se pueda llevar por delante para conseguirlo. Incluso a la propia madre de Lucas.

Paula cerró la puerta de su habitación. Sofía se había quedado finalmente dormida. Habían hecho falta muchas valerianas y una buena llantina para lograrlo, pero al fin estaba descansando. También Lucas dormía en la habitación de invitados desde hacía un par de horas. Así que ella por fin tendría tiempo de pensar en cómo poder ayudarla.

Lo que había hecho hasta ahora no le parecía suficiente. Ni siquiera abandonar su puesto de trabajo en la frutería en respuesta a la negativa de su jefe a readmitir a Sofía bajo su aval. Si no confiaban en ella, no quería seguir trabajando allí.

Esperaba que la visita de Fran a la abuela de Martín, cuyo domicilio recordaba de una vez que había estado con Álex y Sofía allí, tuviera resultados positivos. Y que los contactos que, según Fran, tenía Ric en la policía y en varios periódicos aportaran algunas pruebas de su inocencia.

Se dejó caer en el sofá y se puso a darle vueltas a la cabeza. ¿Qué más podía hacer?

El timbre de su puerta sonó y ella se levantó a todo correr para que no volvieran a llamar y el ruido no despertara a Sofía.

Esperaba que fuera Fran, sin embargo, fue una cara bien distinta la que apareció tras su puerta.

—¡Álex!

—Cualquiera diría que has visto un fantasma. —Se acercó para darle un beso, pero ella se apartó

—. Hola, Paula. ¿No me invitas a pasar?

—Son las once de la noche. Y tengo invitados que están durmiendo.

—Seré breve y silencioso —prometió, ofreciéndole una de sus mejores sonrisas hasta que ella le permitió entrar.

—¿A qué has venido?

Él se sentó en el sofá y lo palmeó para que ella se colocara a su lado. Pero Paula se quedó de pie.

—Como quieras. —Suspiró—. He venido a contarte que he vuelto a casarme.

Paula lo miró con indiferencia. Después abrió la puerta de su casa.

—Enhorabuena. Ahora ya puedes marcharte.

Álex resopló y negó con la cabeza, con una sonrisa cansada.

—Hay algo más que quiero decirte. —Se levantó y cerró la puerta—. Arruiné tu vida una vez, y no me cansaré de pedir perdón por ello. Pero no quiero que por mi culpa pierdas la oportunidad de rehacer tu vida con un hombre que es mil veces mejor que yo.

—Has hablado con Ric. Debí imaginarlo. —Hundió la cara entre las manos y después se las pasó por el pelo—. ¿Te llamó él? ¿Te ha pedido que vengas a hablar conmigo?

—No. Yo me presenté en su casa sin avisar. Me enteré de su accidente y quise ir a verlo. Y a presentarle a Charline —añadió con media voz—. Entonces me soltó la bomba de que estaba enamorado de ti. Y yo le solté un puñetazo en un ojo.

—¿Que hiciste qué?

Álex la convenció para que se sentaran y le contó lo sucedido. Ella tuvo que contener las ganas de pegarle, y no era la primera vez que sentía eso.

—Él no sabe que estoy aquí, ni se lo imagina. Te lo juro.

—Sí, sí, vale, te creo. No hace falta que me jures nada.

—¿Pero le perdonarás?

Ella alzó una ceja.

—No te estoy pidiendo redención para mí, sino para él. Si es verdad que lleváis tanto tiempo uno colgado del otro y que mi existencia ha sido lo que os ha mantenido separados, qué menos que ser yo quien interceda por él ante ti.

Paula se levantó y dio vueltas por el salón. Más de un año sin saber de él y tenía que presentarse precisamente en uno de los momentos más complicados de su vida.

—Mira, Álex. Ahora mismo no puedo preocuparme de una discusión con Ric. Y mucho menos de ayudarte a limpiar tu conciencia. Tengo problemas mucho más serios de los que ocuparme.

—¿Tienes problemas? —Se acercó a ella y buscó su mirada—. ¿Qué te ha pasado?

—A mí nada. —Apretó los dientes, llena de rabia—. Es ese miserable al que tú llamabas amigo el que ha vuelto para joderle la vida a Sofía. Como si no hubiera hecho suficiente ya dejándola tirada como una colilla.

—¿Martín? —Álex parpadeó, sorprendido—. ¿A qué ha venido ese ahora?

—Eso quisiera saber yo. A Sofía la han echado de su trabajo por su culpa. Incluso puede acabar en la cárcel por un robo que no ha cometido.

—Explícamelo todo.

Volviéron a sentarse. Esta vez Paula le contó lo sucedido con más detalle, y tuvo que reconocer que hablarlo con él le vino bien, tanto para desahogarse como para mirar el asunto con otra perspectiva.

—Nuestro principal objetivo ahora mismo es encontrarlo. He pensado en su abuela, y el novio de Sofía ya ha ido a verla. Pero aún no sé si eso servirá de algo.

—Sabes que después de lo que le hizo a Sofía yo perdí todo contacto con él. —Álex sacó su

teléfono y comenzó a teclear—. Pero si está aquí en Vigo, creo que puedo dar con alguien que sí sepa dónde encontrarlo.

—¿De verdad? —Paula lo cogió del brazo con tanta fuerza que Álex casi dejó caer el móvil. Hacía mucho, muchísimo tiempo que ella se negaba a tocarle ni un solo pelo—. Eso nos ayudaría mucho. Muchísimo.

—Tú déjame hacer algunas llamadas. Puede que me lleve un buen rato.

Martín botó en la cama cuando dos golpes en la puerta lo despertaron. Estaba empapado en sudor, y ya se había tomado la última dosis que le quedaba. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Cómo iba a pasar un día más sin, por lo menos, un par de rayitas?

Los golpes volvieron a sonar, esta vez más fuerte. No podían ser ellos. Le habían dado una semana más de plazo tras el último pago. Y no habían pasado ni dos días.

Se levantó a trompicones y se acercó a la puerta del piso que un viejo amigo le había dejado hasta que encontrara otra cosa. Con ese favor, le había dicho, ya estaban en paz.

—¿Quién es?

—¿Martín? Soy tu abuela.

—¿Abuela? —Se giró hacia el espejo del recibidor y se peinó el húmedo pelo. La ropa estaba arrugada y algo sudada, pero decidió que no iba a molestarse en cambiarse. No estaban en casa de ella, donde todo tenía que estar limpio y perfecto—. ¿Cómo me has encontrado?

—Eso no importa. Tengo que hablar contigo. Déjame entrar.

—Ya me dejaste claro lo que opinabas de mí la última vez que nos vimos. Si no has cambiado de idea, no tenemos nada de qué hablar.

Hubo un silencio que a Martín se le hizo eterno a pesar de que no fueron más que unos segundos.

—Tal vez sí haya cambiado de opinión, hijo.

Aquellas palabras fueron como una llave. La puerta se abrió casi de inmediato.

—¿Quiénes son esos?

—Este es Fran, mi médico —le indicó, señalando al hombre que la sostenía en brazos—. Y este es Luis, mi chófer. ¿No pretenderías que viniera sola o andando?

—Debería sentarla en algún sitio —intervino Fran—. No hemos podido subir su silla por las escaleras.

Mirando a su anciana y enferma abuela con amargura e impotencia, Martín abrió la puerta del todo.

—Adelante —claudicó.

—Bájame, Fran, un poquito ya puedo andar.

El hombre obedeció, y Luis, que en realidad era el contacto de Ric en la policía, le ofreció su bastón a la anciana.

Esta caminó lentamente tras su nieto hasta llegar a una salita mal iluminada en la que había un tresillo y una butaca. Martín ocupó esta última y los otros dos hombres flanquearon a su abuela en el sofá.

—Te escucho —le dijo su nieto, mirando a los otros hombres con recelo.

—Vengo a ofrecerte un trato, Martín. Y más te vale aceptarlo, porque será lo último que obtengas de esta anciana.

El sudor le recorría la espalda y los dientes empezaban a castañetearle. Se levantó y buscó la última botella de whisky que le quedaba.

—¿Qué trato? —preguntó tras beberse un vaso de un par de tragos.

—Yo te dejo en herencia todo lo que te corresponde como mi nieto. Nada más y nada menos. Sin trucar absolutamente nada con mis abogados, como te dije el otro día. Y, además, te adelantaré mañana mismo como herencia en vida todo el dinero que les debes a esos hombres que dices que amenazan con matarte si no les pagas ya.

Martín se quedó pensativo unos segundos, bebió otro vaso y se sentó de nuevo en la butaca.

—Muy bien. ¿Y qué quieres a cambio?

—Quiero que confieses todo lo que has hecho. Quiero que Sofía quede libre de cualquier sospecha de robo. Que te olvides de ella y de Lucas para siempre, que no vuelvas a aparecerte en sus vidas. Y que ingreses en una clínica de desintoxicación.

Martín, que había comenzado a ponerse rojo a medida que su abuela iba hablando, se levantó de un salto y la señaló entre los ojos.

—¡No sé qué mierdas te habrá contado esa mentirosa! ¡Pero no sé de qué coño me estás hablando!

—Siéntese y tranquilícese o tendré que esposarle —intervino Luis, mostrando su placa. Martín cayó de culo sobre la butaca y el sudor se le quedó frío en un par de segundos—. Hay pruebas que lo incriminan directamente, señor Márquez. Los chalets en los que se coló no cuentan con cámaras de seguridad, pero el de enfrente al de los Suárez posee un sistema de vigilancia que grabó a un hombre, solo, entrando en el jardín de enfrente con una mochila vacía a las dos de la madrugada del pasado sábado. Y saliendo al cabo de una hora con esa misma bolsa notablemente cargada. Sus rasgos faciales y complexión coinciden demasiado bien con los de usted.

Le notaron tragar saliva. Sabía que era absurdo negarlo. Pero no parecía haberse rendido aún.

—Y si eso está tan claro, ¿por qué me ofreces un trato, abuela?

—No hay pruebas de que le robaras las llaves a Sofía, ella podría habértelas dado voluntariamente. Ni de que no fuera ella la que entrara en el otro chalet. Solo tú puedes exculparla de eso —le explicó.

—Inculpándome a mí mismo —añadió él con sorna.

—Pero tampoco hay pruebas contra ella. Y en un juicio sería declarada inocente. Se llama duda razonable —le explicó Luis—. Cualquier juez o jurado daría como única prueba válida la grabación. Y todo lo que yo encuentre en este piso gracias a esta orden de registro —dejó sobre la mesita central un papel que sacó del interior de su chaqueta—. Todo lo demás sería tu palabra contra la suya, y ya puedes imaginarte a quién van a creer dado el pasado que os une.

—Lo que no queremos es que Sofía tenga que pasar por ningún proceso judicial —aclaró finalmente la anciana—. ¿No crees que ya le hiciste suficiente daño en su día, hijo?

Martín se pasó la mano por la nuca, arrastrando todo el sudor que pudo para evitar que volviera a recorrerle la columna. Estaba acabado. Aún tenía en esa maldita bolsa las joyas que no había podido colocar en tan pocos días.

—Haces todo esto por el crío, ¿verdad? —acusó a su abuela—. Es lo único que te interesa.

—Quiero que vuelvas a ser mi nieto, Martín. No el demonio en el que las drogas te han convertido.

Cuando las manos comenzaron a temblarle y la mandíbula pareció cobrar vida propia, Martín solo pensó en una dosis más. Y las palabras de su abuela retumbaron en su mente una y otra vez. Era cierto. Tenía un demonio dentro de él. Y se lo estaba comiendo un poco más cada día.

—Está bien. —Apoyó los codos sobre las rodillas y hundió la cabeza entre sus manos—. Acepto tu trato.

Capítulo 17

Paula colgó el teléfono y se dejó caer contra su mullido y acogedor sofá.

—¿Y bien? —Fran abandonó su silla y se sentó a su lado—. ¿Qué te ha dicho tu ex?

—Que se alegra mucho de haber podido ayudar, y de que todo haya salido bien. Para tu agradecimiento personal —prosiguió con media sonrisa— me ha dicho «no hay de qué». También me ha pedido que te amenace con un buen puñetazo si no cuidas bien de Sofía y de Lucas.

—Es de gancho rápido este ex tuyo —bromeó Fran, recordando el ojo morado de Ric que había inspeccionado personalmente hacía unas horas.

—Pero yo sería la encargada de dártelo, claro. Él se vuelve a América después de las fiestas navideñas.

—Mucho mejor, entonces. —Cogió su mano y la cerró en un puño. Después lo chocó con el suyo propio con camaradería—. Aunque pretendo no darte la menor oportunidad para golpearme.

Fran se levantó y se dirigió a la habitación donde sabía que Sofía dormía después de pasar por comisaría y hacer su declaración.

—Y a ella no le des la menor oportunidad de rechazarte. —Se levantó y se acercó a él para hablar en un susurro—. No sabía lo que te decía, Fran. Estoy segura. Estaba muy nerviosa y confundida en ese momento. Y después de ese susto...

—Lo sé. Y no pienso esperar más. —Cuando vio lo que sacaba del bolsillo, Paula contuvo un grito y dio un par de saltitos—. Ahora márchate un rato y déjanos un poco de intimidad, ¿quieres? Tú también tienes tus asuntos que resolver.

—Así que un golpe contra una puerta, ¿eh? —repitió Paula después de aceptar un zumo de la interminable lista de opciones que le había ofrecido Ric para beber. «Qué mono», había pensado, «está nervioso». Bebió un sorbo y lo observó desde el otro lado de la mesa de su cocina—. ¿No te contó Fran que gracias a Álex fue como dimos con el paradero de Martín?

Ric se atragantó con su propia bebida. El ojo morado le palpitéo cuando tuvo que toser para no ahogarse.

—No me contó apenas nada. —Y se las iba a pagar—. Me revisó el ojo, por dentro, para descartar daños en la visión y se marchó enseguida. Había quedado con mi amigo Luis, el policía.

—Muy útil su intervención y su rápida recopilación de pruebas. Muchísimas gracias por contactar con él.

—De nada. Me gustaría haber podido hacer más.

—Hiciste más. —Le señaló la inflamación del párpado—. Si Álex no hubiera venido a verte, y si no le hubieras dicho lo que le dijiste, ganándote ese regalito, tal vez no hubiera venido a verme después a mí. Y yo no le hubiera contado lo de Martín. Por lo que no habría sido tan fácil dar con él.

—¿Fue a tu casa?

—Sí. Y me lo contó todo. Así que no más mentiras, Ric.

—Tienes razón. —Resopló y esquivó su ojo al ir a frotarse la cara—. No sé por qué me he inventado lo de la puerta.

—¿Porque no querías reconocer que te dejaste noquear sin devolvérsela?

—Tal vez —reconoció, encogiéndose de hombros—. Aunque me la merecía. Aún eras su mujer

cuando yo tenía pensamientos impuros contigo.

—¡Menudo pecado!

—No deseas a la mujer del prójimo. Creo que es el décimo mandamiento, o algo así.

Ella rio y negó con la cabeza.

—Pero ya no soy su mujer.

—No, ya no lo eres.

Alargó la mano por encima de la mesa, solicitando la suya. Ella tardó un poco, pero se la entregó.

—Como quieres sinceridad, te confesaré que me quedé con las ganas de devolverle el puñetazo. No por mí. —Entrelazó sus dedos—. Por lo que te hizo a ti.

—Pero no lo hiciste. Porque, como él mismo me dijo, eres mil veces mejor que él.

—¿Eso dijo?

—Sí. Pero que no se te suba mucho a la cabeza.

—La verdad es que mi cabeza no está para mucho últimamente.

Paula se soltó de él, rodeó la mesa y le golpeó suavemente la cabeza con el puño.

—Ahora sí que no puede quedarte ninguna neurona viva ahí dentro.

—Las suficientes para comprender que te quiero con toda mi alma, Paula. Y que si has venido a verme, puede que sea porque tú también me quieres y me has perdonado.

Ric se giró hacia ella y separó las piernas, empujándola por la cintura para que se sentara en uno de sus muslos.

—Puede ser. —El corazón se le había subido a la garganta. Oírle decir que la quería era su mayor sueño hecho realidad—. Pero tengo una condición.

Él la apretó contra sí con una mano mientras le hundía la otra en la nuca, enredándola en su pelo. Acercó la nariz a su cuello e inhaló el aroma que tanto había extrañado.

—Pídeme cualquier cosa, lo que tú quieras. No hay nada que no quiera darte.

Paula sujetó su cara con ambas manos y besó tiernamente su ojo inflamado.

—Deja de darte golpes en la cabeza.

Ric rio un segundo antes de abordar su boca y saborearla a conciencia. Ella le respondió con todo su ser hasta que ambos estuvieron sin aliento. Y entonces, con una mirada cómplice, salieron raudos de la cocina para subir a la guarida de Ric y continuar con los planes que se habían visto interrumpidos el viernes anterior después de comer. En el sofá de pensar de Ric. Y sobre sus escritorios. Con las persianas bajadas y solo la luz de su lámpara de estrellas iluminando sus cuerpos enredados, bailando al compás de sus respiraciones y del latido de sus corazones. Ávidos por dar y recibir el amor que tanto tiempo habían estado conteniendo.

Fran no quiso despertarla, sabía que no había dormido apenas nada en varios días. Así que se tumbó a su lado y esperó a que se despertara sola. Cuando lo hizo y se giró en la cama, se lo encontró frente a ella, mirándola, completamente vestido y con una extraña sonrisa en los labios.

—¿Qué hora es?

—Las diez y media.

—¡Lucas! —Ella se incorporó de golpe y él la sujetó por un brazo.

—Está en la cama. Paula le ha dado la cena a los ocho y media. Luego se ha ido a hacer las paces con Ric.

—¡Menos mal! —Sofía sonrió y se tiró de espaldas contra la cama, aliviada. Después se giró hacia Fran y lo miró con ojos de corderito—. Muchísimas gracias por todo lo que has hecho, Fran. Es increíble la que habéis montado para atrapar a Martín. Espero que realmente se rehabilite y que su abuela no sufra más por su culpa. Es una buena mujer, no se merece eso.

Fran le acarició la mejilla para apartarle un mechón de pelo.

—¿Tan buena como para ir a visitarla de vez en cuando con Lucas y alegrarle un poco sus

últimos días?

—Desde luego. —Se le escapó una lágrima que no pudo contener—. Me ha pedido que lo lleve por primera vez el día de Navidad. Tiene tantas ganas de conocerlo...

—Es la fecha perfecta —opinó Fran—. Me alegro mucho por vosotros, por los tres.

—Yo... —cerró los ojos con fuerza antes de alzar la mirada hacia él, a solo un palmo de ella sobre la almohada—. Querría que vinieras con nosotros ese día. Si no tienes otro compromiso.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—¡Oh, vamos, Fran! —Puso los ojos en blanco—. Sabes que no pensaba realmente nada de lo que te dije. Como dice Lucas, se me fue la olla. —Trató de sonreír pero no le salió—. Llevaba un fin de semana demencial, atormentándome por lo ocurrido con Martín en el colegio, y culpándome por no atreverme a contártelo. Y esa mañana me echaron y acusaron de ladrona. Y después mi hijo casi muere en la carretera. Y tú, tú... ¡te pusiste delante de ese coche! —Lo acusó, golpeándolo en el pecho con los puños—. Pero en ese momento no lo procesé. Solo te oí llamar a mi hijo por otro nombre, y enloquecí.

Fran la vio recuperar el aliento después de soltarle todo aquello a bocajarro. Volvió a despejarle la cara de más mechones que se habían resbalado al expresarse con tal vigor.

—No sois los sustitutos de nadie, Sofía. A mí también se me fue la olla en ese momento. Fue como revivir mi peor pesadilla.

—Lo sé, lo siento.

—Pero os quiero conmigo, como mi familia. —Se acercó más a su rostro—. Mi nueva y definitiva familia.

—Y yo también te quiero a ti, Fran. —Acarició la punta de su nariz con la de él—. Con todo mi corazón.

Fran se apoyó sobre un codo y se incorporó ligeramente.

—En ese caso, Sofía, ¿quieres que sea tu marido? ¿Y el padre de tu hijo?

Sofía abrió los ojos como platos cuando Fran cogió su mano y deslizó una sortija fina y delicada por su dedo anular.

—Yo... —tragó saliva, la voz no le salía—. Sí, sí quiero, Fran.

Él resopló con gran alivio y se giró sobre ella para besarla en los labios, abrazándola con fuerza y respirando el aroma de su piel.

—¿Ya os estáis dando besitos? ¡Qué pesados!

Fran se levantó de golpe y se encontró a Lucas descalzo y en pijama, cruzado de brazos en la puerta.

—Quiero agua —indicó malhumorado—. Y tía Paula olvidó dejarme un vaso en la mesita.

—Yo la traigo.

Fran fue a la cocina y volvió en un momento. El niño bebió el agua lentamente, pero hasta el final.

—Lucas, ven aquí.

El niño dejó el vaso sobre la mesita de noche y se sentó en el regazo de su madre.

—Fran y yo nos estábamos dando un beso porque estábamos celebrando algo.

Sofía alargó la mano y le mostró la sortija.

—¿Te ha regalado un anillo?

—Sí. Y lo ha hecho para pedirme que me case con él.

Lucas miró a su madre y después a Fran, ahora arrodillado frente a ellos. Se dirigió a Lucas para aclararle un poco más la situación, ya que parecía confuso.

—Eso significa que voy a ser el marido de tu madre. Pero también tu papá.

El niño entrecerró los ojos y volvió a cruzarse de brazos.

—Pero a mí no me lo has pedido.

Fran se quedó paralizado.

—A ella le has pedido que sea tu mujer. Pero a mí no me has pedido que sea tu hijo.

—¡Lucas! —Sofía no tenía palabras.

—No, tranquila, tiene razón. —Fran se sentó sobre la cama y lo cogió del regazo de Sofía para apoyarlo sobre sus piernas. Revolvió su pelo ya despeinado y centró sus ojos en su carita de ángel—. Campeón, os quiero mucho a Sofía y ti. Y me gustaría que estuviéramos siempre juntos. ¿Quieres que sea tu papá? ¿Y quieres que sea el marido de tu mamá?

Cuando los ojos del pequeño se llenaron de lágrimas, los de los mayores se anegaron de igual forma.

—¿Viviremos en tu casa? —preguntó, frotándose los ojitos.

—Si vosotros queréis, por supuesto.

—Me gusta más que la nuestra —explicó, mirando ahora a su madre—. Es más grande y tiene jardín. Nuestro vecino sería Ric. Y también tía Paula, si Ric le regala un anillo como el tuyo.

Fran y Sofía rieron por la ocurrencia, y tuvieron el impulso simultáneo de abrazar al pequeño.

—¿Entonces eso es un sí? —se impacientó Fran.

—Sí. Me parece guay. Papá.

Epílogo

—¡Mamá! —gritó Lucas desde el coche—. ¡Date prisa!

Sofía apagó las luces del comercio de productos *delicatessen* que regentaba a medias con Paula y, antes de bajar la persiana, se despidió de los dos empleados que esa tarde cerraban con ella.

—No puedo ir más rápido —le dijo a Lucas, que estaba asomado por la ventanilla—. Tengo la tripa demasiado gorda.

Se sentó con dificultad en el asiento del copiloto y se puso el cinturón con más problemas aún.

—Espera, yo te ayudo. —Fran estiró de la correa y lo enganchó después de tres intentos.

—Hoy es tu último día —la increpó muy serio antes de arrancar—. Y no admito más excusas.

—Es mi negocio, y el de Paula. Y, si ella no puede estar, debo hacerme cargo yo.

—Os va lo suficientemente bien como para contratar a alguien más. Dentro de dos meses no tendrás más remedio.

—Eso es verdad.

Según se iban aproximando al hospital, Lucas barruntaba sus propios pensamientos en su cabeza.

—Tío Ric me ha dicho por teléfono que tía Paula gritaba durante el parto que no iba a dejar que la volviera a tocar en toda su vida. Pero para que yo pueda tener más primitos tiene que tocarla. ¿Verdad?

Fran y Sofía rompieron a reír a carcajadas para disgusto de Lucas.

—Cuando volvamos a casa, voy a enseñarte uno de mis libros de medicina, campeón —resolvió Fran.

—Vale. ¿Y podré estar en el parto de mi hermanito?

—Ni hablar —se apresuró a prohibir Sofía.

—Solo dejan entrar a los papás —suavizó Fran, para que Lucas no lo sintiera como una prohibición dirigida expresamente a él.

Dejaron el coche en el parking y subieron a la habitación donde Ric trataba de ayudar a su primera hija a colocar la boquita para comer del pecho de su madre.

—Ya la está tocando —fue lo primero que dijo Lucas al entrar, provocando que todos rieran, excepto Paula, que no comprendía a que venía eso.

—Se le ha olvidado en cuanto ha abrazado a nuestra Margarita —le explicó Ric, y aupó al que ya era su sobrino para que viera a su pequeño milagro.

—Es muy pequeña. ¿Mi hermanito también va a ser así de canijo?

—Seguramente. —Fran cogió a Lucas de brazos de Ric para que pudiera seguir con su tarea—. Pero luego crecerá y querrá jugar contigo.

—Es preciosa, Paula. —Sofía se acercó y besó a su amiga—. Se parece mucho a ti.

—Por suerte para ella —bromeó Fran.

Ric le dio un codazo y todos se quedaron encandilados mirando cómo Margarita se quedaba dormida mientras comía. Cuando decidieron dejar de intentarlo de momento, el padre la tomó en brazos con suavidad.

—¿Quieres cogerla? —le preguntó a Lucas, que aceptó al instante.

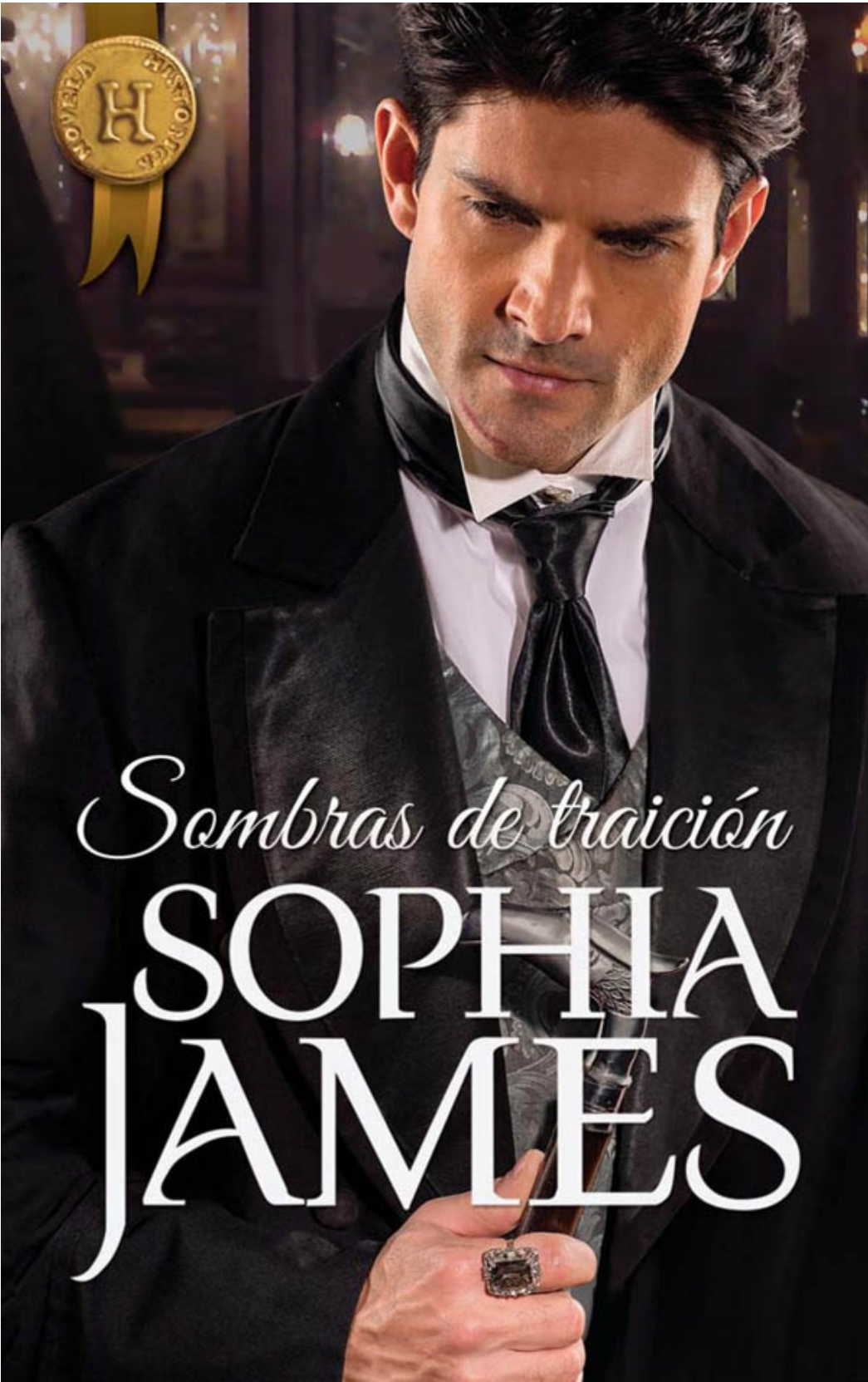
Fran le hizo sentarse en la butaca y, con mucho cuidado, Ric colocó a la niña en sus brazos.

Los cuatro adultos observaron a Lucas acunar a la pequeña, susurrarle algo y, finalmente, darle un beso en la frente.

—Ya sé que mi hermanito va a ser chico, y es guay. —Miró la barriga de su madre, luego su cara

y después a su padre—. Pero la siguiente quiero que sea niña. Y tan bonita como esta.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



Sombros de traición

SOPHIA
JAMES

www.harlequinibericaebooks.com